

ROBOTIC

FIRST GENERATION #4

BATTLEHYMN

Two years of fighting...
and Gloval knew that it
had just begun.....

JACK MCKINNEY



UNA LEALTAD SUPERIOR

Por tres largos meses, la Fortaleza Súper Dimensional permaneció en su lugar de amaraje en el Pacífico. Su capitán sentía a menudo que había sido tratado como un niño.

Por dos años, el Capitán Gloval y su tripulación habían sido perseguidos a través del sistema solar por una raza de gigantes guerreros extraterrestres, para ser recibidos como parientes indeseables cuando regresaron al planeta Tierra.

Pero Gloval no era un hombre que aceptara cualquier cosa que le impusieran.

Violando las órdenes del Consejo, ordenó que el SDF-1 despegara.

EL DESTINO DE LA TIERRA ESTABA EN JUEGO

ROBOTECH

Saga de Macross (Primera Generación)

Himno de batalla

Jack McKinney

Versión 1.0

15.09.13



Título original: *Battlehymn*

Autores: Brian Daley y James Luceno bajo el seudónimo de Jack McKinney

Publicado en forma individual, y en la recopilación de los libros #4-6

The Macross Saga: Doomsday

Publicación del original: 1987



Libro 4 en el orden de publicación, y 4 en el orden cronológico/de lectura.

Traducción: Laura Geuna

Revisión: sin revisar

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Robotech y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Robotech y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de sus respectivos propietarios.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

Según entiendo yo [Gloval] ya ha desobedecido sus órdenes; si se me ocurriera alguien para reemplazarlo, instaría al Concejo a proceder con una corte marcial. ¿Qué piensa usted, [nombre encubierto]? Yo tal vez pueda hablar con [el almirante] Hayes para que acepte el puesto y así matar dos pájaros de un solo tiro... Este tema de los civiles a bordo de la SDF-1 se ha convertido en un verdadero desastre. Personalmente los considero prescindibles -junto con Gloval y toda la nave, si quiere saber la verdad. Enfrentemos los hechos: la cosa ya ha sobrepasado su propósito. Usted y yo estamos donde queríamos estar. ¿Por qué no darles a los extraterrestres su maldita nave y mandarlos de vuelta a donde pertenecen?

Senador Russo, correspondencia personal (fuente encubierta)

Hubo algo nuevo en los frescos cielos nocturnos del verano de 2012... Recuerdas estar sentado en la hamaca del patio con las manos firmemente aferradas a las cadenas galvanizadas, los delgados brazos extendidos y la cabeza echada bien hacia atrás, mirando hacia las inconmensurables profundidades de esa negrura mágica y molestando tu joven mente con enigmas del espacio y el tiempo entendidos a medias. De pronto tu mirada encuentra movimiento allí donde nada debía haber existido, como si toda una constelación se hubiera desarraigado y se hubiera lanzado en un viaje improvisado a través del cosmos. Tu corazón latía rápidamente pero tus ojos insistían en seguir ese rápido pasaje de

misterio hacia el horizonte distante, aunque ahora lo estuvieras viendo de cabeza y con riesgo de caerte de espaldas de la hamaca. Una puerta mosquitera se azotó, señal de que habían escuchado tus gritos; parados detrás de ti, tu padre y sus amigos trataron de seguir el rápido fluir de tus palabras y a tu dedo índice tembloroso que señalaba hacia un campo de estrellas inmóvil. "Ya pasó tu hora de ir a dormir", dijo tu padre y tú te fuiste. Pero más tarde bajaste en silencio las amplias escaleras alfombradas, y a escondidas los escuchaste hablando en voz baja en la biblioteca, usando palabras que tú no pudiste comprender por completo pero que en cierta forma probaban que no estuviste imaginando cosas. Habías divisado a la fortaleza, una ciudad celestial que regresó del pasado, lo suficientemente grande como para ocultar las estrellas... los amigos de tu padre no podían decidir si era salvadora o heraldo de oscuras profecías, pero en cualquier caso era un "signo de los tiempos". Como las lunas azules, las desapariciones inexplicables, los rumores de gigantes que venían a atraparte... Y en la primera plana del periódico del día siguiente viste lo que la noche te había ocultado: una figura roboide de un kilómetro y medio de alto propulsada por mecanismos desconocidos, erguida a dos veces su propia altura por sobre una ciudad sorprendida con las piernas estiradas, los brazos doblados en los codos y sostenidos en alto como los de un hombre santo o un mago en un sereno gesto de paz o rendición. Te recordó a algo en el borde de tu memoria, una imagen que no recordarías hasta mucho más tarde, cuando llovió fuego del cielo, cuando tu mundo nocturno quedó aniquilado por la luz...

En directa violación de los dictados del Concejo de Defensa de la Tierra Unida, el capitán Gloval había ordenado que la SDF-1 despegara. No era la primera vez que desafiaba la sabiduría del Concejo y no sería la última.

La fortaleza dimensional había permanecido en su lugar de aterrizaje en el Pacífico durante dos largos meses como un chiquillo en una pileta para niños, y los superportaaviones Daedalus y

Prometheus, que formaban sus brazos, estaban ubicados por delante como juguetes en las olas oceánicas. Y a veces Gloval sentía como si de verdad sus superiores en el Concejo lo hubieran tratado como a un niño desde el regreso de la fortaleza a la Tierra. Dos años de ser perseguidos a través del sistema solar por una raza de extraterrestres gigantes sólo para que te hicieran sentir como parientes indeseables que caen de visita. Desde un punto de vista militar, Gloval comprendía completamente las decisiones del Concejo, pero esos hombres que evaluaban la situación pasaron por alto un elemento importante -o tal como Gloval les había sugerido, 56.000 elementos importantes: los antiguos residentes de Isla Macross que estaban a bordo de su nave. La circunstancia los había forzado a participar activamente en esta batalla espacial con los zentraedi pero ahora no había razón para su presencia estable; se habían convertido en jugadores forzados en un juego de política global que probablemente tendría un final trágico.

Ya había habido más de 20.000 muertes; ¿cuántas más se requerirían para convencer al Concejo de acceder a las demandas de permitir que los civiles desembarcaran?

El razonamiento del Concejo estaba lejos de ser infundado, era trastornado, estaba arraigado en eventos que habían sucedido años antes, pero peor aun, arraigado en una mentalidad que Gloval había esperado no ver más. El comandante se encontró con que todavía podía utilizar algunos de los argumentos que se sugirieron en aquellos días -la creencia de que era prudente mantener oculto de las masas cualquier conocimiento de un ataque extraterrestre inminente. El sigilo había rodeado la reconstrucción de la fortaleza dimensional y el desarrollo del armamento Robotech, los cazas Veritech transfigurables, los Spartans y los Gladiators. Eso era la "lógica de la desinformación": detrás de ella había un propósito guía. Pero la postura actual del Concejo mostraba una crueldad que Gloval no había creído posible. Para justificar la desaparición de las 75.000 personas de Macross los militares habían anunciado que poco después del despegue inicial de la SDF-1 una erupción volcánica, del orden de la de Krakatoa, había destruido por completo la isla. Para complicar más las cosas, GIN, la red de inteligencia global, esparció rumores de que en realidad una fuerza

de guerrilla había invadido la isla y había detonado un artefacto termonuclear. Después obligaron a la revista Global Times a publicar una cobertura investigativa igualmente irreal de un supuesto encubrimiento por parte de la GIN, de acuerdo con la cual la verdadera causa de las muertes en Macross fue una enfermedad.

Gloval no podía entender cómo pudo funcionar alguna de estas historias para aliviar el pánico mundial; el Concejo podría haber difundido la verdad igual de fácil: que un experimento sobre transferencia hiperespacial había terminado accidentalmente con la desmaterialización de la isla. Sin embargo, así como estaban las cosas el Concejo se encontraba atrapado en sus propias mentiras: los 75.000 murieron por una explosión vol-cánica-invasión de guerrilla-virus. Por lo tanto, a estos miles no se les podía permitir "reaparecer" -regresar de los muertos era un tema al que el Concejo no estaba listo para enfrentar.

Los 56.000 supervivientes tenían que permanecer prácticamente como prisioneros dentro de la SDF-1.

¿Y si la Fuerza de Defensa Robotech ganara esta guerra contra los zentraedi? Gloval se lo había pre-guntado al Concejo. ¿Después qué? ¿Cómo iba a enfrentar el Concejo el regreso victorioso de la SDF-1 y el regreso de los muertos? ¿No podían ver lo equivocados que estaban?

Por supuesto que era una pregunta retórica.

La verdadera preocupación de Gloval era que el Concejo no consideraba la victoria como una situación aceptable.

Por esa razón había tomado la responsabilidad de lanzar a la SDF-1. Iba a enfocar la atención en los civiles de una forma u otra...

Había pánico en la superficie y pánico en la voz del controlador del Comando Aeronáutico.

-Control de tierra NAC a puente de SDF-1: Conteste de inmediato... control de tierra NAC a puente de SDF-1: ¡Conteste de inmediato, cambio!

En el puente de la fortaleza dimensional hubo sonrisas de satisfacción reprimidas. El capitán Gloval puso un fósforo en su pipa haciendo caso omiso de los recordatorios de Sammie. Dejó pasar un minuto y después le hizo señas a Claudia desde la silla de mando para que respondiera a la transmisión que llegó.

-Puente de SDF-1 a control de tierra NAC, tengo al capitán Gloval. Prosiga, cambio.

Gloval aspiró de su pipa y soltó una nube hacia los monitores de arriba. Se podía imaginar la escena de abajo: los ojos de Los Ángeles clavados en su espectáculo celeste. Le había ordenado a Lang y a Astrogación que utilizaran los recientemente reparados generadores de antigravedad para asegurar y mantener un sobre-vuelo de baja altura, y por eso las enormes aberturas triples de los propulsores de los pies estaban apenas a un kilómetro y medio arriba de las calles. No había forma de confundir esto con algún efecto especial de Hollywood. Y no sólo había gente que veía por primera vez a la SDF-1 en el aire, sino también a los antiguos mecas ultrasecretos que volaban junto con ella -Cazas, Guardianes y Battloids que flotaban y rodeaban a una maravilla robotecnológica bípeda de un kilómetro y medio de altura. Olviden los maravillosos colores de aquellas nubes del atardecer, quiso decirles Gloval. ¡Aquí había algo que realmente valía la pena fotografiar!

-Capitán Gloval, los vuelos bajos sobre centros poblacionales han sido estrictamente prohibidos excepto en emergencias extremas.

Gloval se estiró hacia delante y levantó el radioreceptor.

-Esta es una emergencia. Debemos mantener un patrón de curso a baja altura. Nuestro sistema de control de antigravedad no está perfeccionado y las vidas de nuestros 56.000 civiles detenidos están en peligro.

Lisa Hayes le dio la espalda a su estación para hacerle un guiño conspirador.

-Pero señor, ustedes están causando pánico aquí abajo. Aumenten su altitud y vuelen hacia el océano de inmediato. Es imperativo.

¡Los tengo donde quiero! -se dijo Gloval.

-Cumpliré con su orden si pueden darme permiso para desembarcar a estos civiles.

Los parlantes quedaron silenciosos; cuando el controlador regresó, había incredulidad y urgencia en su voz.

-Señor, eso es imposible. Las órdenes del cuartel general del UEDC especifican que nadie puede dejar su nave. Nosotros no tenemos autoridad para revocar esas órdenes. Deben abandonar

esta zona de inmediato.

Era hora de mostrar algo de furia.

-¡No descansaré hasta que se cambien esas órdenes! -gritó Gloval.

Azotó el radiorreceptor de vuelta en su horquilla y se recostó en la silla. Vanessa había girado de su pantalla para estudiarlo; él sabía lo que había en la mente de ella y le garantizó la libertad de hablar francamente.

-¿Señor, no es peligroso hacer amenazas mientras estamos en la red de comunicación aérea?

Claudia intercambió miradas con Gloval y habló por él.

-Esta fortaleza es un símbolo del poder del Concejo -le dijo a Vanessa-. Si se sabe que el capitán se está oponiendo a las órdenes, el Concejo perdería autoridad...

-Y hay una posibilidad de que estén controlando nuestra comunicación -agregó Lisa y giró hacia Glo-val-. ¿No es cierto, capitán?

Gloval dejó la silla y caminó hacia el mirador frontal. El paisaje citadino se desplegaba debajo de su nave; los Veritechs volaban en formación y los fantásticos remolinos y ondas de nubes crepusculares color lavanda y naranja llenaban el cielo.

-Estoy preparado para mantener aquí a la SDF-1 hasta que nos capten, Lisa -se dio vuelta para enfrentar a Claudia y a las demás-. No creo que haya muchas posibilidades de que el Concejo revierta su decisión. Pero los políticos a veces pueden ser útiles y es posible que alguien en el gobierno descubra esto, vea una oportunidad e intervenga.

-Pero al Concejo no le van a gustar nuestras tácticas, señor -dijo Vanessa.

Gloval volvió al mirador.

-Esto es algo que debo hacer aunque me enfrente a un proceso. Los civiles no tienen ningún lugar a bordo de esta nave. Ningún lugar en esta guerra.

Pero por el momento la SDF-1 seguía con sus civiles. De todas formas la habían equipado con un sistema de escudo revisado. El Dr. Lang había desmantelado el sistema de barrera de precisión y había liberado la energía luminiscente que lo animaba -la misma

energía que se había materializado con la desaparición de los generadores de transposición hace algún tiempo atrás. Su equipo de robotécnicos había vuelto a analizar ese fuego alienígena con cuidado de evitar los errores pasados, lo domaron y engatusaron y le adaptaron un arnés recientemente diseñado. Donde el antiguo sistema contaba con discos de fotones operados manualmente capaces de cubrir sólo porciones específicas de la fortaleza (de ahí el nombre de sistema "de precisión"), el di-seño corregido era omnidireccional y permitía una cobertura total. Sin embargo, compartía algunas de las debilidades de su prototipo: la activación del sistema consumía energía de los sistemas de armas y la cobertura total era muy limitada en tiempo.

Si sólo pudieran equipar al personal de la fortaleza de la misma manera... ¿pero quién ha diseñado un sistema de escudo para el corazón? ¿Una barrera protectora, un sistema de precisión u otra cosa para el alma humana?

Roy Fokker estaba muerto.

Los pilotos VT del Escuadrón Skull tenían su propia forma de enfrentar las muertes en combate: los pilotos asesinados simplemente nunca existieron. Los hombres del Vermilion o el Índigo podían acercárseles en la Barraca C o en las cubiertas inferiores del Prometheus y decir: "Lamento saber lo de Roy" o "Escuché que Roy se desconectó". Y ellos los iban a mirar directamente a los ojos o girarían hacia sus compañeros Skull y preguntarían categóricamente: "¿Roy qué?". Algunos podían llegar a pensar que el Skull estaba bromeando con ellos e insistirían con la pregunta, pero la respuesta seguiría siendo la misma: "¿Roy qué?". Nadie rompía el pacto, nadie hablaba de Roy, ni antes ni ahora. Roy simplemente nunca existió.

Excepto en la privacidad de sus cuarteles o en la tierra de nadie de sus atormentados recuerdos y sueños. En ese momento un hombre podía liberarse y lamentar, enfurecerse o vomitar las preguntas decadentes que la humanidad se está haciendo desde aquel primer asesinato, aquella primera muerte a manos de otro que sentó el precedente para todo lo que siguió.

Tal vez ese juego de coraza que el Escuadrón Skull jugaba con la muerte había llegado hasta el puente, o tal vez sólo era que la

muerte de Fokker fue demasiado dolorosa para discutirla -la primera que dio en el blanco-, pero de cualquier forma nadie la mencionó. Claudia y Rick estaban encapsulados en el dolor y nadie creía conveniente molestarlos. Kim y Sammie hablaron de lo apenadas que se sentían por Claudia porque sabían lo mucho que ella extrañaba a Fokker, sabían que debajo de esa fachada valiente ella estaba desgarrada. Pero ninguna mujer se le acercó con esos sentimientos. Hasta Lisa parecía confundida. Esa tarde Lisa había seguido a Claudia hasta el pasillo del comedor y se quedó expectante en la puerta, como si temiera entrometarse en la aflicción de su amiga... ¿Se le ocurrió que Claudia y Rick -el teniente estaba parado en la baranda de la cubierta de observación y Claudia estaba sentada a menos de cinco metros de distancia- podrían haberse ayudado mutuamente a sobreponerse, o era Lisa uno de esos confundidos heridos ambulantes por las heridas que se reabrieron en su corazón, heridas que se habían estado recuperando hasta la muerte de Fokker?

Fue a Rick a quien se acercó esa tarde; la ciudad de Los Ángeles se esparcía debajo de la cubierta de observación como un tablero de circuitos Robotech. Rick parecía cansado y pálido, en recuperación pero todavía débil por su propio encontronazo con la muerte a raíz de las heridas que sufrió indirectamente a manos de ella. Pero no mencionaron a Roy, aunque era bastante fácil leer en sus ojos oscuros la devastación que sentía. Y cuanto más lo escuchaba y más profundamente miraba en sus ojos, más temerosa se ponía; era como si una luz lo hubiera abandonado, como si sus palabras se elevaran desde un centro hueco, sombrío y distante. Ella quiso estirar los brazos y rescatarlo del abismo. Había música en del sistema de altoparlantes, una canción que una vez les había dado la bienvenida a ambos cuando volvieron de un viaje compartido hacia ese abismo.

-¿Esa es Minmei, no es cierto, Rick? ¿Se han estado viendo?

-Seguro -contestó bruscamente-. Yo la veo en la pantalla de la pared y ella me ve en sus sueños.

Ningún remedio por esta dirección; Lisa se disculpó.

Rick giró y se inclinó sobre la baranda.

-Ella ha estado pasando mucho tiempo con su primo Kyle. Tú

sabes, la familia primero.

-Me alegra que estés bien, Rick. Estaba preocupada por ti.

Eso último lo hizo dar vuelta pero no hubo cambio en el tono.

-Sí, me siento genial, Lisa. Genial.

Ella quería hacer borrón y cuenta nueva: Escucha, Rick, lamento lo de Roy, si puede serte de ayuda...

-Escuché que tenemos un nuevo sistema de barrera -dijo él-. Y creo que lo necesitamos más que nunca; claro, quiero decir, ya que el Concejo se rehúsa a permitir que los civiles se vayan...

-Rick...

...y es poco probable que los zentraedis detengan sus ataques.

Ella dejó que él dejara salir todo y permitió que el silencio actuara como amortiguador.

-El Concejo va a anular su orden, Rick. El capitán dice que mantendrá la nave ahí hasta que lo hagan.

Rick hizo un gesto de desprecio.

-Bien. Y cuanto más pronto suceda, mejor. Yo sé que todos estamos ansiosos por volver a la batalla.

Los ojos de Rick ardieron en los de Lisa hasta que ella no pudo soportarlo y desvió la vista. ¿Él la estaba culpando por la muerte de Roy? ¿Había quedado reducida a un símbolo malévolo ante sus ojos? Primero Lynn Kyle con sus comentarios sobre la milicia, y ahora esto... ella vio que el tráfico se movía abajo a lo largo del entramado de las calles de la ciudad; miró fijamente las estribaciones de Sierra como para acordarse de que en verdad estaba de vuelta en la Tierra, de vuelta entre los vivos. Pero aunque el Concejo tuviera un cambio de opinión, aunque su padre recobrara la cordura y permitiera que los civiles detenidos desembarcaran, ¿qué sería de la SDF-1 y su tripulación?

¿Dónde y cuándo encontrarían un lugar seguro?

Capítulo 2

LAPSTEIN: A la luz de los, bueno, problemas "psicológicos" que acosaron a los zentraedi después del retorno exitoso a la Tierra de la SDF-1, ¿no se justifica sugerir que Khyron debió haberse hecho cargo del mando de la flota imperial?

EXEDORE: (ríe brevemente) Nosotros no estaríamos teniendo esta conversación, eso se lo aseguro.

LAPSTEIN: Por supuesto... ¿pero en función del impacto estratégico?

EXEDORE: (después de un momento) Se podría decir que Khyron era más consciente de los peligros del contagio cultural que muchos de nosotros, pero él ya no pensaba como un estratega. La SDF-1 no era su principal preocupación; que la nave contuviera una matriz de Protocultura era de poca importancia. A esta altura había llegado a creer que con destruirla podría ponerle fin a lo que él consideraba una amenaza psíquica para su raza. Yo dejaré que sus "psicólogos" examinen sus motivos subyacentes. Pero agregaré esto: él estaba respondiendo en un estilo zentraedi puro - reconocía un peligro potencial y se movía para eliminarlo. Mi esperanza es que esto rescate su imagen de lo que muchos de sus escritores han caratulado como "humanidad".

Lapstein, Entrevistas.

Khyron estaba poseído por la Flor de la Vida invid; sin darse cuenta de ello, ya estaba trabajando contra la Imperativa zentraedi.

Rawlins, El triunvirato zentraedi: Dolza, Breetai, Khyron.

Bien cerca de la Tierra, dos cruceros zentraedi se movían silenciosamente por el espacio, uno al lado del otro como Gargantúas de un reino terrible. Llegaría el día en que los comandantes de esas naves se pararían juntos a las puertas de un vacío aún más negro, escapados de un pasado artificial y febriles por la excitación de un presente por hacer, con las manos y los corazones unidos para poner en práctica un maligno plan riéndose en la cara de la muerte. Pero hoy había palabras rudas y recriminaciones, una prueba de lo que se venía para los demás.

Khyron azotó su puño contra la consola del puesto de mando y apuntó su mano derecha con acusación hacia la imagen de Azonia en el rayo proyector, quien tenía los brazos cruzados sobre su pecho tanto por insolencia como por defensa.

-¡No puede ser! -gritó el llamado Traicionero-. ¿Por qué nos ordenan que retrocedamos?

La cabeza inclinada y sus ojos entrecerrados que espiaban debajo del flequillo azul cielo le daban un aspecto demoníaco.

Azonía le dirigió la palabra a la imagen del rayo proyector en el puente de su crucero.

-No tengo la libertad de explicar pero tus órdenes son claras, Khyron: Hasta que esta nueva operación haya terminado, tú no harás nada excepto quedar en espera y aguardar, ¿está claro?

Ella trató de sonar calmada pero sabía que él vería más allá de eso. Khyron le clavó la vista.

-No juegues conmigo, Azonia. Esa nave se hace más fuerte día a día, mientras que nosotros nos sentamos y no hacemos nada.

-Khyron...

-Tu intromisión en mis planes le permitió a los micronianos llegar a su mundo. Pero no es demasiado tarde para deshacer el daño que has hecho. ¡Destruyelos ahora!

-¡Suficiente! -le gritó a la pantalla.

Pero él le prestó poca atención. Mostrando los dientes, hizo una barrida furiosa con su brazo como despedida y desapareció. El rayo proyector se comprimió hasta una simple línea horizontal y se desvaneció, pero pese a eso Azonia trató de contactarlo.

-¡Khyron, contesta, Khyron! ¡Contesta de inmediato!

Demasiado tarde. Se inclinó hacia delante para afirmarse sobre los brazos endurecidos con las palmas todavía aplanadas sobre los botones de comunicación. Lo conocía lo bastante bien como para temerle, pero no era temor lo que amenazaba con sobrepasarla. Estos eran sentimientos más oscuros, completamente desprovistos de luz, mucho peores que el temor. Y de repente reconoció lo que debía ser: el comandante en jefe Dol-za había relevado a Breetai de su cargo, le había confiado a ella la misión de recuperar la nave de Zor y ella le había fallado.

¡Fallado!

En ese momento se admitió a Miriya en el puente y Azonia sintió un destello de esperanza. Si alguien podía ayudarla a enfrentarse a Khyron, esa sería Miriya, la piloto más habilidosa de los zentraedis. Pero Azonia pronto se daría cuenta de que Khyron también había minado esos planes.

-Me alegra que estés aquí -dijo Azonia para recibir al as femenino-. El comandante Khyron está poniendo en peligro nuestra misión. Voy a necesitar tu ayuda para mantenerlo a raya.

-Comandante, yo... -Miriya bajó la vista.

Azonía se acercó a ella con preocupación.

-¿Miriya, qué pasa? Dímelo.

-Vine a solicitar su permiso para entrar a la fortaleza dimensional... como espía.

-¡¿Micronizada?! -Azonia estaba asombrada.

-Sí, estuve estudiando el lenguaje del enemigo y confío en que mi presencia será de beneficio para nuestra causa.

-¿Pero por qué? ¿Por qué nuestra mejor piloto quiere volverse una microniana? ¡No tiene sentido!

-Por favor, comandante, no tengo alternativa.

-¡Tonterías! Dime. Te lo ordeno.

Los profundos ojos verdes de Miriya refulgieron; tiró hacia atrás

su melena de abundante cabello y clavó la vista en Azonia.

-Me derrotaron en batalla... ¡vencida por un microniano, un insecto insignificante! Debo encontrar y destruir a ese piloto. Hasta ese entonces no seré de utilidad para nadie. Usted debe permitírmelo, comandante, por la gloria de los zentraedis.

¡Derrota! -pensó Azonia-. ¡Falla! ¿En qué se iba a convertir su raza, gloriosa en otros tiempos?

Khyron no perdió tiempo en poner en práctica su plan de ataque. Momentos después de romper el contacto con Azonia se puso en camino hacia el hangar de Battlepods del crucero, donde sus tenientes y líderes de escuadrón recibirían sus instrucciones. Cada minuto perdido llevaba a los zentraedi mucho más cerca de la derrota, de eso estaba seguro. Los micronianos estaban haciendo reparaciones, abasteciendo sus almacenes, preparándose para otra ronda...

Derrota... hubo un tiempo no hace mucho en que esa palabra no tenía cabida en su pensamiento, ni que decir de la idea. Pero los recientes eventos habían reformado su visión del mundo; ahora se tenían en cuenta peligrosas posibilidades donde antes no había existido ninguna. Esta operación dirigida contra los micronianos de la "Tierra" estaba comenzando a asumir dimensiones prodigiosas. Como quedó en la oscuridad para descifrar las complejidades de esta guerra que no era guerra, Khyron se vio forzado a confiar en el instinto y en el rumor; tenía una fe implícita en lo primero pero no le gustaba lo segundo, a no ser que como en el caso actual, encontrara evidencia personal que lo corroborara. Y en el centro de las complejidades estaba la nave de Zor, la súper fortaleza dimensional. Estaba fuera de discusión que la fortaleza, junto con su matriz de Protocultura, era un trofeo suficientemente digno como para justificar los gastos de esta operación. Y que tenían que mantenerla lejos de los invid, también. Pero con seguridad los Amos Robotech aceptarían que en este punto la fortaleza era prescindible; los micronianos, al haber desentrañado algunos de sus

secretos, representaban una amenaza mayor que la pérdida de la nave. Y era mejor enfrentar las amenazas directamente. Pero lo que tendría que haber sido un simple ejercicio de erradicación y limpieza con iguales resultados a los de operaciones similares efectuadas a través del cuadrante, se había convertido en una cacería peligrosa -un intento de volver a capturar intacta a la fortaleza a cualquier costo. ¿El comandante en jefe se había olvidado de la imperativa?

Los zentraedis eran una raza de guerreros, no de jugadores.

¿En qué andaban Dolza y Breetai? Se formuló la pregunta una y otra vez. ¿Estaban sirviendo para los Amos Robotech o para algún plan rebelde creado por ellos? Las sospechas de Khyron quedaron en suspenso temporal cuando relevaron a Breetai de su mando, pero ahora estaba comenzando a considerar que eso también era parte de su plan. Que eligieran a Azonia para encabezar la operación era alarmante -era tal vez la señal de que el Viejo estaba perdiendo la cordura-, pero de todos modos no venía al caso. El tiempo de Azonia se había terminado; una vez que se pusiera en marcha, el actual plan de ataque cumpliría un segundo propósito en ver que eso se cumpliera. Pero todavía había que ver el siguiente movimiento de Dolza; si regresaban a Breetai a su puesto, Khyron no iba a tener otra alternativa que aceptar como verdadera su teoría de rebelión. Pero también entendía que en este momento un cisma sólo aumentaría un ya peligroso curso. Por esa razón había que calmar la situación actual.

El grupo de asalto estaba reunido dentro de las cavernosas cámaras inferiores del crucero zentraedi. Además del complemento usual de las naves de asalto trimotor Botoru, los cazas de cobertura y las naves exploradoras de reconocimiento, había veintenas de mecas especializados equipados con ECMs y sistemas de interferencia de radar. Khyron explicó su sencillo plan: había que destruir a la fortaleza dimensional.

Mientras Khyron se preparaba para ceñirse dentro de su nave de asalto Officer's Pod, intercambió algunas palabras finales con Grel, quien iba a manejar el timón en ausencia de Khyron. El rostro de mentón cuadrado del primer oficial estaba en la pantalla superior de la bodega central.

-Espera hasta que me acerque a la fortaleza y activa las ECMs antes de continuar y aterrizar tu flota, Grel.

-Obedeceré, aunque la atmósfera de la Tierra haga que sea difícil maniobrar.

-Asegúrate de que así sea. Los informes de Inteligencia indican que a los micronianos les importa muchísimo su miserable mundo, así que si llevamos la pelea a aquel lugar, la fortaleza y el planeta serán nuestros -Khyron notó que los ojos de Grel iban de un lado a otro-. ¿Preguntas, Grel?

-No, señor... pero vamos contra las órdenes de Azonia otra vez, ¿no?

Khyron se rió maliciosamente.

-Sólo cumple con tus órdenes. Yo me ocuparé de ella después que volvamos.

Khyron bajó la carlinga del Battlepod. Ingirió dos hojas secas de la Flor de la Vida y llevó su meca hasta el borde del puerto del crucero.

El primer disparo controlado del arma principal, la Maniobra Daedalus, el regreso a la Tierra: tres "yupis" en dos largos años de guerra...

Pero ahora había razón para una genuina celebración en el puente de la fortaleza dimensional: la estratagema de Gloval había funcionado. El cuadrante Ontario de América del Norte, uno de un número creciente de estados separatistas que buscaban la autonomía del monopolio del Concejo, estuvo de acuerdo en aceptar a los civiles. Ontario tenía sus propias razones para hacer eso, pero el capitán no iba a hacer preguntas. Sentía como si estuvieran a punto de quitarle un enorme peso de encima de sus hombros -podía sentir que las líneas de preocupación prácticamente comenzaban a desvanecerse. Bueno, si sólo el Dr. Lang pudiera encontrar una forma de transferir por completo también a Ciudad Macross.

La noticia de la comunicación secreta recientemente recibida se

esparció rápidamente a través de la nave. En las calles de la ciudad ya se estaban haciendo fiestas y a Gloval le habrían organizado un desfile con papel picado de haber quedado disponible algún papel picado. Los residentes estaban empacando rápidamente y hacían los preparativos para partir, se abrazaban unos a otros, sollozaban adioses y daban las últimas miradas a su alrededor. Tal como se esperaba, hubo más que unos cuantos que querían quedarse a bordo, pero no iba a haber excepciones a las órdenes del capitán: todos los civiles tenían que irse. Quizá cuando la guerra se terminara la SDF-1 llevaría a los niños de la Tierra hacia su destino como una "ciudad en vuelo"...

Pero la mayor parte de eso era para soñadores idealistas y aficionados a la ciencia-ficción; la mayoría de Macross quería salir. La gira había terminado; era tiempo de volver al mundo real, reconectarse con la familia que quedó atrás, deshacer los obituarios prematuros y comenzar a vivir otra vez. No más sirenas de alerta que te despiertan en medio de una noche falsa, no más letras militares o dinero de juguete, no más lluvias de asteroides, no más -¡gracias al cielo!- transformaciones modulares. Muchos de los residentes se olvidaron que esas mismas esperanzas se habían frustrado unas pocas semanas antes.

Nunca habían indagado a la Fuerza de Defensa con respecto a sus sentimientos, aunque los resultados sin duda habrían sido interesantes. Para algunos, Macross era el corazón de la nave y habían peleado duro en la Tierra y en el espacio para proteger ese centro trasplantado. Que la nombraran guardiana de su mundo habría sido una transacción bastante justa, pero este no iba a ser el caso. El Concejo ya lo había aclarado: sus órdenes eran llevar a los extraterrestres lejos de la Tierra, devolver la guerra al espacio al que pertenecía y actuar como señuelo hasta el momento en que la Tierra estuviera preparada adecuadamente para enfrentar una invasión. En otras palabras, los habían elegido para el sacrificio. Si se suponía que tenía que haber cierta clase de nobleza admirable vinculada a esto, no se veía fácilmente. Pero afortunadamente para el Concejo, la Tierra y los comandantes de la fortaleza, pocos miembros de la Fuerza de Defensa conocían todos los hechos.

Rick estaba en las cubiertas inferiores del Prometheus cuando Max y Ben le trajeron la buena noticia desde el puente. Vestía el uniforme, tenía una llave torx número dos en la mano y estaba parado junto al Skull Uno -el Veritech de Roy Fokker. Un panel de acceso abierto en la nariz debajo de la cabina rompía la unidad de la insignia circular del fuselaje, pero Rick no vio el simbolismo. A pesar de eso, miró fijamente los circuitos expuestos, hasta trabajó un poco como si buscara recuerdos de su amigo perdido. Habían reparado y re-postado por completo al caza; no había señales de daños, ninguna evidencia de los disparos fatales que recibió, pero eso no significaba que el exorcismo hubiera sido completo. La presencia de Roy era palpable.

Rick cerró el panel cuando los dos cabos se acercaron.

-Sólo haciendo algo de reparación -dijo a modo de explicación. Sí, automantenimiento.

-No me sorprende -dijo Max-. Lisa Hayes nos dijo que estabas aquí abajo.

Ben observó los numerales del fuselaje.

-Oiga, este es el Skull Uno del comandante Fokker, ¿no es cierto? No sabía que usted iba a volarlo.

-Ah, sí -Rick contestó vagamente-. Creo que tuve suerte de que me lo dieran como aeronave asignada.

Les dio la espalda y puso su mano derecha casi con reverencia contra el meca.

-Lindo toque de ironía, ¿no creen? El comandante Fokker siempre estaba tan orgulloso de que nunca lo hubieran derribado. Ahora él se ha... ido, y a mí me dan su avión. A mí... el tipo al que siempre derriban... hasta nuestra propia artillería. Es algo irónico, eso es todo.

Los amigos de Rick intercambiaron miradas preocupadas, pero Max se libró de eso, esbozó una sonrisa y le contó a Rick sobre los civiles.

-Excelente -dijo el teniente.

Max continuó imperturbable.

-Aparentemente el cuadrante norteamericano Ontario los

aceptará y Gloval hará el anuncio oficial mañana.

-¿Entonces que tal si nos adelantamos a la celebración? -dijo Ben, lleno de buen humor-. Podríamos ir a Macross por algo de comer, beber o cualquier otra cosa que surja.

-A usted le podría servir la recreación, teniente -se apuró a agregar Max.

La lenta sonrisa de Rick fue la señal de que ya había tomado la decisión. De alguna forma tenía que sacarse ese malhumor y no veía cómo la depresión podía tener una oportunidad en Macross en este momento.

-Eso suena bien, muchachos. De hecho, yo invito.

Ben rebozaba de alegría.

-¿Qué opinas de eso, Max? -se movió entre sus amigos, una cabeza más alto que los dos, colgó sus brazos sobre sus hombros y los alejó del Veritech-. ¿No suena eso como algo que el nuevo piloto del Skull Uno haría? Vamos, pongámonos en camino antes de que cambie de idea.

Rick miró sobre su hombro hacia el silencioso meca; después le dio la espalda y siguió a Ben.

La unidad de asalto de Khyron se lanzó desde el crucero y se zambulló dentro de la atmósfera de la Tierra. El naranja brillante de los propulsores triples se recortó contra un pacífico campo azul lleno de nubes.

La fortaleza dimensional, todavía configurada como un erguido caballero tecnológico alado, estaba sobre la ciudad de Toronto cuando el radar alertó al puente del ataque inminente.

Vanessa se inclinó sobre su consola y tipeó una serie de órdenes. Volvió a recostarse sobre su silla cuando las "manchas" y los símbolos direccionales comenzaron a llenar la enorme pantalla.

-Múltiples contactos de radar en cinco, seis y siete. Una flota de naves espaciales extraterrestres -le in-formó al capitán. Sus palabras salieron apresuradas-. Pods, naves de reconocimiento. Naves pequeñas en su mayoría. Se acercan desde una altitud de 32 kilómetros, nornoroeste.

-¿Estás segura? -Gloval no quería creerlo.

-Sí, señor -contestó enfáticamente.

-¡Oh, no! -gimió Sammie, mientras que tanto Lisa como Claudia giraron en sus estaciones de adelante para observar el tablero de captación.

-Justo cuando estábamos entrando al Cuadrante Ontario.

-Exactamente -dijo Claudia en un tono que significaba: ¡Típico!

Gloval no se había movido de la silla de mando; sus manos estaban aferradas sobre los apoyabrazos, tanto para evitar que se levantara como para tomar con calma la situación.

-No podemos darnos el lujo de quedar bajo ataque aquí -le dijo al puente-. ¡Comandante Hayes, ordénele inmediatamente a todos los pilotos la alerta roja!

-Aquí tiene, señor, un lomo gigante, término medio -dijo el cocinero cuando ubicó la tabla de cortar y cortó frente a Ben.

Él, Max y Rick estaban en El Corte Más Amable, una de las casas de carnes más finas de Ciudad Ma-cross. Habían elegido sentarse a lo largo del mostrador circular que envolvía a las parrillas centrales. -"cerca de la acción", había dicho Ben-. Los extractores de humo y una enorme campana de cobre arriba de ellas se hacían cargo de la mayor parte del humo, pero tenías que ser un verdadero amante de la carne roja para soportar los olores, el crepitar y los chasquidos que estaban inevitablemente enfrente.

-Muchísimas gracias, amigo -dijo Ben, tirando la tabla de corte en forma de fuente hacia él.

Sus amigos miraban el trozo de carne sin poder creerlo.

-¡¿Esto huele genial o qué?! -tenía el cuchillo y el tenedor en el aire, listos para hincarlos.

-Con seguridad parece un mucho para comer -dijo Max con cautela.

Había un enorme pedazo de carne empalado en el tenedor de Ben.

-¡Tengo tanto hambre que podría ordenar otro! -se rió con fuerza y después abrió bien su boca. El bocado estaba a escasos centímetros de su boca cuando resonó un anuncio por es sistema de altavoces de toda la ciudad.

-Atención todos los pilotos caza: alerta roja, alerta roja. Esto no es un simulacro...

Max y Rick ya se habían puesto de pie y se dirigían hacia la puerta cuando repitieron el mensaje. Ben, sin embargo, todavía estaba anclado a su asiento preguntándose si tendría tiempo para una mordida más.

-¡Oye, Ben, muévete! -escuchó que decía el teniente.

Ben se puso de pie y contempló el lomo, el olor, las papas redondas, la celestial guarnición de hongos y cebollas...

-No te muevas -le dijo a la carne-. Volveré.

Capítulo 3

Y vi un gigante alado caminando entre las nubes en el cielo del oeste, aureolado dentro de un globo de gloria radiante, y su cuerpo hecho de plata brillante en el sol. Y aunque sus manos podían levantarse en súplica, su corazón ardía con toda la furia de los fuegos sagrados. Y yo les digo a uste-des que este es el Templo de la Humanidad, que fue elevado y regresado para batallar con las fuerzas del mal.

Apócrifos, Libro de Santiago.

Para cuando Rick, Ben y Max llegaron al hangar del Prometheus ya estaban moviendo a los Veritechs hacia los montacargas de vuelo. Tenían puestos sus "gorras pensantes" y las mochilas de arneses, así como sus trajes de vuelo similares -rojo, amarillo y azul respectivamente. El personal de catapultas y los controladores mantenían las cosas ordenadas; después de dos años de peleas constantes sabían la rutina a la perfección. La voz de Lisa sonó fuerte y clara a través de los parlantes:

-Todos los escuadrones de cazas: alerta roja, alerta roja. Esto no es un simulacro, esto no es un simulacro...

Se desearon suerte mutuamente, se separaron y corrieron hacia sus cazas personales. El Skull Uno estaba esperando pacientemente a Rick con las alas hacia atrás y los alerones de cola rubricados doblados hacia abajo. Se trepó a la cabina y se ciñó mientras hacía una rápida revisión de estatus. Cuando la carlinga descendió pensó en Roy.

Bueno, Gran Hermano, parece que me eligieron para llenar tus zapatos. No estoy ansioso por hacerlo. Bueno, no me malentiendas...

pero pilotear tu caza en combate va a tomar algo de acostumbramiento.

Movieron hacia delante a Rick, hacia el montacargas. Una vez que estuvo en la cubierta de vuelo, desplegó las alas del meca y levantó los alerones de cola con la Jolly Roger mientras el personal de enganche vestido con overoles preparaba a la nave para el despegue. Finalmente se dio la señal de partida. Rick saludó con los pulgares hacia arriba y se echó atrás contra el asiento. Una imagen fugaz de Roy apareció en una de las pantallas de comunicaciones.

-Bueno, viejo amigo, esto va por ti -dijo Rick en voz alta. Después tincó los interruptores para contactarse con el puente y agregó-. Soy el Líder Skull y nos estamos movilizandó.

Los motores estaban activados; la potencia y el ruido aumentaron. El oficial de catapulta se inclinó, el lanzador se agachó y segundos después el Skull Uno salió acelerado desde la proa huracán del portaaviones y remontó.

Claudia giró hacia Lisa en el puente de la SDF-1.

-¿Dijo 'Líder Skull'?

-Correcto, Claudia -había casi una nota de orgullo en su voz-. El teniente Hunter se hará cargo del Skull Uno del comandante Fokker a partir de hoy.

Eso tomó a Claudia por sorpresa, pero sonrió y giró hacia el mirador con la esperanza de echarle un vistazo al despegue.

-A Roy le habría gustado eso.

-Líder Skull a ala Skull: tengo a los enemigos en mi pantalla. Estimado de quince segundos hasta el primer contacto.

Rick y sus hombres estaban en una formación delta; debajo de ellos, también por triplicado, estaban los Índigos y Vermilions junto con varios otros escuadrones VT. Max y Ben estaban en las pantallas

de comunicación laterales dentro de la cabina del Skull Uno.

-¿Están listos para hacer el trabajo ustedes dos?

-Apueste que sí, teniente -dijo Ben.

-Listo para el combate -agregó Max.

Rick sintió un reavivado sentido de propósito que bordeaba la total exaltación. No era el usual torrente de adrenalina previo a la batalla o cualquier otra endorfina alta, sino el asentamiento de la tormenta que había rugido dentro de él desde el regreso a la Tierra de la nave y que había hecho pico con la muerte de Roy -una tormenta que lo había metido en un frenesí y lo había dejado vacío de espíritu, de fe y de voluntad para seguir adelante. Pero ahora, en esta salvaje lejanía azul, aquellas nubes de tormenta se estaban abriendo y con ellas esa amenazadora sensación de perdición e impenetrable oscuridad. El Skull Uno estaba en el aire otra vez; Rick Hunter estaba en el aire otra vez. Donde antes había visto ironía, ahora sentía una curiosa pero tranquilizadora armonía. ¡Él prevalecería!

En la nave que encabezaba el grupo de asalto extraterrestre, Khyron pensaba lo mismo. Pero donde los pensamientos de Rick estaban enfocados en la vida, los de Khyron estaban sintonizados con la muerte -un claro ejemplo de las diferencias que separaban a los humanos de los zentraedis.

-Ellos ya están muertos -dijo Khyron a sus pilotos-. Mantengan sus escudos en alto y disparen cuando estén listos. ¡Ahora atrapémoslos!

Dicho esto, encendió los propulsores de la nave, hizo señas a sus escoltas para que hicieran lo mismo y lanzó a sus fuerzas contra las de Hunter.

Los dos grupos se encontraron de frente, llenado los cielos con truenos. Las explosiones florecían y hacían erupción como un jardín aeropónico infernal. Los brillantes trazantes azules y amarillos se entrecruzaban con las estelas, el humo y las cataratas de fuego de las naves destruidas. Los escoltas se separaban de sus

líderes para enfrentarse cara a cara con los mecas enemigos en la gresca aérea. Los pilotos VT a veces usaban la analogía del boxeo versus las peleas callejeras: no había reglas; tu oponente era desentrenado pero ruin y pro-bablemente más que imparable.

Los trimotores zentraedi de nariz roma, tres aletas y que parecían perillas de canillas estilizadas, atravesaron las formaciones Veritech disparando los cañones del peto y agujereando tanto a aeronaves como a pilotos con el fuego azul. Levantaban los cohetes gemelos superiores hacia las posiciones de disparo, los lanzaban y casi siempre encontraban sus marcas, echando restos ardientes en la arena; las bolas de fuego que una vez fueron Veritechs cayeron del cielo.

Pero las fuerzas Robotech devolvieron el golpe.

El Skull Uno se ladeó bruscamente con fuego furioso dentro de sus propulsores de proa para evadir los restos de una aeronave reventada; los buscadores de calor de puntas rojas pilonadas estaban ansiosos por liberarse. Rick enderezó su nave sólo para darse cuenta de que tenía a cuatro bandidos más en su cola. Los guió en una alegre persecución, arriba en un ascenso propulsado hasta el borde de la noche y después abajo en una picada potenciada que no habían anticipado.

Rick bajó la palanca G y pensó al meca a través de la configuración a Guardián. Voló hacia la cara de sus perseguidores como un ave de presa, y cuando rebasó su formación, encendió las piernas espolonadas e hizo que las armas del tren de aterrizaje trasero hicieran erupción. El fuego anaranjado ardió desde abajo de sus alas.

Una nave zentraedi explotó y después una segunda, aunque esta salió como un kamikaze hacia el Skull Uno, una nube expansiva de muerte naranja.

Viento divino, sin duda -pensó Rick.

Ahora el Guardián flotaba usando los propulsores de los pies apuntados hacia delante para ascender, estabilizarse y disparar contra las dos naves que quedaban. Y una vez más los pensamientos y los disparos de Rick encontraron sus marcas.

Escuchó la voz de Ben sobre la bulla de la red táctica.

-Eh, Líder Skull, eso fue un vuelo de precisión impresionante,

pero tiene que ser más cuidadoso.

Pero era Ben el que no era cuidadoso: un meca enemigo lo había fijado en la mira y estaba a punto de abrir fuego. Afortunadamente, Max Sterling había controlado el acercamiento; alineó la nave con su retícula y soltó dos cohetes para que lo eliminaran.

Rick escuchó el grito de Ben, sorprendido primero y encantado después, cuando Max puso su nave con visos azules junto a la punta del ala de babor de Dixon.

-¿Estás bien, Ben? -preguntó Max con una inflexión en su voz.

-Sí, seguro, ahora lo estoy, gracias.

-Bueno, mantente alerta, grandulón.

-Pues créelo. ¡Nadie desconecta a Ben Dixon!

Rick estaba demasiado envuelto en la batalla para notar que varias naves enemigas se habían separado del grupo de ataque y habían establecido un patrón de contención no lejos de la SDF-1. Pero eso no pasó desapercibido en el puente de la fortaleza o a bordo del crucero comandado por el segundo de Khyron, Grel.

Grel estudió el campo azul del rayo proyector con los brazos cruzados sobre el pecho. Una brillante barra de luz roja parpadeó una vez en el interior de una representación esquemática del margen planetario y después dos veces más. Y la voz de uno de los comandantes de la flota llegó por el comunicador.

-Señor, la táctica de interferencia del radar parece estar funcionando. ¿Procederemos ahora?

Grel se inclinó hacia delante sobre la consola.

-Sí, procedan según lo planeado.

Cuando dio la orden, cinco enormes naves de guerra comenzaron a descender lentamente hacia la Tierra.

Gloval estaba parado en el mirador frontal del puente con el birrete blanco bien bajo sobre su cabeza y los ojos llenos de preocupación. En el crepúsculo, la zona de batalla en el cielo de occidente estaba marcada por los relámpagos de fuego diabólico, los discos y las lunas crecientes; al sur había un puñado de naves enemigas en un

curioso patrón de contención; y debajo de la fortaleza, una ciudad en caos -una ciudad en peligro.

¿Qué pensarán los residentes de estos fuegos artificiales inesperados? -se preguntó Gloval. La SDF-1 se dirigía hacia el norte una buena velocidad, ¿pero llegaría a alejarse de estos centros poblacionales antes de que la batalla recrudeciera? Él sabía que recrudecería. Cerró los ojos para aislarse de la escena. Había traído hasta allí a la fortaleza para desembarcar a los civiles, y al hacer eso había puesto en peligro a otro grupo. ¿Es que no había forma de ganar esta cosa... en ningún frente?

-Señor, el radar se está desestabilizando.

Gloval ni se molestó en darse vuelta y enfrenar a Vanessa.

-Los zentraedis están interfiriendo nuestra señal... Una cosa detrás de la otra... Alerten al Escuadrón Skull para que comience un recorrido de reconocimiento del área -dijo con resignación y después se dio vuelta-. Pongan el nuevo sistema de barrera en espera y prepárense para nueva actividad enemiga.

Claudia ejerció su prerrogativa al señalar que el activar los escudos quitaría energía de los sistemas de armamento, pero el capitán le llevaba la delantera; le quedaba poca paciencia para el terreno que ya estaba cubierto.

-Entiendo el problema pero debo tomar en cuenta la seguridad de todo el personal de a bordo. ¡Ahora pon el nuevo sistema en espera de inmediato!

-Sí, señor -Claudia acató-. En espera para conectar...

Mientras tanto, una nave de diseño extraño se acercaba lenta y silenciosamente hacia la fortaleza dimensional, tomando ventaja de un cordón de montañas bajas para evitar que la detecten y verse envuelta en la batalla. El meca era de aspecto entómico, con cuerpo formado por dos hemisferios globulares idénticos, brazos de pinzas, dos piernas apezuañadas y un módulo de cabina puntiagudo en forma de trompa. No era una nave Botoru -una de las de la Séptima División Mecanizada de Khyron-, sino una Quadrono. Y sostenida

en el puño de la mano blindada derecha, contenida dentro de una cámara transparente similar a la que había metido a tres espías micronizados en la SDF-1, estaba el as femenino de esa flota, Miriya Parino. Vestía un trapo sin mangas azul grisáceo como vestido, atado a la cintura con cuerda tosca y no llevaba armas.

Esto último era lo que preocupaba a la piloto del meca. Tenía contacto visual con Miriya vía la pantalla curva de la cabina y audio a través del comunicador del casco.

-¡Miriya, esto es peligroso! ¿Estás segura de que quieres ingresar a la nave microniana sin ninguna arma?

-No necesitaré armas.

-Pero la comandante Azonia ya está molesta por la falla de esta operación...

-Molesta, pero no conmigo. Es Khyron el que ha hecho un desastre con las cosas.

Y algunos de nosotros estamos al tanto de las rivalidades especiales que existen entre Azonia y Khyron -quiso agregar. Pero Miriya no tenía ninguna rencilla con el Traicionero. Ahora él era doblemente responsable por la misión y el presente tamaño micronizado de ella: Primero por alertarla sobre el as microniano que la había vencido en batalla, y segundo, por lanzar otro ataque no autorizado contra la SDF-1. La batalla había simplificado considerablemente la infiltración. Pero estos hechos no tenían importancia para la piloto.

-Sólo déjame en la nave microniana -dijo Miriya tercamente.

Khyron había salido de la arena aérea. Su meca de mando estaba ubicado en el perímetro sur de la es-caramuza y él se las había arreglado para comunicarse con Grel por el comunicador. El rostro del teniente apareció en una pantalla de comunicaciones secundaria dentro de la cabina mientras los relámpagos explosivos de la luz de la batalla intermitían contra el casco externo de la nave.

-Estamos flotando sobre la superficie en espera de sus próximas órdenes, milord.

Khyron estaba lo suficientemente complacido como para elogiar a su segundo.

-Excelente, Grel, has hecho un trabajo espléndido. Ahora prepara tu ataque, pero no abras fuego hasta que yo me reúna contigo.

-Milord -saludó Grel.

Siguiendo las órdenes de Gloval, el Escuadrón Skull también se había ausentado temporalmente de la batalla para hacer reconocimiento al sur de la fortaleza. Rick había conectado los detectores infrarrojos de amplio alcance con el sistema de comunicación; las pantallas central y laterales ahora le ofrecían un recorrida de imágenes aumentadas del horizonte. En un segundo tuvo contacto de radar y aumentó la amplificación de las pantallas. Gloval tenía razón: ¡cruceros zentraedis!

Rick activó el decodificador y continuó en la red táctica.

-¿Lisa, estás captando?

-Afirmativo -contestó desde el puente y se lo notificó al capitán-. El Skull tiene avistamiento sobre cruceros enemigos; alcance, ciento trece kilómetros al sureste, las direcciones del vector están llegando en este momento...

-Está bien -dijo Gloval en el mirador frontal con las manos detrás de su espalda-. ¡Claudia, activa la barrera omnidireccional de inmediato!

Dentro de la nueva sala de control del sistema de escudo, más de una docena de técnicos y especialistas se prepararon. Situado en la popa y bien abajo del puente, dentro de una enorme bodega, el cuarto en sí era poco menos que una plataforma de despegue equipada con una mesa de lectura central y numerosas ventanucos y consolas operados. Pero otra vez el aparato responsable de la barrera de energía era inusual. Cuando Gloval dio la orden de encender el sistema, unos anillos azules de energía llenaron la bodega. La potencia comenzó a incrementarse en el generador del campo -un enorme plato con forma de engranaje de ocho dientes de

cierre hidráulico- mientras su compañero bajó sobre un grueso eje desde la bodega superior. Sin engranarse, los generadores intercambiaron frases de fuego formando y conteniendo una esfera de energía brillante.

En el puente, la esfera de energía se registraba esquemáticamente en el monitor de la consola de Claudia como una red englobada que envolvía por entero a la erguida SDF-1.

Desde el exterior, la esfera era una nube amarillo-verdosa gaseosa y ligeramente luminiscente que crecía y se expandía desde el centro de la nave, aureolando a la fortaleza en el cielo nocturno.

Grel estaba observando en la pantalla del centro de mando cómo se formaba la barrera cuando Khyron entró con su equipo de arneses y los protectores de la cadera todavía en su lugar.

-¿Qué está sucediendo? -demandó.

-Hay un enorme escudo de energía rodeando la nave microniana -Grel ni siquiera se molestó en saludar.

-No me interesa -soltó Khyron-. ¡Abran fuego ahora!

Fue como si alguien hubiera garabateado a través del cielo con un crayón de luz... toda esa cantidad de misiles se lanzó desde las naves de guerra zentraedi. El noventa y ocho por ciento de ellos encontraron su marca, envolviendo y oscureciendo a la fortaleza dimensional en un minuto con una larga sinfonía de explosiones. Pero para asombro de humanos y zentraedis por igual, el escudo absorbió la mortal tormenta y la fortaleza quedó intacta.

-Es diferente a todo lo que nos hemos encontrado -dijo Grel haciendo un comentario sobre el perfil esquemático del escudo microniano-. Y parece que protege por completo a la nave de nuestro ataque. ¿Entonces ahora qué?

-Sí -contestó lentamente Khyron-. Que el grupo avance y siga disparando hasta que yo ordene que se detenga.

Y ellos continuaron; emplearon láseres pulsados y disparos de cañón. Las estrías horizontales de los rayos convergieron hacia la SDF-1, pero en vano. Lo que el escudo no absorbía simplemente lo

desviaba.

El capitán Gloval era precavidamente optimista; el sistema de barrera resistía, pero el tablero de captación de Vanessa mostró que el enemigo había avanzado dentro de la zona amarilla.

-El enemigo sigue con su ataque -le advirtió.

Las esperanzas de él se hicieron pedazos y el capitán le dio voz a sus miedos.

-Esta vez no dejarán de atacar hasta que nos hayan destruido.

Sammie giró sus ojos asustados hacia él.

-¿Señor, no podríamos comunicarnos con el cuartel general y pedirles más apoyo, o algo?

-Eso no funcionará -la reprochó Lisa-. El capitán sabe que sólo ignorarían una petición como esa.

-¿Porque hemos estado haciendo tantas demandas sobre los civiles? -preguntó Kim.

Era el momento equivocado para las preguntas tontas, pero Gloval las capeó con paciencia.

-Tiene que ver más con nuestra proximidad al suelo -le dijo. Él había puesto su cabeza sobre el degolladero; era poco probable que alguien del Concejo viniera en su rescate.

-Mensaje, señor.

Gloval volvió su atención hacia el monitor superior de Claudia. Era uno de los robotécnicos de Lang.

-Tenemos un problema serio, capitán. ¡El sistema de barrera está comenzando a sobrecargarse!

Rick y los miembros del Escuadrón Skull habían observado el bombardeo con terror, pero ahora Lisa les ordenó contraatacar a las naves de guerra.

-Tiene que anular su fuego, teniente Hunter. Los escudos no pueden soportar más. Si falla...

-No va a haber ninguna nave a la cual regresar.

Los ojos de ella se movieron en la pantalla como si trataran de encontrar los de él a través de kilómetros de cielo.

-Parece malo, Rick. El capitán Gloval quiere que sepas que a partir de este momento la seguridad de cada persona en esta nave yace en tus manos.

La seguridad de cada persona en esta nave yace en tus manos...
Fin de la novena: bases llenas, dos fuera, Hunter al bat...

El Escuadrón Skull descendió sobre los cruceros como un grupo de águilas vengadoras. Habían reconfigurado a modo Guardián para bajar y a Battloid ahora que se asentaron sobre la primera nave de guerra. Flotaron sobre su casco blindado verde con los propulsores azules de los pies ardiendo como potenciados impulsados. Se movieron hacia la popa haciendo resonar los Gatlings para eliminar torretas y sellar puertos de armas. Pero eso todavía dejaba cuatro naves que todavía emitían continuas líneas azules de muerte.

La esfera esquemática que una vez estuvo claramente definida ahora era una mancha vagamente circular que sangraba colores enfermizos a través del campo del rayo proyector zentraedi.

-Vea -dijo Grel intencionalmente-, sus lecturas de energía están cayendo rápidamente. El escudo está a su límite.

-Ahora estos micronianos serán míos -Khyron rió entre dientes-. ¡Míos!

Dentro de la SDF-1, los generadores del sistema de barrera perdieron el control dentro de ese globo de energía compartido y mantenido; la bola se aplastó y se hizo salvajemente geoide; después perdió su circunferencia por completo y comenzó a lanzar rayos descontroladamente por toda la bodega.

El puente era un caos.

-Los generadores de barrera cuatro y siete están perdiendo potencia debido al intenso recalentamiento del núcleo -le informó Claudia a Gloval. El esquema de su monitor revelaba coordinadas

debilitadas a lo largo de la red del escudo.

El capitán le ordenó rápidamente que cambiara a potencia de subsistema.

Mientras tanto, tres de las nueve pantallas de la estación de Kim y dos de la de Sammie se desconectaron; dos más estaban parpadeando en un campo de estática naranja.

-Tenemos una situación de sobrecarga en los circuitos del campo exterior...

-El convertidor número siete ha excedido su límite...

-Personal de refuerzo de emergencia, repórtense a sus áreas de servicio.

Lisa se llevó las manos a las orejas y continuó por la red táctica.

-Líder Skull, mantenga su línea de comunicación abierta para órdenes de emergencia.

El tablero de captación mostró que las naves de guerra zentraedi continuaban con su avance.

-¡Acaban de entrar en la zona roja, capitán! -gritó Vanessa.

En ese momento hubo un súbito grito terrorífico a través de las líneas de conexión con el cuarto de control del escudo y la iluminación primaria falló. Los tripulantes del puente parecían muertos vivos bajo el espeluznante resplandor de las luces de las consolas. Las bocinas y las sirenas de advertencia aullaban desde áreas lejanas de la fortaleza. La pantalla de la estación de Sammie se había puesto completamente naranja.

-Está llegando a la masa crítica -chilló-. ¡Va a explotar!

Rick escuchó el pánico en la voz de Lisa.

-Líder Skull, evacue a su grupo de inmediato... el sistema de barrera está a punto de realizar una reacción en cadena. Evacue...

Rick, Max y Ben pensaron a sus Battloids a través de un cambio. Más allá del borde de la nave de guerra zentraedi pudieron ver que la barrera transustanciaba: lo que parecía ser el propio escudo se disparó por completo con una muerte submolecular.

Rick observó como los indicadores de los detectores de radiación cobraban vida dentro de la cabina. Se comunicó con sus compañeros de equipo por la red táctica y les dijo que despejaran de inmediato.

El escudo se expandió detrás de ellos; sus colores internos

cambiaron de verde a amarillo y naranja, hasta el mortal rojo; después, tras el resplandor cegador de la silenciosa luz blanca, el escudo desapareció. En su lugar comenzó a formarse un hemisferio rosa furioso, una sombrilla de horror de ochenta kilómetros de ancho.

Los tres pilotos hicieron correr a sus Battloids sobre el casco blindado, pasaron torretas y sensores erizados quemados que ya se estaban convirtiendo en escoria con el calor infernal; reconfiguraron a modo Guardián y se lanzaron. La creciente onda expansiva amenazó con superarlos.

Rick vislumbró que una de las naves de guerra se elevaba del grupo y salía rápidamente hacia su seguridad. Pero el resto quedó aniquilado, atomizado junto con toda estructura erguida y criatura viviente que hubiera sobre el suelo.

El Skull Uno atravesaba cielos fucsias y el fuego le mordía la cola al caza. Adentro, Rick buscó desesperadamente a diestra y siniestra alguna señal de sus escoltas. La nave de Max salió a la vista hacia babor, pero la de Ben no estaba en ningún lugar visible.

-¡Ben! ¡Ben! -gritó.

-¡Detrás de usted, teniente!

Rick encontró la marca de radar de Dixon en la pantalla; Ben se estaba convirtiendo a Guardián para aumentar el empuje.

-¡Enciende tus extintores... ahora! ¿Me copias?

La voz de Ben estaba llena de terror.

-¡Es demasiado tarde, Rick! ¡No puedo lograr... Ahhh...

Rick sacudió la cabeza salvajemente, tanto para negar la verdad como para mantener el sonido de la muerte lejos de sus oídos.

Se persignó cuando la imagen de radar de Ben comenzó a desvanecerse.

Un segundo amigo perdido... el color borrado del mundo...

Capítulo 4

De repente pareció que todo estaba fuera de control. Aquí estábamos, de vuelta en la Tierra, sintiéndonos más desplazados de lo que nos sentimos en el espacio. El Concejo se negaba a escucharnos. Los ataques zentraedis seguían constantes, habíamos perdido a Roy Fokker y a Ben Dixon, y miles de inocentes habían muerto. Yo no era el único en sentir esta sensación de desesperación. Pero era algo que se suponía que no debíamos discutir, como si todos nos hubiéramos puesto de acuerdo en una regla tácita: nosotros podíamos hacer que desapareciera por medio de no hablar de eso... Día tras día se hacía más difícil para nosotros encontrar algún sentimiento de comodidad o aceptación en Macross, y aquí estaba Lynn Kyle agregando leña al fuego, liderando un movimiento de paz que sólo podía debilitar nuestros intentos de derrotar a los extraterrestres. No era que no hubiera amplia justificación para la inquietud civil. ¡Pero nosotros éramos uno con la nave, una causa -no gracias al Concejo de Russo-, una nación independiente en guerra con los zentraedis! Yo tenía razones personales para que no me gustara [Kyle], pero encontré razones para tampoco confiar en él. Él puso a Minmei en mi contra, acepté eso. Pero no podía quedarme quieto y dejar que pusiera en peligro a la nave, a esa integridad militar-civil esencial para nuestra supervivencia.

Recopilación de los registros del almirante Rick

La energía que descargó el enemigo y que la nube de la barrera había absorbido, hizo una reacción en cadena; la SDF-1 quedó relativamente sana en el centro de la explosión que siguió a esto, pero en el suelo habían muerto incontables miles. En un radio de cuarenta kilómetros desde la fortaleza la superficie de la Tierra había quedado tan quemada y flagelada que no se la reconocía.

A consecuencia de eso el subcomando del Cuadrante Ontario había rechazado permitir que desembarcaran los civiles de la SDF-1; esas personas a bordo que en un principio habían escuchado el rumor, cesaron sus celebraciones prematuras y enfrentaron la congoja.

Ocho de los veintiún técnicos que operaban los controles del sistema de barrera habían muerto y los demás estaban registrados en condición crítica. Los cuerpos aéreos habían sufrido muchas bajas.

Ben Dixon se había desconectado...

Pero en Ciudad Macross la noticia verdaderamente grande se enfocaba en Lynn Minmei: la habían hospitalizado por agotamiento.

Los periodistas alcanzaron a Lynn Kyle en los escalones del Hospital General de Macross. La estrella de pelo largo estaba lo bastante enojada como para armar una escena, pero lo pensó mejor y decidió usar la cobertura de las noticias para su beneficio. Dejó las preguntas rápidas sin contestar hasta que captaron la indirecta y retrocedieron para dejarlo hablar.

-¿Qué dice el médico de Minmei?

-¿Cuál es el diagnóstico?

-¿Kyle, cuanto tiempo va a estar internada?

-Vamos, danos algo... tú eres su amigo más cercano.

-¿Cómo va a afectar esto a la fecha de lanzamiento de la película que ustedes dos están haciendo?

-Está bien, escuchen -dijo finalmente Kyle-. Quiero hacer una declaración sobre la guerra. En medio de todo lo que está pasando, toda esta continua destrucción y pérdidas de vidas, ustedes quieren preguntarme sobre la salud de Minmei. ¿Todos ustedes están ciegos a las realidades de esta situación o qué?

Uno de los periodistas sonrió maliciosamente.

-Entiendo, ¿deberíamos enfocarnos en tus necesidades, eh?

Kyle le echó una mirada furiosa.

-¿Alguna vez se ha detenido a considerar las prioridades? ¡Son prisioneros a bordo de esta nave, todavía estamos bajo ataque, el Concejo los ha rechazado, les mienten a diestra y siniestra, y ustedes se pasan el tiempo persiguiendo a una celebridad que se desmayó por trabajar demasiado! Olviden esta tontería. Nosotros tenemos que encontrar una forma de ponerle fin a esta guerra.

-¿Qué harías que hiciera la gente, Kyle?

-¿Estás planeando liderar un nuevo movimiento pacifista?

-Rebelión abierta, resistencia pasiva, cartas al Comando... ¿qué estás promoviendo?

Kyle levantó las manos y después señaló a uno del grupo mientras respondía.

-Es responsabilidad de ustedes exponer estos complots. Señalen las mentiras y contradicciones. Muéstrenle a la gente de esta ciudad los líderes militares tal como son. Tenemos que comenzar a presionarlos. Tenemos la fuerza de cincuenta mil y podemos ponerle un alto a esto. En este momento todo lo que tenemos es devastación y destrucción... ningún ganador, sólo perdedores. Este es un círculo vicioso inhumano. La única conquista que debería preocuparnos es la conquista de nuestra naturaleza guerrera.

Kyle formó una V con los dedos y la mantuvo en alto.

-¡La paz debe conquistarlo todo!

Mientras Lynn Kyle incitaba a la prensa para que sacaran con humo a los enemigos de la paz del Concejo del senador Russo y del comando de liderazgo de la SDF-1, a varios miles de millones de kilómetros de distancia se estaba discutiendo el destino de la Tierra. El crucero de Khyron, único sobreviviente de la explosión en cadena de la barrera de escudo, había vuelto a transposicionar hasta la fortaleza de mando de Dolza con las filmaciones del catastrófico evento. El comandante en jefe zentraedi las estaba viendo en este

preciso momento con pasmo y profunda preocupación en su antigua cara de piedra. Breetai, por otro lado, lucía una expresiva sonrisa complaciente.

Con los ojos bien abiertos, Dolza ordenó que repitieran el video - una segunda mirada a esa enorme carlinga de destrucción, esa lluvia de muerte hemisférica, una desafortunada ciudad microniana atomizada, una tierra verde completamente pelada.

-Estos micronianos son más crueles de lo que creí en un principio -accedió a admitir el Viejo-. ¡Estaban preparados para sacrificar todo un centro poblacional sólo para derrotar a nuestras divisiones menores de mecas de ataque!

-Supongo que su determinación no es ninguna sorpresa para usted, comandante -agregó sin girar hacia Breetai.

Breetai dio la vuelta para enfrentar a Dolza con su sonrisa de autoreivindicación todavía en su lugar.

-No, señor -dijo simplemente y apoyó un brazo sobre la mesa.

-La inexperiencia de la comandante Azonia con estos seres demostró ser la responsabilidad obvia. Por lo tanto, lo voy a mandar de vuelta para que se haga cargo de nuestras fuerzas.

Breetai entrecerró los ojos durante el anuncio; había anticipado este momento desde hace un tiempo.

-Con una condición -le dijo a Dolza, regodeándose con la reacción disgustada del Viejo-. Debo requerir que se reorganice la Flota Imperial y que quede bajo mi mando.

-¿Por qué una fuerza tan grande? -demandó Dolza.

Breetai hizo un gesto hacia la pantalla de la pared.

-Usted ha visto de lo que son capaces los micronianos. Son impredecibles y peligrosos. Voy a necesitar los recursos extra.

-Muy bien, entonces. Los tienes -dijo Dolza con rigidez.

Breetai se levantó y llevó su puño derecho hacia su pecho izquierdo como saludo.

-Su excelencia.

Al quedar libre para retirarse, Breetai se dirigió hacia la puerta, pero Dolza lo llamó.

-Una cosa más, comandante.

Ninguno de ellos se dio vuelta: Dolza estaba sentado en su silla con cara de piedra; Breetai estaba parado derecho e inmóvil con la

mano derecha apretada al costado y miró hacia atrás sobre su hombro.

-Espero que usted me dé mejores resultados esta vez.

Las palabras salieron con amenaza, la insinuación era clara.

-No quedará decepcionado con mi desempeño, milord.

-Por su bien, espero que no -agregó Dolza cuando Breetai llegó hasta la puerta corrediza.

Exedore lo estaba esperando en el pasillo ansioso por enterarse de los resultados de la breve reunión. Breetai puso al corriente a su consejero mientras ambos regresaban a la nave capitana. La primera fase del viaje -uno que insinuaba a la perfección el enorme tamaño del centro de mando- la hicieron a pie. Los dos zentraedis caminaron varios minutos hasta que llegaron a un puerto de egreso donde una plataforma curva se proyectaba hacia la cámara central del centro de mando. Era un extenso espacio de baja gravedad con nubes de vapor de agua y que ante los ojos humanos podría haberse parecido al cielo azul. Un plato flotante abierto los llevó hasta el borde de la pista con riel y los transfirió a un transportador que los esperaba, uno de los muchos "anclados" en estancia antigravitatoria. Siguiendo el verdadero estilo zentraedi, estas naves de transporte parecían nada menos que peces de forma extraña: dos pequeñas "bocas" semicirculares -una sobre la otra- en la nariz de la nave, cortes en la delantera ventral y membranas de agallas bilaterales en la popa, las que en realidad eran las salidas externas de los almacenes. La nave de transporte los condujo a través del corazón de la cámara, pasando sobre una auténtica ciudad dedicada a los aparatos Robotecnológicos que mantenían al centro de mando, hasta llegar al área principal de amarre donde estaban ancladas las naves de línea, los cruceros, destructores y furgones de batalla. Por último los dejaron dentro de la propia nave capitana. Breetai insistió en que fueran directamente hacia el puente.

La burbuja de observación que tenía vista hacia Astrogación y el ventanuco circular del puesto de mando estaban en ruinas. No habían cambiado nada desde el día en que Max Sterling voló un VT a través de ellas más de dos meses atrás, pero por lo menos habían removido los escombros, y tanto la silla del comandante como los dos comunicadores en forma de micrófono estaban intactos.

-Estaré mucho más que ansioso por escuchar lo que nuestros espías tienen para informar cuando regresen de su misión -estaba diciendo Breetai.

-Sí, nuestra salida del hiperespacio será la señal que ellos han estado esperando -continuó Exedore-. Sus observaciones serían muy ilustrativas, milord. Seguro aprenderemos hasta qué punto los micronianos han aplicado su conocimiento de la Protocultura. Desde allí sería dar un simple paso para rediseñar nuestra campaña ofensiva.

-Eso esperemos, Exedore -dijo Breetai de forma evasiva-. Bueno, da la orden a todas las embarcaciones de la Flota Imperial de que se preparen para una inmediata operación de transposición.

Exedore volvió a su tarea. Pronto sonaron las bocinas y se hicieron los anuncios por los altoparlantes.

-Todas las embarcaciones moverse a posición de transposición... patrón de eje, ajustarse a altitud de nave capitana... el conteo ha comenzado... el salto al hiperespacio comenzará en exactamente un minuto...

Exedore supervisó las naves de la Flota Imperial cuando comenzó el conteo. Estaba encantado con la reavivada confianza de Breetai. Pero había algo... una duda persistente permanecía en el borde de sus pensamientos. Las palabras de advertencia de los textos antiguos seguían carcomiendo su resistencia. Un arma secreta, un arma secreta...

Un millón de naves de guerra se prepararon para la transposición.

¿Y serán suficientes? -se preguntó Exedore.

Camino a su dormitorio en la Barraca C, Rick escuchó que voceaban su nombre y caminó hacia uno de los teléfonos de cortesía.

Minmei.

-Rick, estoy tan contenta de encontrarte. Supongo que escuchaste la noticia de que me desmayé. Bueno, es cierto. En este momento estoy en el hospital pero no quiero que te preocupes por

mí. Sólo fue el exceso de trabajo y ahora me estoy poniendo al día con un muy necesitado descanso... Oh, Rick, ¿por qué no vienes a visitarme? Sería genial; yo realmente disfrutaría la compañía. No tienes que traerme nada...

Él volvió a dejar el auricular en su horquilla; se quedó ahí parado por un momento mirándolo fijamente, inseguro, y después se alejó. Otra vez volvió a escuchar que voceaban su nombre, pero esta vez lo ignoró.

Fue directamente hacia el teclado de la computadora de su habitación, se sentó y comenzó a martillar metódicamente y sin pausa en las teclas. Le ordenó a la impresora que se conectara y liberó la única página que había completado.

-Queridos Señor y Señora Dixon -leyó en voz alta-. Como oficial superior de su hijo, tengo el penoso deber de informarles que...

¡Ben, enciende tus extintores... ahora!

Rick arrugó el papel en sus manos y lo tiró hacia un costado con furia.

-¡No puedo hacerlo! -le gritó al monitor.

A su lado en el escritorio había una foto de Ben y sus padres que habían tomado unos años antes, junto con una carta de ellos que había llegado demasiado tarde. Rick las tomó y se puso de pie.

¡Ellos estaban tan orgullosos de él! No hay nada que yo pueda decir que haga esto más fácil. ¡Parece una pérdida tan grande!

Golpearon a la puerta; volvió a ubicar los objetos y fue a contestar como un extraño agotado en su propio cuarto.

Cuando llegó a la puerta todo lo alcanzó. Se quedó allí parado y sollozó con las palmas presionadas contra el frío metal para darse apoyo, dejando salir su dolor descontroladamente. Después giró bruscamente ante el sonido de una voz familiar, una alucinación fantasmal que su mente quiso abrazar con desesperación.

Ben estaba inclinándose sobre la computadora como si leyera lo que Rick había escrito, con un pie cruzado frente al otro y la característica sonrisa en su lugar.

¡Teniente, viejo amigo... hola! Oiga, yo sé que se siente mal, pero eso no se podía evitar. Era mi tiempo de partir.

Rick le dio la espalda a la aparición felicitando a una parte de sí mismo por un buen intento. Pero no se iba a permitir exonerarse de

eso tan fácilmente.

Le escondió el rostro y las lágrimas a Max cuando la puerta se deslizó para abrirse. Sterling atisbó la foto y la carta pero no dijo nada. Le recordó a Rick que los dos pronto debían estar en la cubierta y abandonaron juntos la habitación un minuto después.

¿Por qué Max no está igualmente destruido por la muerte de Ben? -se preguntó Rick. ¿Qué fue lo que su mente había materializado unos momentos antes para traerle paz y resignación? No se podía evitar, era mi tiempo de partir... ¿era algo así?

Max pareció leerle los pensamientos en el ascensor.

-Supongo que es difícil estar al mando -le dijo a Rick-. Quiero decir, después de un tiempo comienzas a sentirte responsable por todos los que sirven bajo tu mando, ¿correcto?

Rick giró hacia él.

-Tú no sabes lo impotente que me siento cada vez que entramos en batalla. Cada vez que nosotros... perdemos a alguien. Es como dejar que alguien se resbale de tu mano y caiga. Siempre te estás preguntando si no hubo algo más que podrías haber hecho, algo que pasaste por alto.

-Me pregunto si yo me sentiré de esa forma cuando obtenga mi primera comisión.

La respuesta de Max lo sorprendió; no iba a conseguir la simpatía que había esperado.

-Probablemente sea pronto -continuó Max-. El comando acaba de ascenderme a segundo teniente y hace apenas un mes que me ascendieron a tercer teniente.

Estaban subiendo la amplia escalera que llevaba hacia la cubierta de observación de estribor que tenía vista hacia el Daedalus. Rick se detuvo para mirar a Max.

-Estoy seguro de que serás un buen comandante.

El tono de Rick era llano pero lo decía en serio; Max no sólo tenía las habilidades necesarias, tenía la fe y la voluntad para seguir adelante -sabía cómo dejar a un lado los horrores. Rick pensó que había logrado eso después de la muerte de Roy. Se había sentido renovado antes de la batalla, pero con la muerte de Ben ese sentimiento se había desvanecido. En su lugar había una desesperanza que apenas podía soportar enfrentar.

La voz femenina de una controladora de torre sonó en los parlantes de la cubierta de observación.

-La descarga comenzará en exactamente un minuto. Por favor, asegúrense de que todas las puertas de los puertos de carga estén abiertas para recibir los envíos de suministros de los grupos de helicópteros de transporte. Las cubiertas de vuelo inferiores deberán estar despejadas y los vehículos de escolta listos para continuar la transferencia hacia los centros de distribución de almacenamiento...

La SDF-1 estaba de vuelta en su lugar de aterrizaje original en el Pacífico, ahora flotando en modo Crucero como una tecnoisla. Durante días los transportadores de carga y los helicópteros habían estado volando juntos para traer suministros y provisiones. Los camiones y los transportes pasaban pesadamente día y noche por las calles de Ciudad Macross, confirmando los peores temores de los civiles: la fortaleza de batalla ya no era bienvenida en la Tierra.

Max señaló hacia un elegante helicóptero jet de doble cabina que salió de las nubes crepusculares rosadas y lavandas para asentarse sobre la cubierta del portaaviones. Además de la insignia Robotech llevaba el emblema blanco y dorado del Concejo.

-Tiene que ser alguien importante -adivinó Max.

-Es del cuartel general de Alaska. Apuesto a que trajeron las órdenes de despeje. Nosotros somos la única cosa que se interpone entre la Tierra y los zentraedis, pero de todas formas están listos para arrojarnos a los tiburones.

Siguiendo a Rick, Max puso sus codos sobre la barandilla y se inclinó hacia delante para mirar mejor al helicóptero.

-¿Tú crees que es cierto que nos harán desaparecer de la Tierra?

Rick asintió y se enderezó.

-Ellos han quitado la alfombra de bienvenida. Esta nave va a ser nuestro hogar por mucho tiempo más.

-Entonces esta podría ser la última vez que consigamos ver a la Tierra desde la superficie -reflexionó Max-. Creo que sería mejor que disfrutáramos la vista.

El sol se estaba asentando sobre el planeta Tierra. Rick miró fijamente hacia el brillo del orbe naranja; había un cierre demasiado atemorizante para ese momento como para meditarlo.

Ella era una mujer atractiva de rasgos agradables y una mata de largo cabello marrón, pero se conducía rígidamente y mantenía su birrete de oficial demasiado bajo sobre su frente. Además traía malas noticias. Giró hacia la entrada del camarote de Gloval y saludó.

-Haré saber al cuartel general que las órdenes fueron recibidas.

Dos ayudantes de chaqueta blanca, cascos azules y brillantes hebillas de bronce en los cinturones mostraron miradas de disgusto y la siguieron por el pasillo.

El capitán permanecía sentado en el escritorio de su amplio camarote. Había una bandera de las Fuerzas de Defensa a un costado del escritorio en un área dividida por una alta biblioteca y dominada por una enorme pantalla de pared. Alfombras con la insignia, felpudos brillantes y plantas en macetas alegraban la habitación; los volúmenes encuadernados en cuero y las consolas de computadoras le daban el aire justo de oficialidad.

Gloval tenía las órdenes en la mano. Encendió su pipa y se inclinó para leerlas.

Sí -se dijo a sí mismo, pensando en la oficial-, las órdenes fueron recibidas. Y puede decirle a esos generales idiotas que quedaron en el cuartel general que fueron recibidas en silencio, completamente bajo protesta.

Era absurdo -esperado, pero de todas formas, increíble. El Concejo no tenía ni un gramo de piedad en sus corazones.

Gloval se puso de pie y caminó, y después volvió al escritorio.

¿Qué se suponía que iba a decirle a la gente de la nave?

-Por medio de la presente -leyó en voz baja-, el Concejo de la Tierra Unida le ordena que quite a la fortaleza dimensional de cualquier proximidad a la Tierra. También se le ordena que mantenga a todos los refugiados civiles a bordo hasta el momento que este Concejo gobernante lo vea conveniente. Si usted falla en cumplir estas órdenes al pie de la letra, este Concejo le recomendará a la Junta de la Plana Mayor...

Gloval tiró hacia un costado los papeles con disgusto. Respondió a un golpe en la puerta y le ordenó a Lisa que entrara. Ella captó la

nota de furia y frustración en su voz, y preguntó si algo andaba mal.

Gloval le daba la espalda y el humo se elevaba de su pipa como el vapor de una antigua locomotora.

-Sí, algo anda mal... todo lo mal que puede ser -la miró de soslayo-. Pero es sólo lo que temíamos: nos ordenaron dejar la Tierra de inmediato.

Gloval escuchó su brusca inhalación de aire, pero se recuperó rápidamente y se ofreció a prepararle un trago. Ella era un soldado eficiente.

-Esperaba que exiliaran a la nave después de la explosión. Pero forzar a cincuenta mil civiles inocentes a convertirse en refugiados de su propio planeta...

Lisa le pasó un escocés en las rocas; también se había preparado uno para ella.

-Creo que deberíamos hacer un brindis por nuestros últimos momentos en la Tierra, Lisa.

-Quizás en cambio deberíamos hacer un brindis por los civiles.

Parecía un gesto apropiado; elevaron sus vasos y tomaron largos tragos del caro producto.

-Estas órdenes entran en vigencia tan pronto como hayamos terminado de cargar los suministros. Eso significa que nos veremos forzados a darles a todos la noticia de nuestro desvanecimiento momentos antes de que despeguemos.

-¿Quiere que yo haga el anuncio? -se ofreció Lisa.

-No, será mejor que la transmita yo mismo.

Lisa partió para hacer los arreglos necesarios. Gloval se dejó caer en su silla, tomó un profundo respiro y se conectó con el puente por teléfono. Claudia le informó que la carga estaba casi completa.

-Ahora escúchame cuidadosamente, Claudia -comenzó. El sudor ya estaba perlado su frente; ¿cómo sería cuando estuviera frente a toda la nave?-. Quiero que en silencio comiences los preparativos para movilizarnos.

-¿Hacia donde, capitán?

-Haré que Astrogación te provea las coordenadas de inmediato. Verás, vamos a dejar la Tierra.

Capítulo 5

No es ningún secreto (ni debería ser ninguna sorpresa) que los más nobles impulsos de la humanidad surgen a veces durante los momentos más difíciles, que el espíritu humano se subleva ante el desafío cuando se enfrenta a la adversidad, que la fortaleza humana nace de las fallas humanas. ¿Es de sorprenderse, entonces, que después de que exiliaran a la fortaleza la tripulación de la SDF-1 se convirtiera en una familia más unida de lo que había sido antes?

Del cuaderno de bitácora del capitán (más tarde almirante) Henry Gloval.

Dentro de su oscuro y húmedo escondite en las profundidades de las entrañas de la fortaleza dimensional, los tres espías zentraedis se sentaron para su última cena microniana; pronto intentarían un escape que podría terminar con sus muertes o en un encuentro exitoso con las naves de la flota principal. Los tres -Rico, Konda y Bron- estaban de acuerdo en que aunque su misión estuviera caratulada como superlativa, sólo habían podido dejar la fortaleza para reconocer el mundo microniano; pero por curioso que fuera, a pocos de los micronianos les habían permitido desembarcar. De todas formas estaban satisfechos con lo que habían logrado acumular durante el curso de los pasados tres meses, según en conteo microniano. El Battlepod activo que obtuvieron con mucha suerte estaba listo para volar y lleno de los resultados de todas las incursiones que hicieron en Ciudad Macross en búsqueda de botines de espionaje, artefactos micronianos y, bueno, recuerdos - dos monitores de video, unas cuantas mesas, una heladera, un gran

piano contrabandeado por partes, reproductores de discos y discos, dulces, comestibles y, por supuesto, un amplio surtido de muñecas Minmei y cachi-vaches.

Bron, como siempre, había preparado la comida.

-Algo llamado guiso de carne -explicó.

-Huele maravilloso -dijo Konda, al que su cabello violeta ya le llegaba debajo de los hombros.

Con los platos metálicos y los cubiertos doblados en la mano, los tres agentes lucían desaseados y peludos, y su ropa, manchada y gastada. Estaban sentados a corta distancia de embalajes y latas vacías alrededor del fuego de una cocina que funcionaba a combustible líquido, que en este momento estaba coronada por una gran cacerola con manijas. Rico había encendido el reproductor de CD portátil; "Miedo Escénico", de Minmei llenaba la poco usada bodega con sonidos agradables.

Rico puso a un lado el aparato que los alertaría sobre el nuevo arribo de la flota zentraedi y dijo:

-Escuchar a Minmei ayuda a que mi comida me caiga mejor.

-Ella hace que todo sea mejor -secundó Konda.

Sus espíritus estaban en alto, bulliciosos; hasta Bron, que se había quemado las manos cuando sacaba la cacerola del fuego, como siempre. Ubicó la cafetera sobre la cocina y probó un poco del menú del día.

-¿Y qué hay sobre mi cocina, chicos... ustedes creen que ha mejorado algo?

-Sí -dijo Konda con cara seria-, ahora me toma más de una hora indigestarme.

La respuesta de Bron fue igualmente discreta.

-Eso está mejor. Solía tomarte quince minutos.

-¡Cuando él comenzó a cocinar yo solía enfermarme de sólo pensar en eso!

Rico comenzó a reírse y sus camaradas se le unieron. El café, mientras tanto, estaba hirviendo, chorreando por los costados de la cafetera y agregándole chispas al fuego.

Pero de repente Bron se puso serio.

-Para ser honesto, voy a extrañar esta comida microniana.

Después de mencionar el tema, le siguieron otras revelaciones.

-Bueno, odio admitirlo pero tienes razón... yo también.

-Y eso no es todo. Estuve pensando que voy a extrañar un montón de cosas... como la gente alegre, la música...

-Sí, la música. Lo que voy a extrañar más es escuchar cantar a Minmei todos los días.

Las comisuras de la boca de Bron se movieron hacia abajo.

-Ni siquiera quiero pensar en eso.

-¿Y recuerdas a esas hembras que conocimos aquella vez? - Konda se sirvió una taza de café-. Era divertido bailar.

-Sí, esa Kim en verdad era algo especial -dijo Bron con renovado entusiasmo-. ¡Ella me hizo reír casi todo el día!

-Y esa chica Sammie -se apuró a agregar Rico con una mano en la cara, demostrando un gesto microniano que había observado-. Cuando ella nos encontró con la muñeca Minmei... "¡Mi cielo!"

Él imitó la voz de Sammie. Compartieron una buena risa, pero de nuevo se deterioró el buen humor.

-Sí... ¿y recuerdan lo que escuchamos, a ese microniano hablando sobre... sobre tratar de ponerle un fin a la guerra?

-Eso me asustó -dijo Rico-. ¡Sin la guerra nosotros no tendríamos razón para vivir!

-Tal vez -le contestó Konda-. Pero creo que entiendo lo que estaba diciendo el microniano.

Rico se estiró y tocó el indicador de ondas de gravedad que estaba a su lado sobre el piso.

-Es difícil de creer que para mañana a la mañana todos nosotros probablemente estemos vestidos de nuevo con uniformes.

-Sí...

-Casi no puedo esperar...

Claudia Grant también sudaba frío cuando le retransmitió las órdenes del capitán a la tripulación del puente.

-¿Despegar? -dijo Vanessa-. ¿Quieres decir que todos esos rumores sobre partir son ciertos?

-Seamos realistas. Causamos que toda una ciudad quedara

arrasada -la mano de Kim estaba en su boca, como si tratara de sofocar la verdad.

Sammie miraba inocentemente desde su estación.

-Nosotros no fuimos los responsables... fue la sobrecarga de la barrera. Échale la culpa a los zentraedis.

-Pero nosotros no deberíamos haber estado ahí -argumentó Kim.

-El capitán estaba pensando en los civiles, Kim...

-¿Qué va a suceder con ellos? -intervino Vanessa.

Claudia estaba en puntas de pie tirando de los interruptores para activar los monitores superiores de su estación y la de Lisa. Se dio vuelta con un rasgo de impaciencia en su voz.

-Como ya los declararon muertos y nadie en la Tierra quiere aceptarlos, creo que se quedarán con nosotros. Ahora apúrense con esas últimas revisiones; se nos acaba el tiempo.

Sammie tomó una postura soñadora en su consola.

-El padre de Lisa es un pez gordo dentro del Concejo de la Tierra Unida. Tal vez si ella le manda un mensaje, él podría retrasar nuestras órdenes hasta que encontremos la forma... Oh...

Claudia estaba parada detrás de ella con las manos sobre las caderas.

-Ni siquiera pienses en sugerirle eso a Lisa, ¿entiendes? Como oficial a bordo de esta nave, ella conoce sus obligaciones. ¡Así que asegúrate de cumplir con las tuyas!

Los novios que esa noche observaban los cielos pensaron que estaban viendo un eclipse solar no anunciado. La Luna llena lucía un anillo de diamante de luz brillante. Pero esperen... ¿un eclipse solar no anunciado? ¡El sol se había puesto hace horas!

Los astrónomos aficionados también estaban así de perplejos, tal como los sismólogos y los marineros. Las gráficas y los indicadores se volvieron locos y los océanos de la Tierra se elevaron hasta alturas peligrosas... pero había unos cuantos científicos esparcidos por el planeta que reconocieron el fenómeno. Una vez habían presenciado las perturbaciones de esta onda de gravedad, un poco

más de dos años atrás. Pero mientras ese primer evento había traído temor, el evento actual trajo terror.

Sin embargo, para tres seres en el planeta el evento era apenas una señal.

-¡Eso es todo! -dijo Bron al desconectar el transmisor-. ¡Salgamos!

Los agentes ya estaban dentro del Battlepod, ceñidos y alertas. Hicieron correr al pod con forma de avestruz por la bodega haciendo sonar fuerte las pesuñas metálicas contra las placas del piso para que los ecos les concedieran una ilusoria sensación de compañía y se detuvieron al lado del casco exterior. Los lásers concentraron su energía albiazul sobre el casco. El acero se puso rojo, después blanco, se derritió y comenzó a de-saparecer; las llamas saltaron hacia fuera y el pequeño agujero se agrandó. En pocos minutos hubo una enorme brecha, lo bastante grande como para amoldar el pasaje del pod hacia la fresca noche del Pacífico.

Los retropropulsores de los pies deslizaron al pod hacia un descenso controlado; cayó varios cientos de metros hacia el océano y los propulsores lo llevaron a casi ochocientos metros de la fortaleza hasta un borde de coral.

Rico hizo poner de pie al meca e inició una serie de órdenes de lanzamiento. Cuando la cabina esférica se desenganchó de su tren de aterrizaje de diseño bípedo, de ella salió fuego de propulsión. Los tres agentes micronizados salieron volando camino a casa.

De haber habido un poco menos de conmoción de pre-vuelo a bordo de la fortaleza dimensional, tal vez algún técnico o centinela habría notado el agujero que los agentes habían quemado en el casco; pero tal como estaban las cosas, el personal de la nave apenas tenía el tiempo suficiente para completar sus tareas asignadas, y menos para vigilar la estación de otra persona. Y el puente no estaba de ninguna manera exceptuado de este paso frenético, especialmente cuando Radar les informó que unos disturbios interestaciales emanaban desde una zona alejada del

lado oscuro de la Luna.

Lisa ya estaba en el puente y el capitán estaba haciendo su entrada agachada cuando los informes comenzaron a llegar.

-...No estamos seguros, pero parece ser la radiación de una gran cantidad de operaciones de salto hiperespacial -Gloval escuchó el informe de Radar.

-La perturbación de la onda de gravedad viene desde la Luna -dijo Vanessa, haciendo volar los dedos sobre el teclado para poner los esquemas en el tablero de captación.

-¿Están seguros de que es una transposición? -Gloval estaba parado detrás de ella, ansioso.

-Es más serio que eso, señor -le dijo-. ¡Parece que son múltiples transposiciones!

-¿Puedes estimar el número?

-Lo intento...

-¡Esperen! -dijo Sammie y todos los ojos giraron hacia ella-. Quizá esta vez vengan en paz.

Las miradas perplejas de descreimiento echaron por tierra sus esperanzas.

-Tienen razón -dijo mientras volvía hacia su consola-, probablemente no.

La misma voz masculina de Radar anunció que un objeto no identificado volaba directamente sobre la nave.

-¿Tenemos algún caza en patrulla? -Gloval le preguntó a Lisa.

-Negativo, señor.

-Radar otra vez, capitán. Nuestros monitores muestran una gran embarcación extraterrestre moviéndose hacia la Tierra desde el espacio lunar. Parece estar en curso de colisión o de encuentro con el objeto que hemos estado rastreando.

Gloval estudió el esquema y le ordenó a Lisa que pusiera a todos los grupos Veritech en condición amarilla de inmediato.

-Captando una segunda perturbación de la onda de gravedad -dijo Vanessa. Gimió cuando las nuevas lecturas llenaron la pantalla-. Yo calculo que el número de naves enemigas exceden... ¡el millón!

Gloval entrecerró los ojos y miró a Lisa como si dijera: Sí, tus informes para el Concejo ahora están verificados. Gloval quería ver

que esos generales vivieran para comerse sus palabras.

-No creo que importe cuántas naves traiga el enemigo -dijo Claudia con confianza.

-Pero un millón de ellas... -dijo Sammie.

-Nunca podremos superarlas -agregó Kim.

Pero Claudia permaneció imperturbable.

-Las vencimos antes y las venceremos otra vez.

Los pensamientos de Gloval todavía estaban enfocados en el Concejo. Estaba seguro de que estaban captando este último movimiento de los zentraedis y hasta ahora no había noticias de ellos.

-Entonces estamos completamente aislados -le dijo a las tripulantes.

-¿Por qué? -quiso saber Sammie.

Había llegado el momento de dejar que supieran la verdad. Gloval se dio cuenta de que durante las próximas veinticuatro horas su vida estaría llena de momentos como este. Y todavía no podía evitar preguntarse que sucedería si no hacía nada para contrarrestar a la presente amenaza. ¿Habían presionado a los zentraedis más allá de sus límites? ¿Estaban listos para mantener cautiva a la Tierra? ¿Qué querían, y qué harían los tontos que gobernaban el Concejo si Gloval se negaba a aceptar las demandas de cualquiera de los grupos?

Pero Henry Gloval no estaba hecho de esa forma.

-Creo que ustedes también deberían saber. El Concejo ha decidido que la mejor forma de proteger al planeta es utilizar a la fortaleza dimensional como señuelo. Se nos ha ordenado que alejemos a los extraterrestres -dejó que todo eso se compenetrara mientras se movía hasta la silla de mando y se sentaba; después agregó-. Esta nave y sus pasajeros son considerados prescindibles.

Aunque el alcalde Tommy Luan alguna vez expresó su preocupación porque Macross tenía pocas historias interesantes, ahora había suficientes noticias diarias como para sacar ediciones matutinas y

vespertinas. No había hombre, mujer o niño en la ciudad que no hubiera escuchado los rumores referidos a que el subcomando del Cuadrante Ontario había retirado su oferta. Después estaban las nuevas hazañas de Minmei -¡vaya! ¡Esa idea sí que había explotado más allá de sus manos!- y, más tarde, las de su primo y co-estrella, Lynn Kyle -alguien a quien había que vigilar bien por varias razones. Y por supuesto los desacuerdos, las riñas y las peleas que el estrés y dos meses de confinamiento obligado habían liberado. Y esta noche el propio capitán Gloval estaba planeando dar un discurso a toda la nave, el evento más raro que había ocurrido hasta ahora.

Gloval y Lisa les dejaron los preparativos de despegue que faltaban a Claudia y a las tripulantes, y salieron del puente pocos minutos después de que los zentraedis hicieran su reaparición en el lado oscuro de la Luna. Lo único que Gloval podía hacer era elevar la nave y posponer el discurso hasta que estuvieran en el espacio, pero quería terminar con eso. No tenía idea de cuál iba a ser el próximo movimiento del enemigo y planeaba pedirle a los residentes de Macross su cooperación y apoyo sin importar el curso de acción que se viera forzado a tomar.

Habían llegado a los estudios del Sistema de Transmisión de Macross unos minutos antes e interrumpieron un especial en vivo de Minmei y Lynn Kyle. Los dos primos y Lisa Hayes se pararon a un costado del podio del centro del escenario. Había cámaras enfocadas en Gloval; las luces eran muy brillantes y demasiado calurosas. Él ya estaba transpirando debajo de la chaqueta azul y el birrete blanco. Había optado por no usar el apuntador o las tarjetas de apuntes tanto por el efecto como por si le fallaba la vista. Uno de los ingenieros que llevaba la silenciosa cuenta regresiva le hizo una señal de listo, y él comenzó:

-Soy el capitán Gloval quien les habla, con un anuncio muy importante que afectará las vidas de todos los de a bordo de esta nave. Desde nuestro regreso a la Tierra, como algunos de ustedes ya sabrán, he hecho numerosas solicitudes tanto al Concejo de Defensa de la Tierra Unida como a los cuerpos de gobierno de varios estados separatistas para que les permitan desembarcar y reubicarse dondequiera que ustedes elijan. Estoy seguro de que todos ustedes

ya conocen mis sentimientos con respecto a que ustedes permanezcan a bordo de la fortaleza. A pesar de eso, una y otra vez mis solicitudes han sido rechazadas por razones que deben permanecer ocultas por el momento. De todas formas, yo siempre sentí que se estaba haciendo progresos en esos requerimientos, hasta que a la luz de los eventos recientes me vi forzado a considerar pensar bien sobre la posición del Concejo.

Gloval se quedó en silencio por un momento; su garganta estaba seca y comenzó a preguntarse si las cámaras de acercamiento estaban tomando el ligero temblor de sus manos. Pero no se atrevió a mirarse en los monitores. En cambio se aclaró el temblor en su voz y continuó.

-Mis amigos y compañeros de nave, tengo muy malas noticias para informarles. Hace unos momentos recibí la orden de que esta nave y todos los pasajeros deben dejar la Tierra de inmediato.

Gloval escuchó que los cameramans y los asistentes inspiraron; se imaginó una inspiración colectiva que se elevaba por toda la ciudad, lo suficientemente fuerte como para que se registrara en los sistemas de suministro de aire de Ingeniería.

Ahora por el tramo más difícil...

-Se nos advirtió que si no evacuamos la Tierra corremos riesgo de ser atacados por elementos de nuestras propias Fuerzas de Defensa. Yo sé que esto debe ser absurdo para ustedes, pero por desgracia es cierto. Ustedes no pudieron haber dejado de notar que los últimos días hemos estado recibiendo una amplia variedad de suministros y provisiones. Sé que es un consuelo menor, pero creo que tenemos suficiente en las bodegas como para asumir el viaje que nos espera. Ustedes se deben estar preguntando hacia dónde es. Bueno, se los diré: ¡Ese viaje será hacia la victoria!

Como no había audiencia Gloval no tenía idea de cómo habían aceptado eso, por eso se arriesgó a mirar rápidamente a Lisa, quien le sonrió y le mostró los pulgares. ¿Pero le estaban creyendo los civiles? ¿Todavía tenían confianza en su habilidad para llevarlos a la victoria?

Ahora esas luces parecían más cálidas; se sintió descompuesto por los nervios pero continuó.

-En este momento de terrible responsabilidad necesito

desesperadamente toda su cooperación. Todos nosotros debemos trabajar para el día en que la Tierra nos vuelva a aceptar. Hasta ese entonces, sobreviviremos lo mejor que podamos... les doy mis más humildes disculpas...

¡No, esto no puede estar sucediendo! -se gritó a sí mismo.

Pero era cierto: estaba sollozando, todavía en cámara y sollozando.

Y de repente Minmei se paró a su lado y le puso la mano en el hombro. Levantó el micrófono del podio y comenzó a hablar, y las cámaras se alejaron piadosamente de Gloval para enfocarse en ella.

-Escuchen todos, en este momento el capitán realmente necesita de nuestro apoyo. Miren, yo no entiendo de política... después de lo que nos dijo el capitán Gloval, no estoy segura de querer entender... pero sé que la única forma de que sobrevivamos a esto es unir fuerzas. Hemos estado en esta nave por un largo tiempo, y yo no sé ustedes, pero ahora veo a la SDF-1 como mi hogar. No olvidemos que aquí tenemos casi todo lo que habríamos tenido en la Tierra... nuestra propia ciudad y todas las cosas que vienen con ella. Todos hemos pasado por mucho, pero miren lo fuertes que nos hemos hecho a causa de eso. Tengo más amigos aquí que los que tuve en la Tierra. Ustedes han sido como una gran familia para mí. Algún día regresaremos a nuestro verdadero hogar... nunca abandonaremos la esperanza. ¡Pero por ahora estoy orgullosa de ser ciudadana de Ciudad Macross y de esta nave! No importa a dónde vayamos en el espacio o cuánto tiempo tome, nuestros corazones siempre estarán atados a la Tierra. Y para ayudar a que en este momento todos nosotros expresemos nuestros sentimientos, me gustaría cantarles una canción y dedicársela a la Tierra que amamos tanto...

Y Minmei comenzó a cantar; el vestido blanco giraba, los ojos azules brillaban, ella comenzó a cantar. Y más de la mitad de Macross se unió a ella. Había tocado algo. Sus palabras le habían dado voz a un sentimiento desarticulado que los residentes de Macross compartían. Por toda la ciudad la gente se dio las manos y comenzaron a verse a sí mismos como una nueva nación, un nuevo experimento dentro de la evolución social humana. Era cierto que muchos de ellos tenían familia allá en la Tierra, ¿pero acaso la mayoría de ellos no había venido a Isla Macross para escapar de los

incidentes mundiales que se produjeron? ¿Había alguien que quisiera ser gobernado por semejante grupo de maestros titiriteros sin corazón como el Concejo de Defensa de la Tierra Unida?

Por eso festejaron una victoria agridulce. Abandonaron sus sueños por última vez y miraron alrededor de su ciudad como si lo hicieran por primera vez. Y muchos de ellos se amontonaron en los miradores y tragaluces cuando la fortaleza despegó. La Tierra ya era un recuerdo, lo desconocido estaba por delante.

Capítulo 6

Ellas [las tropas zentraedis] actuaron como adolescentes liberados de las restricciones de conducta de sus guardianes. De repente había mundos de placer y puro potencial esperando por ellos -mundos a los que les habían negado el acceso, pero que ahora eran suyos por medio de la indagación más que por la adquisición... uno no tiene que mirar muy lejos en la historia de nuestra raza para encontrar ejemplos del accionar de los mismos impulsos. La supuesta contracultura de los Estados Unidos de finales de la década de 1960 viene de inmediato a la mente, especialmente en lo referido al lugar central que se le dio a la música y al placer, y al surgimiento que tuvo desde un categórico movimiento antibélico.

Zeitgeist, Psicología Extraterrestre.

Hablando de tus "encantos para calmar a la bestia salvaje" [sic]... ¡Ella tenía el talento suficiente -la magia suficiente- como para sorprender a todo un imperio! ¿Entonces por qué no llamarlo por lo que era? ¡Un culto a Minmei!

*Comentario atribuido a Vance Hasslewood, agente de
Lynn Minmei.*

El millón de naves de la Flota Imperial se formó sobre la nave capitana de Breetai, ubicándose según su rango en el área de actuación -una columna de múltiples filas de armamento zentraedi

que se extendía por miles de kilómetros hacia el espacio del lado oscuro de la Luna.

Breetai estaba de pie en lo que quedaba de la esfera del centro de mando, erguido y orgulloso, con su diminuto consejero a su lado, igualmente confiado por primera vez en meses. Estaban regenerando a los tres agentes recuperados en la cámara de conversión y aquí estaba el rostro preocupado de la comandante Azonia en el campo del rayo proyector. Breetai ya le había informado de su reintegración. Exedore se movió hacia el comunicador para revisar el estatus de regeneración mientras Azonia le ofrecía su respuesta.

-Me enteré -comenzó- de que ha reunido una gran flota para enfrentarse a una pequeña nave Robotech.

Breetai se rió ante su sarcasmo y su placa facial se montó sobre las arrugas de su sonrisa.

-Lo notó... esa "pequeña nave Robotech", como usted la llama, causó bastantes problemas. Hasta a usted, comandante Azonia, la derrotó y humilló.

-Mi derrota fue humillante sólo porque Khyron fue responsable de ella.

-Un buen comandante mantiene a sus tropas a raya -comenzó a decir Breetai. Pero Exedore lo interrumpió reverentemente.

-Eh, señor, la cámara de conversión... nuestros agentes ya están listos para entregar su informe.

Breetai lo miró brevemente y después volvió a la imagen de Azonia del rayo proyector.

-Le daré su asignación más tarde -dijo superficialmente.

-¡Pero espere, todavía no le entregué mi informe! Miriya Parino se ha...

-Eso es todo -dijo él con los brazos cruzados sobre el pecho-. Cuestiones más apremiantes requieren mi atención.

-Breetai... -aulló ella cuando la imagen se desvaneció.

-¡Ah, bien hecho, milord! -lo felicitó Exedore. Después se movilizó hacia el pasillo-. Creo que nos están esperando.

-Este informe puede poner las cosas a nuestro favor -dijo Breetai cuando dejaron el puesto de mando.

Breetai no tenía razones para dudar que así sería el caso. En ese

momento no sospechaba de los extraños reveses que vendrían no sólo de sus propios agentes sino de otro, cuya presencia micronizada a bordo de la SDF-1 sería una sorpresa total.

A Rico, Konda y Bron, otra vez vestidos con el uniforme rojo de su rango, los escoltaron hasta la cámara de conferencias privada de Breetai, una habitación circular ligeramente amueblada dominada por un enorme mirador exterior que actualmente estaba ocupado con una vista de la Tierra y su luna llena de cráteres. En medio de ella había una mesa redonda rodeada de cómodas sillas de salón de respaldo alto. La pila de artefactos que habían traído los agentes con ellos formaba un curioso centro de mesa.

Breetai se estiró y tiró de un objeto suelto del montón. Lo miró con curiosidad. Su cuerpo de tres patas daba la falsa impresión de pesar en su mano abierta.

-Los micronianos lo llaman "piano", milord -explicó Rico.

-"Piano" -repitió Breetai-. ¿Qué función cumple?

Rico le explicó que tenía que presionar el teclado de pequeños dientes blancos. Breetai así lo hizo, dis-gustado y extrañamente molesto por el ruido que este emitió. Ubicó a la cosa fuera de su alcance sobre la me-sa. Exedore la estudió mientras Breetai examinaba rápidamente varios objetos más.

-¿Está vivo? ¿Es alguna clase de aparato animado por medio de la Protocultura? -preguntó Exedore en voz alta.

-No -continuó Rico-. Hace música. Música es cuando se juntan diferentes sonidos para el entreteni-miento. Una vez que te acostumbras es realmente bastante interesante. Nosotros llegamos a disfrutarla mucho...

-Explica "entretenimiento" -demandó Breetai.

Rico lo pensó un momento.

-Ahhh... diversión, milord. Esto, por ejemplo -seleccionó un pequeño aparato tipo monitor de la pila y lo levantó para el escrutinio de Breetai-. Estos parecen proveer imágenes electrónicas casi de la misma forma que nuestros propios video-detectores. Pero se puede encontrar muchos de estos en cada instalación microniana para el propósito de observar y escuchar al "entretenimiento".

Exedore hizo un sonido pensativo.

-Sin duda es la forma en que ellos se familiarizan con los planes

de batalla y cosas por el estilo. Continúa -le dijo a Rico.

Pero los tres agentes comenzaron a hablar animadamente al mismo tiempo, ansiosos por informar sus descubrimientos. Demasiado ansiosos; Exedore comenzó a preocuparse.

-¡Uno a la vez! -dijo Breetai para callarlos-. No me fuercen a repetir las amenazas de nuestra última reunión.

Rico se puso de pie.

-Lo que trajimos representa sólo una pequeña parte de la sociedad microniana y sus costumbres -comenzó con calma-. Verá, ellos llevan una vida muy diferente a la que llevamos nosotros...

-Ellos pueden hacer reparaciones dentro de su nave -interrumpió Konda, ahora de pie y haciendo gestos histéricos-. A decir verdad, reconstruyeron todo un centro habitacional a bordo usando solamente materiales reciclados. Se adaptan fácilmente a los ambientes desconocidos...

-Y hay muchos micronianos que no son soldados a bordo de la nave -exclamó Bron, incapaz de contener su entusiasmo-. De hecho, se juntan varias veces durante el día y pasean libremente...

-¡Los machos y las hembras están juntos! -gritó Rico.

Breetai y Exedore, que habían estado tratando de seguir estas entregas rápidas como espectadores en un partido de tenis a alta velocidad, de repente se miraron casi con pánico.

-Machos y hembras juntos -estaba repitiendo Rico ante las expresiones de afirmación de los otros.

-A decir verdad, no parece ser tan malo como pensábamos -comenzó Konda.

-Nos vimos obligados a adaptarnos a la presencia de las hembras a nuestro alrededor y no pudimos descubrir ningún efecto colateral negativo -terminó Bron.

Breetai ya había escuchado más que suficiente, pero eso siguió así por varias horas más antes de que los silenciara otra vez, confundido y asqueado por sus informes. Si los resultados de la operación de penetración había demostrado algo, era que no se podía permitir más el contacto con los micronianos. Era obvio que a estos tres agentes les habían lavado el cerebro con alguna arma secreta microniana, ¡y para empeorar las cosas, ahora Exedore estaba sugiriendo que se le permitiera investigar a la sociedad

microniana personalmente!

Después de que los hicieron retirarse, los tres agentes se reagruparon en secreto ante la insistencia de Konda.

-Yo me quedé con algunos artefactos micronianos en mi bolsillo -Konda le confesó a sus camaradas-. ¿Ustedes les mostraron todo lo que tenían?

-No, yo me guardé algo -admitió Bron. Lo mismo por Rico.

-Veamos lo que tenemos -dijo Konda sacando cosas de los profundos bolsillos de su chaqueta roja.

Las seis manos comenzaron a amontonar recuerdos sobre la mesa, una variedad de miniaturas como si fuera una verdadera venta de garaje de casa de muñecas: una cocina de dos hornallas, una heladera pequeña, una mesa de puntas circulares, varios monitores de video, un tocadore, un calentador, una cómoda, discos de audio y video, reproductores de CD, un osito de peluche, un conjunto de palos de golf, una guitarra.

-Yo prefiero tener esto que la dirección de los cruceros que nos prometieron -dijo Konda.

-Yo traje dos reproducciones de voz de Minmei -dijo Rico mientras el primer álbum de Minmei sobresalía entre su pulgar y su dedo índice.

Bron se inclinó para mirar mejor.

-¿Qué tal si me cambias uno de esos por algo, eh?

-¿Qué objeto planeas cambiar? -dijo Rico con una mirada de usurero en su ojo bueno.

-Tengo una muñeca Minmei...

-¡Trato hecho! -contestó Rico.

Bron entrecerró los ojos para mirar la foto del álbum que mostraba a una Minmei con velo.

-Saben, los otros muchachos seguramente quedarían impresionados si pudieran ver estas cosas.

Konda estaba asintiendo con la cabeza.

-Sí, nosotros podríamos mostrárselas en secreto a unos pocos

elegidos, ¿no creen?

En menos de una hora había once soldados reunidos alrededor de la mesa de lo que se había convertido en el club de los agentes. Rápidamente se había corrido la voz por toda la nave capitana. No había un soldado a bordo que no hubiera expresado algún interés en escuchar sobre las peculiaridades de la vida microniana; y ahora que había, bueno, artefactos -objetos reales para tocar, mirar y escuchar-, Rico, Bron y Konda no habrían podido mantenerlos alejados aunque lo intentaran. De los once soldados uniformados, tres ya estaban en incumplimiento del deber.

Los agentes hicieron pasar los artefactos, definitivamente deseosos de ser el centro de atención pero sinceros en su deseo de compartir con sus camaradas sus experiencias y aventuras a bordo de la nave Robotech. Se probaron los dulces, se examinaron los objetos, se explicaron los matices de la cultura microniana. Pero pronto se hizo evidente cuál artefacto del montón era la pertenencia más candente.

-Estar enamorada -cantaba la muñeca mientras daba pequeños pasos sobre la mesa. La voz sintetizada estaba llena de vibraciones agradables, los brazos se movían y los rodetes de cabello negro eran como orejas de ratón.

Los soldados quedaron preocupados y después atolondrados, pero al último quedaron cautivados.

-Se parece a un microniano, ¿pero qué son esos ruidos?

Uno de ellos, un corpulento bruto melenudo de rostro rojizo que mostraba una preocupación poco común, se agachó y puso los ojos bizcos al nivel de la mesa; la muñeca cayó y dejó de cantar.

-¿Ah, la lastimé?

Konda volvió a poner de pie a la muñeca.

-No, tonto. No puedes lastimarla. Se llama muñeca Minmei y ese "ruido" se llama canto.

-¿Tú llamas a eso una 'Minmei'? -dijo alguien-. Es increíble... nunca antes escuché algo como eso.

-Sorprendente -dijo otro.

-Deberíamos permitir que alguno de los otros escuchen esto.

-¡Silencio! No puedo escuchar a la Minmei cuando ustedes hablan.

Durante el resto del día zentraedi la muñeca repitió su repertorio de dos canciones una y otra vez. Cada vez más soldados llegaban al club; se intercambiaron códigos de golpes y saludos secretos, y el nombre de Minmei comenzó a ser susurrado como clave por las naves de la Flota Imperial.

Mientras que la "Minmei" continuaba reuniendo seguidores secretos entre las tropas de la armada de Breetai, la fuente de inspiración para esa muñeca estaba atendiendo una fiesta en el lujoso Hotel Centinela, el mejor de Ciudad Macross, a sólo unos pasos del nuevo puente pasadera. La fortaleza dimensional había dejado la Tierra, y mientras la mayor parte de los residentes de la ciudad hacían reajustes dolorosamente difíciles para readaptarse a la vida en el espacio, la aristocracia de Macross estaban ahogando sus penas en las fuentes de mesa de agua espumante y champagne añejado recientemente adquiridos. Pero esto no era una cuestión de resentimiento; era una fiesta fenomenal para celebrar el estreno del primer lanzamiento de SDF Pictures, El Pequeño Dragón Blanco, protagonizado por Lynn Minmei y Lynn Kyle.

Allí estaban los inversionistas financieros, algunos de la tripulación, ingenieros de EVE, el alcalde y su multitud de extras seleccionados, y varios seguidores. Kyle también, un poco brusco esta noche pero de aspecto elegante con su traje lavanda, camisa carmesí y moño. Pero la protagonista femenina estaba notablemente ausente de la algarabía del interior, de la mesa llena de comidas gourmet, del vino y los licores. Había salido al balcón a tomar aire; el negocio del espectáculo la estaba molestando.

Decidió que esto tenía un lado desfavorable. La verdadera emoción estaba en la actuación y el verdadero premio en el aplauso. Pero estas fiestas no eran para nada divertidas; eran negocios, un lugar para que los adulones y los explotadores se reunieran. Aquí era donde ellos actuaban, y el dinero era su aplauso.

Minmei no se sentía hastiada; era demasiado pronto para eso. Pero no podía evitar preguntarse sobre algunas de los nuevos

rumbos que estaba tomando, los nuevos rumbos que Macross parecía estar tomando. Recordó los viejos tiempos, el espíritu comunal que había reconstruido la ciudad, los lazos familiares que se habían desarrollado y el sentido de igualdad que había reinado. Pero las cosas estaban cambiando muy rápido, no sólo físicamente - con las rampas de la pasadera, los hoteles exclusivos y la comida gourmet-, sino espiritualmente. Parecía como si muchas personas hubieran sido desleales con la idea de la "ciudadanía" SDF-1; ahora esa existencia a bordo de la fortaleza era una realidad indefinida, esos mismos hipócritas buscaban reclamar para sí mismos lo mejor que este lugar tenía para ofrecer. Se estaba comenzando a formar un nuevo sistema de clases y el último lugar en el que Minmei quería encontrarse era entre una aristocracia renacida. Era tan importante quedar en contacto con el pasado de uno, recordar a la gente que te ayudó a encontrar tu lugar...

-¿Eh, muñeca, qué sucede?

Minmei le dio la espalda al paisaje para enfrentar al emisor de esa insultante intrusión. Era Vance Hasslewood, su agente de negocios, con por lo menos dos copas más del límite.

-Tú eres la estrella de esta fiesta -dijo él y brindó por ella con el trago que llevaba-. Deberías estar adentro divirtiéndote. ¿Cuál es el problema?

-A mí me parece que tú has estado celebrando lo suficiente por los dos -ella ni se molestó en ocultar su desaprobación, pero Vance estaba demasiado metido en el ímpetu de la fiesta como para notarlo y se aflojó la corbata modestamente con los ojos cerrados detrás de los lentes de aviador.

-Bueno, admitiré que me estoy divirtiendo un poco... pero tengo una buena razón. Después del estreno de la película tú serás una estrella. Estamos hablando de un talento superior, grandes, grandes billetes. Necesitarás dos manos más para traer el dinero a casa.

Él no podía estar más feliz.

-Yo ya soy una estrella, Vance -le recordó Minmei-. ¿Qué otra cosa puedes ofrecerme?

Vance se rió y puso su brazo alrededor de ella.

-Oye, es día de pago, niña. Tú quieres algo, yo te lo conseguiré.

-Necesito un asiento de primera fila para el estreno; es para

alguien a quien quiero invitar.

Vance hizo un gesto de preocupación.

-¿Un asiento de primera fila? ¿Ahora? Esos asientos están ocupados desde hace semanas... No sé, Minmei.

Ella lo miró directamente.

-Vance, sólo hazlo, ¿está bien?

-Está bien -dijo por último-. Veré que puedo hacer.

Minmei le dio las gracias y él se fue con el vaso en la mano. Ella posó los codos sobre la baranda del balcón y sonrió de pronto.

-Desearía estar ahí para ver la expresión en el rostro de Rick cuando se lo diga.

Jan Morris estaba familiarizada con las personas que hablaban solas -ella se había estado hablando a sí misma durante años-, pero dado a su actual condición, era poco probable que hubiera escuchado el comentario solitario de Minmei. Sosteniendo precariamente el vaso de cóctel entre sus dedos, la antigua estrella (y algún día mística) se tambaleó hacia la baranda. Dos años en el espacio, la autocompasión y la bebida habían hecho estragos; estaba avejentada por demás y se había convertido en una caricatura rubia platinada vestida con una túnica sin mangas y largos guantes blancos.

-Minmei, te estuve buscando por todos lados. ¿Cómo estás, querida? ¡Maravillosa fiesta! Estás pasando un buen... ¡Uy!

Minmei esquivó hábilmente el cordial lanzado; el espeso licor rojo como la túnica de Jan se estrelló contra la pared de contención junto a ella.

-Discúlpame. ¡Que torpe, podría haberme muerto! -Jan se deshizo en falsas disculpas-. Afortunadamente nada cayó sobre tu vestido, querida. Y es un vestidito tan pintoresco, ¿no es cierto? Tan lleno de encanto; es realmente adorable, querida. ¿Lo hiciste tu misma?

Quisiera que sepas que sólo esta capa de seda verde lima me costó más de... -quiso decir Minmei. Pero afortunadamente no tuvo que decir nada porque Jan ya estaba corriendo de vuelta hacia dentro. Había aparecido un hombre mayor y expresó su interés en conocer a "la joven estrella de la película", y Jan lo arrastró lejos de las puertas del balcón.

-Ella no es tan interesante -Minmei escuchó que ella le decía-. En realidad es sólo una niña. ¿Entonces por qué no nos sentamos en algún lugar y te leo la palma de la mano?

Minmei estaba pensando en contratar a un guardaespaldas cuando Kyle la llamó.

-Tú representante me dijo que te dijera que es el asiento A-5. Guardarán la entrada en la boletería.

Minmei entrelazó las manos debajo de su mentón.

-¡Genial, Kyle! Gracias.

-Agradéceselo a Vance -le contestó y la llevó adentro. Él tenía esa mirada protectora en el rostro que ella había llegado a reconocer.

-Tienes un gran día mañana -él le puso las manos sobre los hombros-. ¿Por qué no mejor terminas aquí y yo te acompañaré de vuelta a tu habitación?

-Trato hecho -contestó-. De todas formas necesito hacer una llamada...

Gran día o no gran día, ella no iba a dormir esa noche. Dejó un mensaje para Rick en el cuartel de los oficiales pero él nunca le devolvió la llamada. La gran habitación que SDF Pictures le había provisto sólo servía para devolverla al primer razonamiento de esa tarde. Ante la insistencia de Vance, ella se reunió con él en el salón de la terraza para un último trago, pero ni siquiera eso ayudó. Añoraba su habitación azul y amarilla sobre el Dragón Blanco, sus pocas posesiones, sus recuerdos atesorados.

Capítulo 7

Al final "El Pequeño Dragón Blanco" iba a encontrar una audiencia mayor, y sin lugar a dudas, una menos involucrada. A decir verdad, la reacción crítica fue mixta. Más de un comentarista la rechazó como "película casera para el estudio espacial"; otro la llamó "terapia de arte bajo... fantasía propagandista... una fábula mal orientada del deseo de muerte". Pero muchos la alabaron incondicionalmente como "una advertencia profética del inconsciente colectivo".

Historia de la Primera Guerra Robotech, Vol. LXXXII.

Miriya Parino, anteriormente agente del Batallón Quadrono y ahora agente ilegal micronizado dentro de la fortaleza dimensional, marchaba rápidamente por Bulevar Macross. El traje algo teutónico que había robado para reemplazar la vestidura de trapo con la que había llegado estaba bien adaptado a su andar marcial que hacía detener el tráfico, aunque ella no entendía a que se debían todas esas miradas. Creía que tal vez el uniforme era inapropiado. Si ella se pudiera haber visto como la veían los transeúntes -su radiante cabello verde, el chaleco ajustado lavanda, calzas, medias blancas y unas botas trenzadas de taco alto- habría entendido de inmediato.

No había sido una semana fácil. Se había visto forzada a robar comida y descansaba de a ratos cuando se presentaban las oportunidades. Una o dos veces se vio tentada de aceptar la ayuda que los machos micronianos le ofrecían por lo menos una docena de veces por día -pero lo pensó mejor. En un principio había divisado a los tres agentes de Breetai entre una multitud reunida frente a un videodetector, ¡escuchando a un macho pelilargo que hablaba de

paz y de terminar la guerra! Pero ella no vio ninguna razón para hacer contacto con ellos tres y no la había encontrado desde ese entonces.

Paz... las costumbres micronianas eran desconcertantes, impensables. Pero estaba disfrutando el desafío. Desgraciadamente todavía tenía que encontrar al piloto que la había vencido en batalla, a pesar de todos los soldados que había cruzado en las calles.

Frente a ella había otra reunión de micronianos, la mayor que había encontrado hasta ahora, y por cierto la más ruidosa. Unos grupos de aclamación de machos y hembras estaban parados en hileras de veinte frente a un edificio de aspecto extraño que tenía un cartel con una clase de mensaje iluminado que sobresalía sobre la entrada.

-Pequeño... Dragón... Blanco -Miriya leyó en voz alta, probando la sensación de las palabras. Sabía que la primera significaba "chico" y que la tercera se refería a la ausencia de color, pero no estaba familiarizada con la segunda palabra.

Frente al edificio había una línea de largos vehículos con puertos de observación ahumados que bajaban a machos y hembras vestidos con uniformes extraños. Las personas de la multitud estiraban sus cuellos y se ponían de puntas de pie para mirar brevemente a estos héroes mientras ascendían los escalones de la entrada saludando y sonriendo. La adulación se centraba en dos en particular: una pequeña hembra de cabello oscuro que alguno de la multitud llamó "Minmei", y en un macho de igual cabello oscuro -¡el mismo que había estado proclamando la paz desde el videodetector!-. Los escoltaron ceremoniosamente hasta el edificio sin tener que mostrar los pases que se le requería a los ciudadanos comunes del centro poblacional.

Miriya estaba casi segura de que su presa estaba adentro a punto de ser honrado por derrotarla en batalla. Incluso podría haber sido ese macho de pelo largo. ¿Por qué otra cosa asistirían tantas personas? Ella no tenía pase pero tenía un truco bajo la manga de esa blusa blanca con cuello de volados. Había notado que ciertas contorciones faciales de las hembras micronianas podían abrir muchas puertas cerradas. Por eso le dio a su chaleco con lazos un

tirón hacia abajo, se acercó al guardia de la puerta que aceptaba los pases y le mostró su más brillante sonrisa...

Dentro de la luz del reflector en medio del escenario del Teatro Fortaleza, donde una multitud de gente de pie llenaba el vestíbulo y los palcos superiores, estaba parado el presidente de SDF Pictures, Alberto Salazar. Alto, fornido, con un grueso bigote tipo morsa y lentes azules triangulares, también era director de la junta directiva de la Compañía de Seguros Macross en su tiempo libre.

-...Yo quisiera agradecer una vez más a todos ustedes por su apoyo para realizar esta película... la primera pero seguramente no la última filmada completamente a bordo de la nave. ¡Y ahora, sin más demora, me gustaría presentarles a las estrellas de la película, Minmei y Lynn Kyle!

Salazar hizo un gesto expansivo hacia los bastidores donde un segundo reflector encontró a la pareja protagonista. Ellos caminaron del brazo y acusaron recibo de los aplausos con un saludo o dos. Salazar llevó a Minmei hasta el pie del micrófono.

-Dinos como fue ser la estrella en tu primera película.

-Fue emocionante, Sr. Salazar. Sólo espero que la audiencia disfrute mi actuación.

La multitud se volvió loca y Salazar sonrió.

-Yo diría que ya tuviste su respuesta. A mí me parece que la gente de Macross ama todo lo que tú haces. ¿Y que hay sobre ti, Kyle? ¿Tienes algo para decirle a todos tus fanáticos?

-Sólo quiero agradecer a todos los involucrados en la producción -comenzó con un poco de timidez-. En especial a Minmei por todo el apoyo que me ha dado. Soy un recién llegado a esta nave pero me complace descubrir lo fácil que es hacer amigos aquí. Espero que podamos continuar creando películas para entretenerlos durante el tiempo que pasemos juntos. Esta fue una gran experiencia y gracias por eso.

Mientras Kyle hablaba Minmei le echó una mirada a la fila del frente en busca de Rick. Encontró al alcalde, a la tía Lena y al tío

Max, pero el asiento A-5 estaba vacante.

Él ni siquiera reclamó su entrada -dijo para sí misma.

Pero Rick estuvo allí toda la noche, apretado hombro con hombro con el resto de la multitud parada en la parte trasera del teatro. Había recibido el mensaje de que Minmei había llamado pero no la parte sobre la entrada reservada para él. No había tenido respuesta cuando devolvió la llamada telefónica al Centinela; de hecho, en ese momento ella se encontraba con Vance Hasslewood sorbiendo un kahlua con crema sobre el techo del hotel pensando en Rick. De todas formas él estaba de buen humor, feliz de estar allí, aunque escuchó que alguien cercano decía:

-Escuché que Kyle y Minmei están saliendo. ¡No me sorprendería si ellos se casaran!

Ahora Minmei estaba cantando. La multitud se mecía con su canción y Rick comenzó a moverse con ellos, envuelto en el momento.

¿Qué es este poder que ella posee? -se preguntó.

Parada tensa y obviamente incómoda a unos cuantos metros de distancia, Miriya Parino se preguntó la misma cosa.

En una reseña escrita por dos escritores de ciencia-ficción que habían estado cubriendo el lanzamiento de la SDF-1 para la Rolling Stone el día de la transposición, El Pequeño Dragón Blanco quedó declarado como "una fábula kung fu". Esta película era a las artes marciales lo que Apocalipsis Now era a las películas de guerra. Nadie iba a negar que fue un negocio ambicioso desde el principio, especialmente para una empresa naciente en un mercado de tres cines y un poco más de cincuenta mil espectadores con pocas esperanzas de un lanzamiento general. Pero superó las expectativas de sus creadores casi de la misma forma en que lo había hecho el concurso Señorita Macross. Sin contar las ganancias financieras, la película se concibió como un esfuerzo de mantener la moral en alto a bordo de la nave; al ser filmada completamente dentro de la SDF-1 (gracias a los ingenieros de EVE), esta creó puestos de trabajo

y ayudó indirectamente a perfeccionar algunas de las técnicas de "normalización" utilizadas en Ciudad Macross.

Ambientada en una era recóndita de la prehistoria asiática, la película comienza en la árida y tenebrosa isla de Natoma, donde se presenta brevemente a un hechicero llamado Kirc. El joven mago posee una nave marítima de forma extraña cuya proa había sido reformada para que representara la cabeza y cuello de un dragón, y la proa la cola dentada. Las alas plegadas formaban el armazón y los costados. Pronto se hizo obvio que Kirc no era el dueño legítimo; y cuando un ejército de sanguinarios mutantes gigantes -pelados corpulentos vestidos con pantalones bombachos, fajas y chalecos- se acercó para recobrar la nave, él lanzó un hechizo que produjo su desmaterialización.

Se pasa a una segunda isla en aguas más familiares, tropicales y pacíficas. Algunos de los habitantes se hacen conocidos, incluyendo al maestro Zen residente de la isla y a una hermosa niña llamada Zu-li, interpretada por Minmei con su largo cabello aclarado y trenzado. Zu-li está de visita en la isla, pero después de un mes allí se hace conocida por todos. Sus suaves canciones llenan el aire de la noche para arrullar a los habitantes y llevaban una sensación de paz y armonía a todo lo que tocaban. Pero su eventual partida queda demorada cuando aparece una misteriosa neblina que envuelve a la isla. Después de esto entra la nave dragón.

La mayoría de los isleños está asustada por su aparición pero una banda de hombres y mujeres aventureros, liderada por el maestro Zen, abordan la nave y la traen a casa. Zu-li y un apuesto estudiante kung fu llamado Taiki -Lynn Kyle-, (un joven pacífico al que las circunstancias fuerzan a pelear para salvar a la gente que ama), están entre los seguidores del maestro. Al inspeccionarla más de cerca ven que la nave es más maravillosa de lo que sugiere su exterior estilizado, casi misteriosamente viviente y llena de curiosos aparatos que los isleños se esfuerzan por comprender.

El tiempo pasa y los gigantes malvados que vimos previamente siguen el rastro de la nave. Cuando aparentemente reconoce que se acercan los enemigos, la nave se defiende con un torrente de feroz aliento de dragón que destruye a la mayor parte de los atacantes. Aterrado por estos sucesos, el jefe le ordena al maestro Zen y a sus

seguidores que abandonen la isla. Ellos zarpan a bordo de la nave y los gigantes los persiguen alrededor del mundo en una serie de peligrosos y excitantes episodios que culminan con su intento de regresar al hogar. Zu-li, mientras tanto, había descubierto el verdadero poder de su voz: ella aprende a producir un tono que debilita a los gigantes y al mismo tiempo fortalece las habilidades de las artes marciales de Taiki. Él vence a los enemigos con los que se encuentra la nave dragón durante su largo viaje a casa -asaltantes de uniformes azules que empuñaban cimitarras y enemigos con armadura, arcos y flechas-, y daña a los gigantes con disparos de energía kung fu y saltos altísimos.

En el emocionante momento crítico el enemigo captura a Zu-li y Taiki la rescata, y la isla, que se había negado a permitir que los viajeros volvieran, queda devastada por los gigantes.

Lisa Hayes dejó su asiento mucho antes de que pasaran los títulos y salió del teatro. Ese último beso technicolor había sido demasiado para ella. Cuando miraba a Lynn Kyle veía a Karl Riber, era la voz de Karl la que ella escuchaba cuando hablaba Kyle, los sentimientos de Karl sobre la guerra y la muerte... desde ese primer día en el Dragón Blanco ella se había arrojado a él como la polilla a la flama. Él era antidirigencia, antimilitarista, antitodo en lo que se había convertido la vida de ella, pero ni así podía sacarlo de su mente. Ella podía cerrar los ojos y recordar cada detalle de su rostro, cada palabra que ella le había escuchado decir a los periodistas sobre sus esperanzas de paz cuando todo lo que a ellos les preocupaba era la salud de Minmei; podía recordar vívidamente estar parada junto a él en el estudio del MBS la noche en que el capitán Gloval le dirigió la palabra a la nave; y ahí estaba él ahora, diez veces más grande que lo normal dentro de la pantalla plateada. Otro gigante en su vida. Y aparentemente enamorado de Minmei. Minmei otra vez. ¿Qué magia poseía? Primero Rick, ahora Kyle. A veces sentía como si toda la nave estuviera cautivada por su presencia más que por sus canciones.

Lisa pudo escuchar los aplausos que venían desde adentro del teatro. El vestíbulo se iba a llenar pronto y no quería escuchar a todos hablar de lo maravillosa y hermosa que era Minmei. Se detuvo un momento para mirar el colorido póster de la película cubierto con vidrio y estuvo a punto de seguir camino cuando de repente... ¡alguien le agarró el trasero! En realidad no fue un agarrón, ¡fue más un empujón! Ella ya había soportado bastante eso mientras hacía cola para entrar y por cierto no estaba de humor para hacerlo ahora. Giró enfurecida haciendo volar su sobretodo blanco, con las botas altas rojas y los puños listos tal como en las películas...

Y se encontró a Rick Hunter arrastrándose por el piso del vestíbulo frente a ella y disculpándose por su torpeza.

-¡Comandante! -dijo lleno de sorpresa-. Lo siento. Debí haber tropezado o algo así...

Lisa cruzó los brazos sobre su pecho.

-Y sucede que yo estaba en el camino, ¿es eso?

Los ojos de Rick se agrandaron.

-Bueno, ¿y usted que cree? No puedo imaginarme otra razón por la que alguien quisiera, eh, agarrarla.

-Así se habla, amigo -dijo uno de la multitud que se estaba reuniendo alrededor de ellos.

-No lo sé, Hunter; primero lo encuentro husmeando en una lencería y ahora está molestando a las mujeres en las calles...

-Muéstraselo, hermana -agregó alguien más.

-¡Vuelve a empujarla, amigo!

Lisa le mostró un rostro enfurecido a la audiencia y tomó a Rick del brazo.

-Vamos, teniente, será mejor que continuemos esta discusión en otro lugar.

Eso trajo más comentarios y unos cuantos silbidos, pero Lisa los ignoró. Prácticamente arrastró a Rick por la amplia escalera quejándose todo el tiempo.

-¡Habrás visto! Entrometerse en una conversación privada como esta, qué vergüenza, esos imbéciles.

Acertadamente, Lisa no se detuvo hasta que llegaron a una de las zonas de riesgo marcadas con líneas diagonales negras y

amarillas. Después volvió a enfrentarlo.

-Ahora, ¿qué diablos estaba haciendo allá?

-Sólo estaba saliendo del cine -dijo Rick inocentemente.

-¿Por qué no se quedó para ver el final?

El resonar de las sirenas de advertencia silenció la respuesta de Rick; él y Lisa miraron a su alrededor. La gente ya estaba corriendo para cubrirse y la voz de Sammie apareció en los altoparlantes.

-Atención: prepárense para una transformación modular. Por favor muévase al refugio más cercano de inmediato. ¡Eviten las zonas de riesgo marcadas y muévase al refugio más cercano de inmediato!

-¿Una transformación modular?! -dijo Rick con incredulidad.

-Algo anda mal. Se supone que íbamos a tener un simulacro. Por esa razón Sammie está al mando.

-¿Un ataque furtivo?

Lisa sacudió la cabeza.

-Imposible. Aunque así fuera, nos habrían advertido con más tiempo que esto.

-Entonces sería mejor que llegáramos a un refugio -Rick le tomó el brazo pero ella se soltó.

-¿Refugio? ¿Qué pasa con usted? Tenemos que volver a la base tan pronto como...

La calle había comenzado a vibrar y sacudirse. Rick y Lisa intercambiaron miradas preocupadas y bajaron la vista con vacilación. Su sector de la acera de rayas coloridas se estaba elevando rápidamente. Ellos se abrazaron mientras los elevaban muy arriba de las calles de Macross. Abajo la gente corría para cubrirse, los autos se estacionaban y los conductores y pasajeros saltaban de ellos. La escena frente el Teatro Fortaleza rayaba el caos. Las sirenas seguían resonando y chillando.

El polo ascendente se detuvo abruptamente y después otra vez se sacudió en un movimiento ascendente, pero no antes de que Rick y Lisa se las arreglaran para bajarse de un salto. Ahora estaban muy por encima del tercer nivel de Macross, más allá del cielo azul ilusorio de EVE en las regiones superiores de la fortaleza dimensional -un área de enormes tuberías de enfriamiento, conductos de reciclaje, servogeneradores transformacionales y

kilómetros de cableado grueso. Pero Rick creía que conocía una forma de salir. Guió a una escéptica Lisa a través de un laberinto de pasajes de tamaño humano. Cada tanto los "ojos de buey" les permitían divisar las cajas de empalme y los tableros de circuitos dentro de las paredes.

-Creo que estamos cerca del final -dijo Rick con confianza-. Todo lo que tenemos que hacer es doblar aquí.

-No me diga.

-Sólo sígame. Yo la sacaré de aquí. No hay problema.

Un minuto después llegaron a un callejón sin salida y Rick se rascó la cabeza.

-No hay problema -se burló Lisa.

-Debimos haber doblado mal allá atrás.

Desde un lugar cercano llegaron los "clic-clic" y el zumbido de la maquinaria que se activa. Había algo extraño en aquella pared frente a ellos... ¡parecía estar moviéndose hacia delante! Se dieron vuelta y comenzaron a correr, sólo para encontrar bloqueada la salida por una compuerta en descenso. Se quedaron pegados al suelo y, mientras tanto, una sección de la pared seguía avanzando; después, por fortuna, se estremeció hasta detenerse.

Lisa soltó un suspiro de alivio y observó con cuidado las paredes metálicas de diez metros de altura de su prisión. Dejó caer su cartera y giró exasperada hacia Rick.

-¿Hunter, no fue usted el que se perdió en algún lugar de esta nave durante dos semanas?

-Mire, ¿cómo iba a saberlo? ¡No teníamos alternativa! ¡De cualquier forma, nada de esto habría sucedido si usted hubiera ido conmigo a un refugio como le dije desde un principio!

-¡Esa no es forma de dirigirse a un oficial superior!

-¿Qué, ahora me va a salir con lo del rango?

Rick hizo un gesto de alejamiento y se deslizó lentamente contra el tabique con las rodillas levantadas y las manos detrás de la cabeza. Lisa hizo lo mismo en la esquina opuesta del encasillado, demasiado frustrada para mantener su rabia. Los estruendos distantes se filtraron.

-Tal vez sí nos atacaron -sugirió Lisa-. Por supuesto que tal vez sea una práctica de tiro, disparos de los Phalanx o los Spartans... Me

pregunto qué tal lo está haciendo Sammie. Ella es nueva en esto. Pero alguien tiene que actuar como mi relevo. Claudia tiene las manos ocupadas, y por supuesto que Vanessa y Kim... No estás escuchando ni una palabra de lo que estoy diciendo, ¿no es cierto?

Miró hacia donde estaba Rick. No hubo respuesta. Lisa hizo una sonrisa falsa.

-¿Estás planeando estar de mal humor por el resto de nuestra estadía juntos? Sabes, estas actuando como un niño, Rick. ¡Vamos, maldito seas, me voy a volver loca aquí adentro si no me hablas!

-Vaya, vaya, eso es una sorpresa -dijo de repente Rick-. Lisa Hayes en realidad necesita a alguien.

-¿Qué se supone que significa eso?

-Yo pensé que usted era demasiado dura para necesitar a alguien.

Ella lo miró con furia y después se suavizó.

-Está bien, Rick, lamento haber explotado hace un rato.

-Yo también -Rick sonrió. Después de un minuto agregó-. Me recuerda cuando estuvimos atrapados en aquella celda de contención en la nave de Breetai.

-No me lo recuerdes. Este lugar se parece mucho a ese.

Rick miró los alrededores.

-Es cierto. Pero aunque a esta nave la diseñaran extraterrestres, ahora es nuestra nave... nuestro hogar. Sólo tendremos que esperar hasta que reconfigure.

-Si esto es un simulacro, no tardará mucho más.

Los dos se quedaron callados e introspectivos, pero Rick rompió el silencio cuando pasaron otros veinte minutos.

-Todavía no puedo entender las tácticas de los zentraedis. Nosotros ni una vez obtuvimos una victoria decisiva. Ellos siempre nos están salvando de sus propios ataques.

-El capitán cree que sus fuerzas están divididas. Un lado está convencido de que nosotros somos derivados de la Protocultura y el otro no está de acuerdo.

-La palabra mágica... si sólo tuviéramos una idea de lo que es.

De repente hubo una tercera voz en la habitación; Rick y Lisa levantaron la vista y vieron a una robo-vendedora Petit Cola dando vueltas por la galería superior de su cercado.

-¿Qué bebida suave le gustaría? -estaba diciendo la máquina.

-¡Oye! -aulló Rick, parándose como un rayo.

Lisa se puso de pie y se acercó a él. La máquina se asomó sobre el borde.

-Nos quedamos sin esa marca. Por favor, elija de nuevo.

Rick sacudió su puño en el aire.

-¡Lata cabeza hueca, trae ayuda! ¡Ayuda!

-Tenemos gaseosa de jengibre, Petit Cola y gaseosa de raíz. Haga su selección y deposite la cantidad apropiada -la vendedora daba vueltas y hacía ruidos.

-Pedazo de chatarra, buena para nada...

-Detente -dijo Lisa tirándole de la chaqueta-. Gritarle no mejora nada. Es sólo una máquina.

-Sí, lo sé -dijo Rick con resignación. Se sentó junto a ella sobre el piso-. De esto se trata la Protocultura. Cualquier cosa que haga que esas máquinas se comporten como idiotas.

-No lo creo -se rió Lisa-, pero tendremos que consultar con el Dr. Lang para estar seguros.

-No gracias.

Otra vez se retrajeron hacia pensamientos interiores y fantasías marcados por las explosiones apagadas que venían desde arriba.

-Yo creo que la Protocultura se parece más a la fuerza kung fu de la película -dijo por último Lisa.

Las cejas de Rick se elevaron.

-Oh, así que estuviste en el teatro.

-Sí, estuve ahí. Conozco al administrador. Tenía un asiento en la parte de atrás. ¿Por qué estás tan sorprendido?

-Me es difícil imaginarte en un cine -Rick se encogió de hombros.

-Para que sepas, yo sí salgo -ella sintió que su furia comenzaba a crecer otra vez.

-Creo que siempre te consideraré como una enclaustrada.

-¡Y yo lo considero a usted como un idiota, Hunter!

Rick hizo un espectáculo de actuar como ofendido.

-Pero a veces puedo leer las mentes... -puso el dedo índice en su labio inferior como gesto de concentración-. Veamos, tú querías ver esta película (aunque fuera una bazofia) porque estás cautivada por

una de las estrellas.

-Olvídelo, Hunter -contestó y le dio la espalda.

-Correcto. Te tomaste la molestia de reservar una entrada y de enfrentar a esas multitudes sólo para ver una película protagonizada por Minmei. No señor. Tiene que ser Kyle. ¿Tengo razón?

-Ya basta, Rick. Además, ¿cómo te sientes ahora sobre Minmei... quiero decir, Minmei y Kyle? Tú todavía estás enamorado de ella, ¿no es cierto? ¿No es cierto?

Rick había bajado la cabeza y se había quedado en silencio. Lisa se disculpó.

-Sólo estaba tratando de lograr que dejaras de reírte de mí. No quise traerte malos recuerdos. Créeme, yo sé cómo puede ser eso.

-Entonces dime la verdad -dijo sin enfrentarla-. Tú dejaste el teatro por la misma razón que yo. ¿No pudiste soportar ver a la persona de la que estas enamorada besando a alguien más?

Lisa asintió con los labios apretados.

-Qué ironía -continuó Rick-. Nosotros dos saliendo a las corridas del teatro al mismo tiempo. ¿Pero cómo pudiste enamorarte de ese tipo? Él está contra todo lo que tú representas.

-Luce exactamente igual al hombre del que estaba enamorada. Él tuvo que irse y después murió antes de que tuviéramos una oportunidad... -comenzó a llorar a pesar de todos sus esfuerzos por ser fuerte-. A veces cuando veo a Kyle, el rostro de Karl regresa para perseguirme y no puedo soportarlo...

Rick le pasó su pañuelo.

-¿Pero dónde estaríamos sin el amor? -reflexionó Rick-. Minmei es lo único que le da sentido a mi vida.

-Tienes razón, Rick -sollozó-. Pero yo no quiero sentirme de esta manera. No quiero.

Ellos se abrazaron el uno al otro durante varios minutos, ninguno de los dos habló.

-Me alegra estar aquí contigo -le dijo Rick.

-Tú tampoco estás tan mal, Hunter.

-¿Sí?

-Sí. De hecho, creo que hasta podrías llegar a agradarme... si dejaras de ser tan machista de vez en cuando.

Rick le sonrió, descubriendo los ojos de ella como si fuera la

primera vez.

-Es gracioso, porque yo estaba pensando lo mismo sobre ti.

Tal vez se habrían besado en ese momento -esta vez sin presiones extraterrestres ni planes de escape elaborados a las apuradas-, pero las sirenas de todo-despejado y la voz velada de Sammie en los altoparlantes rompieron el hechizo.

-Atención, por favor: el simulacro ha terminado. Ahora esta nave volverá a su modo de operación normal.

-Es hora de volver a la realidad -dijo Rick cuando los tabiques se retiraron y las compuertas subieron.

Lisa se puso de pie y se sacudió.

-Creo que debería volver al puente.

Rick se paró.

-Supongo que sí. Pero no nos apuremos, ¿está bien?

-Contigo como guía, no veo que tengamos otra alternativa -Lisa sonrió.

Rick se estiró y la tomó de la mano, y ambos comenzaron a desandar sus pasos.

Hubo numerosos giros equivocados, retrocesos y callejones sin salida, hasta unos cuantos momentos peliagudos y descensos intrincados; pero más que nada había un sentimiento de afinidad y un nuevo espíritu de aventura. Ciudad Macross recibió más de su cuota normal de daños porque estaba mal preparada para la transformación modular, y para que esta viniera como lo hizo, con tanta gente en las calles debido al estreno de El Pequeño Dragón Blanco. Rick y Lisa pasaron vehículos volcados, restos de accidentes de tránsito, y vigas y espigones que cayeron de las nuevas zonas de construcción. Las ambulancias y las dotaciones de bomberos pasaban apuradas por las calles, ahora casi vacías e insólitamente calladas. Más tarde se iban a enterar de que se había cometido un error; lo que supuestamente tenía que ser un simple simulacro había crecido hasta ser una pequeña catástrofe. Sammie todavía tenía mucho que aprender. Max Sterling, el tipo sobre el que las conejitas del puente habían pasado tanto tiempo hablando y preocupándose, nunca había dejado Macross y mucho menos la fortaleza. De acuerdo a los últimos informes, Max estuvo en persecución candente de una belleza de cabello verde con calzas que había

llamado su atención en el estreno. Minmei y Kyle habían dejado juntos el teatro y no se había sabido de ellos desde entonces.

Tan pronto como Rick y Lisa llegaron al nivel uno cerca de la pasadera, una máquina Petit Cola se acercó furtivamente hacia ellos rogando por una limosna.

-Mis bebidas están ilesas. ¿Puedo servirles, puedo servirles?

Rick estaba listo para lanzar unas cuantas patadas kung fu bien merecidas, pero Lisa lo detuvo. Ella también insistió en pagar las bebidas.

-Está bien -permitió Rick-. Pero sólo porque me gustaría llevarte a cenar la semana que viene.

Rick estaba sacando las latas de gaseosa cuando vio a Kyle y a Minmei caminando hacia el Hotel Centinela. Se echó hacia atrás y tiró de Lisa para esconderse detrás de la máquina.

-Mejor quédate aquí -le dijo sin ninguna explicación. Más tarde se iba a sentir estúpido, pero en este momento se sentía protector.

-¿Qué está pasando? -quiso saber Lisa.

Rick estaba espiando hacia el hotel.

-No quería que te molestaras.

Lisa echó una mirada: el protagonista masculino y la protagonista femenina estaban entrando al vestíbulo con los brazos entrelazados.

-Como dije antes, bienvenidos a la realidad. Creo que tendremos que vivir con eso.

-Mira, Rick, no nos preocupemos por ellos. No es inusual que entre primos se muestren afecto y estén cerca unos de otros.

Rick bufó.

-Salgamos de aquí -dijo Lisa.

-¿Hora de ir a las barracas, eh?

Ella sacudió la cabeza.

-Caminemos. No tengo que reportarme hasta las cero ochocientas.

-¿Solos tú y yo?

-Sí -dijo tomando su brazo-. Solos tú y yo.

Capítulo 8

*Digan lo que quieran sobre las críticas retrospectivas
del Pequeño Dragón Blanco, ¡era la apreciación de
Breetai lo que más importaba!*

*Rawlins, El triunvirato zentraedi: Dolza, Breetai,
Khyron.*

*Un mundo de cosas que nunca antes vimos
Donde soles plateados tienen lunas doradas,
Cada año tiene trece junios...*

*Lynn Minmei, "Para amar" (grito de reunión del Culto
de Minmei de Rico)*

-Parece ser alguna clase de grabación de batalla -estaba diciendo Exedore.

-Un estilo primitivo de pelea cuando mucho -concedió Breetai-. No entiendo su interés en ver semejante grabación.

El comandante zentraedi y su consejero estaban codo a codo en el puesto de mando de la nave capitana. En la sección astrogacional del puente brillaba el campo rectangular del rayo proyector delineado por los restos dentados de la burbuja de observación. Lynn Kyle, el protagonista masculino del Pequeño Dragón Blanco, estaba arriba de un árbol esquivando las flechas que lanzaba un pequeño ejército de arqueros liderados por un comandante barbudo enardecido con un parche negro en el ojo y casco adornado con plumas.

-Posiblemente es un requerimiento instructivo para sus soldados -continuó Breetai cuando Kyle salió de un salto del cuadro.

Todavía anclada en el espacio del otro lado de la Luna, la nave nodriza de la Flota Imperial había descubierto unas transmisiones de banda baja que emanaban de la fortaleza dimensional. Los dos zentraedis las habían estado viendo durante un rato, primero con un interés perplejo y ahora con una preocupación creciente. Este microniano pelilargo vestido con babuchas negras y capa con cinturón había ejecutado maniobras verdaderamente sorprendentes aunque primitivas y ahora volaba por el espacio soltando rayos color naranja brillante de sus dedos. El que los recibió, un mutante calvo curiosamente uniformado que usaba una especie de collar de fuerza, quedó paralizado y cayó un momento después gracias al ulterior salto con patada del microniano.

-¿Viste lo que acaba de hacer? ¡¿Qué fue eso?! -Breetai estaba horrorizado; mecánicamente había descruzado los brazos y adoptado una posición defensiva.

Los ojos de pupilas penetrantes de Exedore estaban bien abiertos.

-¡Es un rayo mortal! ¡Nuestros soldados no pueden ganar contra esa increíble fuerza!

-Parece que está más allá del poder de la Protocultura o la Robotecnología.

-Debemos llevarle esta información al comandante en jefe Dolza de inmediato -Breetai se enderezó con determinación.

En otro lugar dentro de la nave capitana, El Pequeño Dragón Blanco tenía una segunda audiencia, la docena y pico de miembros del creciente culto Minmei. Estaban reunidos alrededor de una pantalla de monitor con las quijadas abiertas de asombro. Rico, Bron y Konda habían reconocido a Minmei a pesar de la trenza larga hasta los hombros de Zu-li.

-Ella no luce como pensé que lo haría -dijo uno de los del grupo.

-Sí, ¿qué pasó con su hermosa hembra?

-Cabezas huecas -dijo Bron con calma-. Esto es sólo un monitor. Ella es mucho más bonita en persona.

-Correcto -agregó Rico deliberadamente-. Ustedes tienen que verla en la vida real. Nosotros salíamos con la chica todo el tiempo.

Esto produjo miradas de asombro en los cultores; después giraron hacia Konda, quien agregó serenamente:

-De hecho, nosotros tres nos volvimos sus amigos íntimos durante un tiempo.

Kyle estaba haciendo su rutina de efectos especiales en la pantalla, despachando gigantes a diestra y siniestra y lanzando rayos.

Rico lo reconoció.

-Debieron haber realizado estas grabaciones antes de que el microniano comenzara a pensar en ponerle un fin a la guerra.

-¿Un fin a la guerra? -dijo uno de los confundidos cultores.

-"Paz" es la palabra microniana para eso -explicó Bron.

Pero lo que llamó poderosamente la atención de esta cautivada audiencia fue el beso que Lynn Kyle plantó en los labios de Minmei después de efectuar su rescate. De los parlantes surgieron sonidos de arrumacos.

-Qué extraño -dijo uno de los de la audiencia-. Nunca antes había visto algo como eso.

-Es raro... ¿por qué hacen eso?

-Parece que lo están disfrutando.

-Sí -explicó Bron-. Algo los hace hacer eso todo el tiempo. Es un requerimiento.

-¿Obligan a su gente a presionar sus labios?

-Sí, eso sucedía todos los días -contestó Rico, cabecilla y mentiroso excepcional. Había inclinado su silla hacia atrás y tenía las manos detrás de la cabeza.

Uno de los clones de flequillo espeso sacó su nariz de la pantalla.

-¡Eso es fantástico! ¡Yo no habría creído que ustedes podrían soportarlo! ¿Acaso los forzaron a hacer semejante cosa con esta chica?

-Sí, claro que sí -dijo Rico.

-A veces -dijo Konda.

Los rostros pasmados, unos grises, otros amarillos y otros completamente blancos, giraron para captar cada palabra dicha, cada entonación.

Después Bron tomó la posta y ganó la simpatía por un rato.

-Mis labios me dolían de tanto presionarlos.

Se dice que llega un punto en el crecimiento de cada culto o movimiento poderoso en donde se necesita algo para hacerlo llegar al tope, para que se abra a aquellos que estaban listos y preparados, pero que tenían actuar por sí solos. El Pequeño Dragón Blanco sirvió para este propósito al culto de Minmei. Pero tuvo que ver más con la necesidad de proteger a la protagonista femenina de la película que con el "rayo mortal" que vio Breetai. El canto había despertado emociones e impulsos perdidos largo tiempo atrás; la música había vuelto a abrir un sendero hacia el corazón cerrado hacía mucho tiempo.

Para ese momento no quedaba ni un soldado en la Flota Imperial que no hubiera escuchado a la muñeca cantora. La película había consolidado los rumores con un nuevo ímpetu; en todos los corredores se contaban historias sensacionales sobre las maravillas a bordo de la SDF-1 y se discutían en todas las guardias. La clave de acceso se difundió. Se dijeron y memorizaron palabras micronianas. Se abandonaron los puestos, las labores quedaron sin hacer. Surgieron peleas para ver de quién era el turno de llevar el póster a color tamaño natural de Minmei. Las tropas de asalto y los centinelas comenzaron a golpear en la puerta del club y a rogar que los aceptaran. Su presencia armada y blindada le otorgaba un nuevo elemento a los cultores de uniforme verde -un elemento que pronto presagiaría un peligro para el alto mando zentraedi...

Las dos canciones de la pequeña muñeca de ojos pintados seguían ejerciendo su magia sobre la mesa, derritiendo corazones endurecidos por el condicionamiento y las innumerables campañas y conquistas militares. La habitación de Rico, llena de antiguos guerreros galácticos, llegó a sonar como una guardería de maternidad visitada por una horda de padres orgullosos.

-Así que esto es lo que ellos llaman "canto", ¿eh? -dijo un soldado mientras observaba a la muñeca hacer sus movimientos-. Creo que me gusta.

-Cantar es una forma en que los micronianos se hacen sentir mejor unos a otros -explicó Konda.

-Me hace sentir algo divertido...

-¡Me hace sentir genial!

-¿Es cierto que nosotros podríamos escuchar a la verdadera cantante si nos convertimos en espías y vivimos entre los micronianos? -preguntó otro.

-Esa es la verdad -dijo Bron.

Rico cruzó los brazos sobre su pecho.

-La real les gustaría mucho más de lo que les gusta esta muñeca.

-Sí, pero es poco probable que alguna vez tengamos la oportunidad de verla por nosotros mismos, Rico. Ustedes tres son agentes de reconocimiento; nosotros somos soldados.

Una amplia sonrisa se esparció por el rostro de Rico; se inclinó hacia delante de forma conspiradora y puso sus brazos sobre la mesa.

-Eso es algo que deberíamos discutir... -les dijo.

También se decía que "las bocas flojas hunden barcos".

El segundo al mando de Khyron, Grel, le informó a su comandante que había problemas en pie. Khyron había estado obsesionado por su derrota y casi muerte a manos de los micronianos durante la explosión del escudo, y como consecuencia, ingería poderosas cantidades de hojas secas de la Flor de la Vida; por eso Grel se preparó para lo peor.

-¿Dices que hay caos a bordo de la nave capitana de Breetai? -dijo con desinterés el Traicionero.

-Correcto, milord. Los espías de Exedore (Konda, Rico y Bron) regresaron de su misión de infiltración a bordo de la nave Robotech con una muñeca cantora que está haciendo estragos.

-¿Una 'muñeca cantora'? ¿De qué estás hablando, Grel?

-Un... aparato, lord Khyron. Emite sonidos que afectan los pensamientos de la tripulación. La disciplina se ha convertido en un problema.

Khyron tenía una mirada de repugnancia.

-¿Y tú has visto este... aparato?

-No, milord, pero...

-No creo que tengamos que preocuparnos por rumores.

Khyron le dio la espalda a Grel, pero Grel insistió.

-Es mucho peor que eso, señor. ¡Entre nuestros propios soldados se está hablando de desertar hacia la nave Robotech para vivir el estilo de vida microniana!

Khyron giró con los puños apretados.

-¿Desertar?!

-¡Milord! -contestó bruscamente Grel-. Eso es lo que escuché. Y no sólo unos cuantos...

-¡Suficiente! -gritó Khyron-. ¿Hay alguien del alto mando al tanto de esto?

-No, milord.

-Tal como pensé -Khyron sonrió con desprecio-. Todos están perdiendo la cabeza por lo que sucede en la fortaleza de batalla...

Él levantó su puño.

-¡Entonces dejémoslos! ¡Dejémoslos perecer por su propia estupidez! ¡Khyron sobrevivirá y prevalecerá! ¡Khyron vivirá para ver destruida a esa nave! ¡Sólo Khyron regirá el Cuarto Cuadrante del universo! ¡Y la desgracia para cualquiera que se ponga en su camino!

Era cierto que ni Breetai ni Dolza habían recibido noticias de las incipientes deserciones, pero el comandante en jefe tenía razones personales para querer aniquilar a los micronianos. Breetai había despachado una nave hacia el centro de mando con las trans-vids de las secuencias del "rayo mortal" que él y Exedore habían visto. En ese momento Dolza había llegado lo más cerca al temor de lo que condicionamiento zentraedi le permitía.

Rápidamente le mandó a Breetai una trans-vid con su respuesta. El comandante de la flota y su consejero la vieron en un monitor rectangular que habían instalado detrás de los restos del esférico que había destruido el VT de Max Sterling unos meses atrás. El breve mensaje no tomó a ninguno de los dos por sorpresa.

-Ahora estoy convencido de que los micronianos han descubierto los secretos de la Protocultura -dijo Dolza llanamente-. Y como consecuencia de eso son extremadamente peligrosos para nosotros. Cualquier contacto prolongado con ellos sólo puede traer efectos desastrosos sobre nuestras tropas. Por lo tanto, comandante, le

ordeno que comience los preparativos para un asalto final sobre la nave Robotech. Usted tiene que infiltrarse en la fortaleza y asegurar la matriz de Protocultura. De fallar eso, debe destruir la nave. Y entiéndeme, Breetai: esta vez espero resultados. Triunfa o te enfrentarás a la furia de mi flota.

La noticia del inminente asalto llevó a los seguidores de Minmei a un estado de consternación.

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó uno de los cultores con un póster de Minmei en la mano-. Cuando ataquemos a la fortaleza probablemente matemos a esta chica. ¡Nunca lograremos escucharla cantar!

-¡Queremos escucharla cantar! -aulló otro.

Había por lo menos veinte de ellos escondidos detrás de una hilera de Battlepods dentro de uno de los atracaderos de la nave capitana. Ahora todos los ojos estaban sobre Rico.

-No es sólo el canto. En el centro poblacional de la fortaleza tienen montones de cosas que nosotros no tenemos. ¡Todo eso se perdería si los atacamos! -tomó una postura resuelta-. ¿Por qué no los salvamos y nos salvamos a nosotros mismos simultáneamente?

-¿Cómo? -dijeron varias voces.

-No podemos hacer nada con sólo pensar sobre el futuro. Yo digo que busquemos una forma de permanecer a bordo de la nave enemiga cuando comience el ataque.

Hubo un momento de silencio asombrado. Incluso en su estado debilitado, quedaba suficiente condicionamiento residual para dejarlos temerosos ante la sugerencia de Rico, y más de una frente se perló de sudor. Pero Rico le había dado voz a los deseos de ellos y pronto Bron y Konda lo palmearon en la espalda, llenos de estímulos y felicitaciones.

-Si nos atrapan nos ejecutarán -dijo uno de los pocos reticentes.

Pero Rico estaba embaldado.

-Ese es un riesgo que tenemos que tomar -dijo examinando cada rostro.

-Entonces cuéntame. Yo quiero todas esas cosas que nunca antes tuve.

-Yo también -dijo otro, y otro más. Tanto las tropas de asalto como los oficiales de guardia siguieron emitiendo votos afirmativos hasta que fue unánime.

-Está bien. Estamos en esto todos juntos -dijo finalmente Bron-. Pero antes de que podamos entrar a la nave enemiga tenemos que convertirnos en micronianos.

Otra vez hubo un momento de duda cuando se planteó la irreversibilidad de su decisión.

-¿Tú sabes como funciona adecuadamente la cámara de conversión, Bron? -preguntó alguien en ese momento.

-No -confesó-. Necesita que la maneje un especialista, ¿correcto, Karita?

Todos los ojos se enfocaron sobre un tímido soldado rubio de aspecto dócil ubicado en el perímetro exterior del grupo. Karita juntó las manos con nerviosismo cuando Bron le planteó la pregunta. Era cierto. Él conocía los secretos de las palancas de mando ocho y nueve.

-¿Sin permiso? -pareció lloriquear.

-Por supuesto, tonto. ¡Si se descubre el plan todos estamos muertos!

-Tú quieres escuchar el verdadero canto, ¿no es cierto? -dijo Rico, intentando un acercamiento más amable.

Karita les dio la espalda y balbuceó.

-Claro que sí, pero, bueno, eh...

Bron sacó el póster de Minmei de la mano de alguien.

-Si tú nos ayudas, esta fotografía y la muñeca cantora son tuyas. ¿Qué dices sobre ese trato, Karita?

-Bueno... no lo sé...

-Tenemos que actuar como un grupo -dijo Konda-. Si nos unimos ahora podremos disfrutar una nueva vida con los micronianos.

Karita se dio vuelta para enfrentarlos.

-Está bien. Lo haré. Pero tienen que prometerme que me llevarán con ustedes.

Bron se acercó a Karita con una amplia sonrisa y le puso un brazo alrededor.

-Tú sólo maneja la convertidora. Nosotros nos encargaremos de introducirte en la nave.

Mientras tanto, la vida a bordo de la fortaleza dimensional estaba ocupada imitando al arte. El Pequeño Dragón Blanco, que finalmente se mostró en su totalidad, había recibido halagos entusiastas de todo el mundo y ahora más que nunca la voz de Lynn Minmei parecía entretejer un hechizo mágico sobre la nave. Durante un concierto en vivo llevado a cabo por el MBS no hubo ni un hombre ni una mujer que no se sintiera transportado de alguna manera por las canciones de la estrella y las dulces letras. En el puente, el capitán Gloval se hacía cada vez más introspectivo al recordar días mejores, aunque no más tranquilos. Vanessa, Sammie y Kim, con las siempre presentes tazas de café en las manos, se deslizaron en una clase de fantasía de ensueño colectivo donde aquellos "soles plateados" y "lunas doradas" eran casi tangibles, y el amor ya no era algo buscado sino algo hallado y estrechado. Claudia Grant caminaba del brazo de Roy Fokker por la nieve de Londres, sobre la cual no había pensado en años; su amante todavía estaba en ese reino interior abierto por la magia de Minmei. Hasta Lisa, que el día anterior había salido del cine, sucumbió. Pero no pensaba en Karl Riber, sino en Kyle, quien le había hecho cuestionarse sobre todo para lo cual había vivido y trabajado, sobre todo lo que era.

Y desde los bastidores del escenario del Tazón de Estrellas, Kyle observaba actuar a su prima como si fuera la primera vez, sintiéndose al mismo tiempo amenazado y confortado, preocupado por la mucha atención que se prodigaba en ella y la poca que se enfocaba en terminar la guerra; pero al mismo tiempo reconocía lo importante que se había convertido Minmei para la moral y para los esfuerzos personales de todos aquellos a bordo de la fortaleza.

Pero ni por un momento la cantante se cuestionó sobre sus dones o su propósito. Llorosa aceptó los aplausos, las flores y el amor, pero en un estado extrañamente distante -como fuera de sí

misma. Sus canciones estaban del lado del amor en la eterna batalla del bien contra el mal.

¿Y había alguien más al tanto de la causa de Minmei que Rick Hunter, quien estaba parado fuera del Tazón de Estrellas con su oído presionado contra uno de los pósters que adornaban la pared del anfiteatro mientras ella terminaba una de sus melodías? Ella fue su causa desde el principio, y ahora daba la clara impresión de que ella sería su causa hasta el final.

Capítulo 9

Aunque las películas como "King Kong", "El ataque la mujer de quince metros" y "Muñeca diabólica" se habían vuelto razonablemente populares a bordo de la SDF-1, nosotros tal vez debimos haberle prestado más atención a la poco conocida "Un toque de Venus", en donde una estatua de la diosa cobra vida y canta una canción que lanza un hechizo de amor sobre todos.

Lisa Hayes, Recuerdos.

El brazo derecho de la nave de Zor se echó hacia atrás y se arrojó hacia delante como si fuera parte de un ser viviente, su puño-superportaaviones de casco de acero atravesó el blindaje del crucero zentraedi y lo estropeó; sólo en ese momento, con la nave tan empalada, bajaron la rampa delantera del portaviones y liberaron todo el armamento de los Destroids micronianos.

-La llaman "Maniobra Daedalus" -dijo Exedore-. Aparentemente nombrada así por la propia embarcación marina.

Breetai ordenó que volvieran a reproducir las trans-vids que habían captado las maniobras de batalla micronianas para su estudio: la destrucción del crucero de Zeril en el espacio, y la feroz muerte de un destructor al mando de Khyron cuando la SDF-1 volvió a atracar temporalmente sobre la Tierra. Exedore argumentaba que se podía forzar a los micronianos a emplear la maniobra una vez más, pero de forma tal que fuera ventajosa para los zentraedis. Breetai trataba de mantener una mente abierta a pesar del hecho de que había pocas evidencias reforzadoras que garantizaran optimismo en este punto. Si dos años de peleas (según el conteo microniano) no habían establecido nada, lo único que se

podía esperar de estos micronianos era lo impredecible. De todas formas había mucho en juego como para dejar de lado por completo al plan de Exedore. Las amenazas de Dolza lo habían sorprendido tanto como a Exedore. Que los micronianos representaran un peligro sin precedentes no se podía discutir, pero destruir la fortaleza dimensional de Zor en lugar de capturarla era una locura. Sin el conocimiento que contenía la nave, los zentraedi nunca podrían liberarse del yugo de los Amos Robotech. Dolza sabía eso mejor que nadie.

Breetai se acarició el mentón cuando las trans-vids llegaron a su fin.

-Estaríamos corriendo un gran riesgo -le dijo a su consejero.

-Es cierto, milord. Pero aunque así fuera, si tenemos éxito lograríamos ganar todo. Si pudiéramos forzarlos a ejecutar un ataque Daedalus seríamos capaces de insertar un escuadrón Regault dentro de la fortaleza sin que lo detecten. Después estaríamos en posición de capturar intacta a la nave.

Breetai profirió un sonido de aprobación.

-Ese fue mi plan desde el principio. ¿Pero cómo podemos asegurarnos que los micronianos cumplan su parte en esto?

-Primero debemos confiar en el hecho de que ellos juzgan nuestras acciones como predecibles de la misma forma en que nosotros juzgamos las de ellos como imprevisibles. Después debemos tener cuidado de maniobrar la nave capitana de manera tal que ellos lancen su ataque hacia la proa de nuestra nave. Somos más fuertes allí, y con nuestras tropas correctamente avisadas con anticipación, todo será una simple cuestión de poner a nuestros infiltrados a bordo.

-Hmm... lo has pensado cuidadosamente, Exedore.

El zentraedi deforme hizo una ligera reverencia.

-¿Me permite hablar libremente, milord?

Breetai mostró su asentimiento con un gesto.

-Con el millón de naves de la Flota Imperial a nuestra disposición y la matriz de Protocultura de Zor en nuestro poder, nosotros seríamos una fuerza para tomar con seriedad. Tanto Dolza como los Amos Robotech tendrían que vérselas con nosotros.

Breetai sonrió ampliamente.

-¿Y qué hay de los invids? ¿También has pensado en eso?

Los ojos de pupilas penetrantes de Exedore se agrandaron con la mención del nombre, pero él pronto recobró la confianza.

-Esos enemigos de la vida tal, como sabemos, seguro nos encontrarán -le dijo a Breetai con frialdad-. ¡Pero tendrán que sufrir el mismo destino que los micronianos y cualquier otro que se atreva a meterse con la Protocultura!

La cámara de conversión había sido el escenario de una actividad frenética desde que Breetai sonó el acuartelamiento general. Fiel a su palabra, Karita había manejado los convertidores de reducción, "micronizando" secretamente a unos veinte soldados zentraedi. Y Rico, como prometió, se ocupó de que Karita encontrara un lugar en uno de los Battlepods junto con otros tres cultores de Minmei. Algún tiempo después los comandantes zentraedis se iban a enterar de que salieron menos Battlepods que pilotos, pero por el momento eso no era algo por lo que necesitaran preocuparse; los zentraedis no eran tan remilgados sobre esta clase de cosas como los micronianos.

Se habían asegurado de tener varios equipos de conversión para los pods, pero no los suficientes como para que le alcanzaran a todos. Por lo tanto, Bron y Konda le ofrecieron consejos e instrucciones de último momento a los pilotos micronizados que iban a tripular los pods estándar. Después los tres infames agentes, vestidos con trapos sin mangas otra vez, se reagruparon y treparon dentro del meca que los llevaría de vuelta a la SDF-1 y a su mundo de delicias.

Cientos de Battlepods presionados peto contra peto llenaban los andenes de la nave capitana. Los pilotos hicieron pasar sus naves por las revisiones de sistemas y se prepararon para la batalla. Rico, Konda y Bron estaban en sus puestos dentro del pod cuando desde el puente anunciaron un cambio en el plan de ataque: les ordenaban a todos los escuadrones Regault que se movieran hacia la proa de la nave y esperaran nuevas instrucciones.

-¿Ahora qué? -preguntó Konda con repentino pánico.

-Sólo cálmate -le dijo Bron, quien ya estaba comenzando a mover su Battlepod hacia delante como los demás-. El plan todavía es atacar a la fortaleza, ¿no es cierto? Nosotros tendremos nuestra oportunidad, así que deja de preocuparte por eso.

Mientras tanto, dentro del crucero de Khyron, los mecas de ataque del Batallón Botoru se estaban preparando. El Officer's Pod del Traicionero encabezaba cuatro columnas ordenadas de los cazas más finos de la Séptima. Khyron les estaba dando un discurso por la red.

-La nave microniana está casi al alcance. Tan pronto como lancen sus cazas, nosotros despegaremos y los enfrentaremos. No se preocupen con las pérdidas; ¡piensen sólo en la victoria!

Khyron bajó el visor de su casco.

El escenario ya está listo -dijo para sí mismo-. ¡Ahora nada puede salvar a los micronianos!

Desde la burbuja de mando de la nave capitana Breetai le ordenó a su fuerza de ataque que se pusiera en movimiento -era un número de naves relativamente insignificante, pero apropiado para la ocasión. Él quería que el comandante microniano se sintiera confiado y no demasiado amenazado.

-Síganme hacia la fortaleza enemiga -dijo en el comunicador.

¡Y dejen que comiencen los juegos! -pensó.

El grito de Sammie los sacó del ensimismamiento que las canciones de Minmei habían generado.

Claudia y Lisa comenzaron a teclear órdenes con frenetismo en los teclados de sus consolas, mientras que Kim soltó una llamada que hizo que el capitán Gloval se acercara corriendo. Vanessa estaba encorvada sobre los controles del tablero de captación como si fuera una organista maniático.

-Treinta naves -dijo Lisa mientras Gloval trataba de darle algún sentido a las lecturas del monitor superior. Un esquema que mostraba la posición de la fortaleza en relación con la Tierra revelaba que una formación triangular de pintas enemigas había emergido desde atrás de la Luna y en este momento se encontraban en un curso de interceptación con la SDF-1.

-Treinta -dijo Gloval con confusión-. ¿Por qué, si tienen tantas bajo su mando? ¿Qué pueden estar planeando?

-Están llegando los estimados de TOA (tiempo de arribo) y DOA (dirección de arribo), señor -dijo Vanessa.

Gloval giró hacia el tablero de captación y se volvió hacia Lisa.

-Anuncia el acuartelamiento general. Lanza los Veritechs -Gloval se sentó en la silla de mando y exhaló con resignación cuando sonaron las bocinas de alerta por toda la nave.

Treinta naves -seguía repitiendo para sí mismo. No era un número arbitrario sino calculado de alguna forma. Lo cierto era que el enemigo se estaba comunicando con él, le ofrecía apenas este número de naves como broma. No eran suficientes para superar a la fortaleza, aunque bastantes para una pelea justa. ¿Entonces por qué experimentaba esa inusual sensación de pavor? No podía señalar la causa, pero comparaba esa sensación con las pequeñas advertencias que tu mente te transmite en el mismo momento en que vas a tener un accidente. Algo te dice "¡uy!" incluso antes de que cometas una acción, pero tu cuerpo se niega a escuchar y se abalanza hacia la catástrofe de forma irrevocable, obedeciendo leyes de causalidad hasta ahora desconocidas.

Gloval miraba fijamente la pantalla del monitor y observaba a las pintas del radar que se acercaban cada vez más a la fortaleza. Bueno, tenía todas las advertencias previas que se necesitaban, pero ni así podía soportar poner los pies en polvorosa.

¡Eso sí que sorprendería a esos bastardos zentraedis! -dijo para sí mismo. ¿Y si se negara a enfrentarlos... si sólo pusiera a la nave en

un curso de retirada? Se preguntó qué respuesta esperaban de él esta vez. Una vez más lo iban a forzar a elegir entre escudo y arma principal. O simplemente podía esperar hasta que el enemigo comenzara a atacar por sí solo, como había sido el caso en tantas ocasiones. Pero no, eso iría contra su entrenamiento.

Gloval decidió que simplemente esperaría a las naves de frente sin pensarlo dos veces. Fuerza bruta contra fuerza bruta, uno a uno. Pondría al Daedalus en acción si era necesario. Directamente eliminaría del espacio a las naves a los puñetazos, una tras otra, comenzando con ese brillante monstruo guía de la pantalla del radar. Sí, la SDF-1 comenzaría con ella: ¡un ataque supremo hacia el frente de la formación!

Rick todavía estaba recostado contra la pared curvada del Tazón de Estrellas cuando se dispararon las sirenas. Se unió a un grupo de pilotos VTs que salió corriendo del anfiteatro y detuvo un taxi. Todos se amontonaron adentro y le ordenaron al conductor que pisara a fondo el pedal y los llevara hasta el Prometheus.

El área del hangar era un estudio lleno de un caos controlado. Los pilotos corrían a sus naves poniéndose los cascos y ciñéndose las cintas de los arneses. Los controladores de vuelo dirigían a los Veritechs listos hacia las pistas y zonas de lanzamiento, mientras que los grupos de técnicos descargaban buscadores de calor desde las tarimas antigravitatorias y los fijaban en los pilones del tren de aterrizaje. Los camiones de suministros y los transportadores de personal chirriaban sobre el piso transportando a través de la locura a los contenedores de municiones y a los oficiales de catapultas, a veces casi perdiendo a uno que otro. El ruido de los gritos, los elevadores y los motores borraban los sonidos más suaves de los comunicados de radio, del descenso de las carlingas y de los rápidos latidos del corazón.

Rick se metió en el Skull Uno y tiró de las palancas e interruptores mientras se ajustaba las cintas y se ceñía al asiento. Las representaciones alfanuméricas de los HUDs y de los HDDs

cobraron vida y brillaron con fuerza cuando los sistemas se encendieron solos para autorevisar el estatus. Rick también se hizo una revisión, después pisó los pedales y se conectó con el microprocesador HOL, ordenándole al Veritech que se adelantara hacia el elevador. Tenía las manos puestas en el HOTAS -el llamado manos sobre acelerador y timón-, cuando Lisa apareció en la pantalla de comunicaciones del centro.

-Treinta naves extraterrestres se acercan desde la sección veinticuatro, Líder Skull, ¿me copia?

-Afirmativo, comandante.

-Estas no son avestruces, Rick. El radar muestra cruceros y furgones de batalla. Ningún meca todavía. Tus representaciones de evaluación de riesgo ya tendrían que estar registrando sus señales, ¿lo copias?

Rick giró hacia una de las pantallas laterales: revelaban a treinta bandidos en una formación en cuña.

-Lo copio, comandante -le dijo a Lisa-. Fijo y cargado; voy a salir.

-Rick, esto parece algo grande, así que ten cuidado, ¿está bien?

-No tienes que decírmelo -bajó su visor.

Rick hizo marchar al VT hacia delante ante la indicación de un controlador de vuelo y lo ubicó en uno de los elevadores. Completó sus revisiones mientras levantaban al caza hasta la cubierta de vuelo y lo estabilizaban para el enganche. Cuando el oficial de catapulta y su lanzador terminaron su trillada rutina, él comenzó con una propia.

Trajo una imagen de Roy Fokker al ojo de su mente y después una de Ben Dixon. Las retuvo por un momento y les permitió desvanecerse cuando apareció otra imagen. Minmei llenó sus pensamientos cuando catapultaron al VT desde la proa huracán del superportaaviones y lo lanzaron al espacio.

-Seis bandidos al alcance -gritó Rick en la red táctica-. Cambien a sus computadoras de apuntamiento y disparen a mi orden.

El espacio local estaba reducido a un cuadrículado en su pantalla delantera que señalaba los grupos de Veritechs asignados a cada sección. El Skull Uno lideraba una formación de cinco VTs en una de estas.

La muerte parcelada.

Los pods enemigos dispararon lanzando pulsos de fuego azul hacia la noche. Un Officer's Pod venía al frente -su señal intermitente estaba clara como el día en la pantalla de evaluación de riesgo de Rick- descargando fuego con las "manos-armas" y el cañón montado. Los Veritechs bailaban entre las líneas mortales. Sus propulsores los alejaban del camino del daño al mismo tiempo que los ruidosos Gatlings disparaban una respuesta.

-¡Mándenlos a casa, muchachos! -gritó Rick.

Encendió las toberas del VT para propulsarlo mucho más adelante frente al pelotón. Detrás de él, uno de los recién llegados recibió un tiro directo y se desintegró en una silenciosa esfera de fuego cegador. Otros dos cazas se abrieron de sus respectivos cursos y aceleraron para comenzar maniobras de flanqueo a cada lado del contingente enemigo. Las torretas de armas de los pods rotaron para encontrarlos sin ningún efecto, y los relámpagos estirados de los disparos se proyectaron hacia el vacío. Rompieron su formación y se separaron de a pares. Ahora las dos piernas colgaban detrás de ellos, los propulsores refulgían en rosa y blanco, y de sus cañones del peto salía fuego azul.

El Skull Uno lanzó seis misiles de punta roja en medio de ellos y cuando estos encontraron sus blancos los cielos se llenaron de lunas crecientes anaranjadas y pequeños soles. Los pods explotaron, murieron pilotos humanos y zentraedis, y la muerte aplaudía alegremente desde los laterales.

Era una situación caótica, los cohetes y los rayos pulsados de vez en cuando rayaban el espacio. Nadie estaba a salvo, nadie era inmune.

Breetai observaba la batalla desde su silla de mando dentro de la nave capitana, con Exedore a su lado con el rostro de piedra. El comandante de la flota estaba complacido.

-Hasta ahora están siguiendo su esquema de ataque usual.

Hacia la derecha de la burbuja de observación se encendieron

dos luces indicadoras. Breetai y Exedore giraron hacia ellas.

-Aquí Operaciones -dijo alguien desde las zonas de lanzamiento-. Se desplegaron todos nuestros Battlepods y mecas.

-Bien -respondió Breetai dirigiendo sus palabras hacia el comunicador-. Informe a todos los comandantes de los cruceros que quiero que ellos continúen en curso. Pero que se aseguren de permitir que la nave capitana mantenga la delantera.

-De inmediato, milord -fue la respuesta.

Breetai se levantó de la silla.

-Prepárense para disparar las baterías principales.

Unos puntos de luz azul cobraron vida sobre el frente de los cruceros; los estallidos de energía pulsada salieron como lluvia desde el frente de cada uno de ellos, metódicos como maquinaria de reloj.

Mientras tanto, los pods y los VTs seguían peleando ferozmente hasta el final. Rick se encontraba peleando contra ese Officer's Pod otra vez. El meca enemigo iba en ascenso haciendo brillar el propulsor que tenía entre las piernas, al mismo tiempo que intercambiaba disparos con el Skull Uno y sus naves escoltas. A popa y ligeramente a babor explotó un VT -una de las naves menos blindadas color marrón y blanco que piloteaba otro recién llegado. Rick guió al VT hacia arriba y sobre la andanada del enemigo, y encendió los propulsores laterales y del tren de aterrizaje; uno de sus escoltas lo siguió, pero lo marcaron y voló en pedazos. Cuando los disparos enemigos cesaron misteriosamente, se alejó del silencioso Officer's Pod y fue tras uno de los comunes. Ejecutó un Señuelo de Fokker, después hizo un giro y lo eliminó con disparos de Gatling mientras este flotaba estacionario en el espacio. El Officer's Pod detectó a Rick cuando completaba el movimiento y encajonó al Skull Uno entre rayas de fuego, desde las cuales emergió milagrosamente ileso.

Pero la SDF-1 no lo estaba pasando tan bien. Mientras los grupos VT la protegían exitosamente de los agujones de los mecas enemigos, la fortaleza recibía descarga tras descarga de las naves con forma de ballena del grupo de ataque que se acercaba rápidamente. Las armas erizadas dispararon líneas continuas de energía letal y las naves de guerra se acercaron a la SDF-1 como

monstruos de las profundidades del mar en un frenesí por alimento.

La enorme nave se sacudía violentamente. En el puente el capitán Gloval se aferró a los brazos de la silla de mando para lo que eso valiera. Las mujeres trabajaban febrilmente en sus estaciones; eran incansables e infalibles en sus obligaciones, por más que dieran algún grito ocasional.

-Están llegando los informes de daños, capitán -dijo Kim.

-¡Más tarde! -le contestó.

Claudia informó que los grupos Veritechs estaban sufriendo grandes pérdidas.

-¡Mantenlos desplegados lo más que podamos! -le gritó Gloval cuando una explosión sacudió el puente-. ¡Lisa, vamos a tener que usar al Daedalus para quitar esos cruceros uno a uno!

Lisa giró de su consola para indicar su entendimiento y después se estiró hacia arriba para tomar el micrófono que estaba colgado junto al monitor de arriba.

-En espera para lanzar al Daedalus cuando reciban mi orden -dijo.

Con líneas de luz que emanaban desde lo que parecían ser globos oculares y la insinuación de una boca que se elevaba en una sonrisa torcida, la nave capitana zentraedi seguía arremetiendo contra la fortaleza llena de propósitos siniestros. Grandes cantidades de Battlepods esperaban escondidos detrás de tabiques y parapetos de refuerzo erigidos rápidamente en su proa, parados sobre sus pies apezuañados y con las torretas de armas apuntadas y listas.

Dentro de uno de los pods los tres agentes recibieron la noticia del inminente contraataque microniano. Rico y Bron estaban parados sobre el asiento, cada uno ubicado en una de las palancas sobresalientes que controlaban al meca. Konda estaba abajo, cerca de los pedales. Bron sostenía un comunicador en la mano. A través de él se mantenía en contacto con el resto de los micronizados desertores en ciernes de la banda de Rico.

-¿Están listos? -dijo en el micrófono-. Nuestro momento ha

llegado.

-¡Hasta nuestra muerte o nuestro renacimiento! -dijo Rico como grito de aliento.

Los tres levantaron sus manos a modo de saludo mutuo.

-Una vez dentro de la fortaleza tendremos que ser cuidadosos - Rico se puso serio.

-El lugar incorrecto en el momento equivocado, y nos matarán... los micronianos o los zentraedis -previno Konda-. Tendremos que mantenernos fuera de la vista hasta el momento adecuado. En ese momento abandonaremos el pod y nos perderemos entre la gente del centro poblacional.

-Él tiene razón -dijo Bron mientras volvía hacia el micrófono-. Pasaré la voz.

El Anfiteatro Macross se sacudía y temblaba -no por los aplausos atronadores ni por el ritmo de la banda, sino por el golpeteo frenético de la guerra. La mitad de los 30.000 del Tazón de Estrellas habían salido corriendo hacia los refugios con las primeras sirenas de advertencia, y muchos más comenzaron a escabullirse cuando los sonidos de la batalla invadieron la nave. Pero un número sorprendentemente grande se quedó -en su mayoría aquellos que estaban guiados por el pasado, los desafortunados que seguían creyendo que Macross siempre sería inmune a los ataques.

Minmei estaba presentando una canción cuando se sintió la primera gran sacudida. Dio un grito cuando casi perdió el equilibrio y eso comenzó una ola de pánico en la audiencia. De repente los reaccionarios y los arriesgados lo pensaron de nuevo. La gente gritó con consternación y se levantó a medias de sus asientos como para conseguir una lectura general del nivel de miedo antes de decidirse a salir o a permanecer firme.

Kyle casi podía oler el pánico que amenazaba. Subió al escenario de un salto y corrió junto a Minmei.

-Minmei, tienes que seguir cantando -le dijo Kyle.

Momentos antes había estado observando la actuación de

Minmei desde bastidores, fascinado porque su simple presencia podía opacar la guerra. Y ahora vislumbró una forma de usar su poder para un buen provecho al arrullar a la audiencia para que volviera a la calma.

Ella giró hacia él con pánico en sus ojos y manchas de rimel corrido debajo de ellos.

-¿Qué? -dijo sin comprender.

-Dame eso -dijo él quitándole el micrófono de las manos-. Oigan todos, vamos a continuar el concierto, así que por favor tomen asiento. No hay razón para el pánico. Todos pasamos por esto antes. Así que por favor, cálmense y regresen a sus asientos. Minmei va a continuar con el espectáculo.

Otro sacudón estremeció la nave y el griterío aumentó. Minmei tenía las manos sobre sus oídos pero Kyle la sacudió por los hombros y le dijo que cantara.

-¡Con tu voz más fuerte! -le dijo.

Ella levantó la vista hacia él con los ojos abiertos de par en par y con aspecto de chiquilla, pero asintió con la cabeza.

-Ten coraje y canta -dijo Kyle con calma-. Tú puedes hacerlo.

Ella tomó el micrófono de mala gana y dio un paso adelante con las piernas temblorosas. Salió de la estrella de cinco puntas taraceada en el escenario y se contoneó en el borde. La banda tomó eso como un pie y le dio la introducción. Ella les indicó que aceleraran el ritmo y comenzó a cantar "Miedo Escénico" con fuerza. La gente volvió a sus asientos. Minmei giró y le guiñó a Kyle.

-¡Eres genial! -dijo él moviendo sólo los labios y le sonrió.

En el puente Lisa Hayes dio la orden. Con un poco de suerte la destrucción de la nave principal daría como resultado una explosión que eliminaría también a las otras.

En el espacio, el brazo derecho de la SDF-1 se echó hacia atrás y se lanzó hacia delante como si estuviera vivo...

Capítulo 10

Lo que usted no entiende es que la decisión del comandante Breetai de permitir que la SDF-1 se retirara estaba relacionada por completo con la tradición zentraedi de la guerra abierta, es decir, mover y contramover. Tenga por seguro que no fue un error táctico... Asimismo, es precisamente por esa misma razón que al comandante en jefe Dolza nunca se le ocurrió capturar al planeta Tierra a cambio de la nave de Zor. Pero a pesar de todo ustedes creen que esto es inconcebible. Entonces, ¿cuál de las dos razas es la más barbárica... la suya o la mía?

Exedore, como se cita en Entrevistas, de Lapstein.

La proa recubierta de acero del superportaaviones Daedalus atravesó de un puñetazo la nariz de la nave capitana zentraedi.

Fue un encuentro de proporciones míticas, digna de inclusión en esa especie de lista de batallas eternas -ángel y demonio, águila y serpiente, serpiente y dragón: un gigantesco caballero tecnológico de armadura brillante con su puño aferrado a la quijada de un Leviatán blindado del espacio profundo...

La placa de proa de sesenta centímetros de espesor del Daedalus se levantó y alejó del cuerpo de la nave haciendo gemir como protesta a sus enormes ejes montados. Unos servomecanismos ocultos se trabaron mientras que otros se destrabaron, los motores zumbaron y los acopladores hidráulicos sisearon en una sinfonía de mecanización. Un talud frontal de tres goznes se desplegó hacia el interior de la bodega de la nave zentraedi mientras que los Destroids liberaron un abanico de energía brillante en la panza del

transportador. Los espigones y los pilotes explotaron; las vigas y los puntales se derritieron por el calor infernal. Las cajas de suministros y los tanques de almacenamiento explotaron, llenando la esclusa con ruido de golpes y humaredas mortales. El armamento concentrado agujereó un tabique que estaba justo dentro de la brecha.

Los Destroids de armadura de aleación dorada comenzaron a descender por la rampa con sus láseres apagados. Eran los primeros productos de la Robotecnología, bípedos y casi tan altos como los Battloids, pero de aspecto algo voluminoso; tenían grandes pies cuadrados y cañones láseres que formaban los brazos esqueléticos. Siguiendo sus directivas programadas, las unidades de tres hombres se movieron hacia el interior de la bodega y tomaron posiciones para un segundo y más letal asalto. Pero no fueron lo suficientemente rápidos.

Los Battlepods saltaron repentinamente desde los escondites y abrieron fuego. Los rayos pulsados desgarraron las delgadas pieles de los mecas, derribándolos en sus lugares. Hubo intentos de devolver el fuego, pero pronto la situación fue más que irremediable. Superaban ampliamente en número a los Destroids y los sometieron fácilmente. Minutos después de que la escaramuza hizo erupción sus formas silentes quedaron amontonadas en la base de la rampa.

Después los Battlepods dieron vuelta los tantos, se dirigieron hacia la rampa y enfilaron hacia el Daedalus. Pero para ese momento la noticia de la derrota ya había llegado hasta el centro de mando del portaaviones y ya estaban retirando el brazo de la SDF-1, desgarrando los zarcillos de acero que los sistemas de defensa de la nave capitana le habían conectado para intentar sellar la brecha. Apenas hubo tiempo suficiente como para insertar un cuarto de los pods listos para la batalla. La rampa se plegó, se retrajo y se cerró con estrépito mientras los últimos pod saltaban torpemente hacia el interior de la bodega.

A los zentraedis no les habían dado ninguna orden precisa, excepto entrar a la nave microniana y ocasionar todo el daño que pudieran sin destruirla. La esperanza de Breetai era que por lo menos alguno de los pods llegara hasta el puente de la fortaleza y

efectuara la captura de los comandantes. Aparte de eso, los pods podían intentar incapacitar las tracciones reflejas de la nave.

Por otra parte, algunos de los soldados zentraedis tenían sus propias ideas.

Una vez dentro del Daedalus comenzaron a disparar a todo lo que tenían a la vista en una orgía de destrucción indiscriminada. Provisiones, mecas, vehículos y escuadrones de Gladiators quedaron eliminados. Los técnicos dejaron sus estaciones y tomaron las armas para combatir a los intrusos, pero ninguno vivió para dar detalles de la batalla. Los zentraedis disparaban hacia las torres de control y las estaciones de comunicación, incinerando sistemas y personal con igual indiferencia. Para el momento en que los pods llegaron a las galerías principales de la SDF-1 la zona de los hangares del portaaviones estaba completamente en llamas.

Todavía no tenían idea de adonde iban, pero a cualquiera le era muy fácil decir dónde habían estado. Un sendero de destrucción total salía desde el superportaaviones, seguía por el brazo derecho de la fortaleza y entraba en su corazón -en la propia Ciudad Macross. Los pods se movían desenfrenadamente por los pasillos de servicio extendiendo su reinado de muerte. Los rayos de furia desatados frieron a los técnicos con overoles; las manos temblorosas se estiraron débilmente para llegar a los teléfonos de los enlaces de comunicación y a los botones de pánico, pero raras veces los encontraron. Mientras tanto, los pods seguían su recorrida. Los zentraedi finalmente les estaban pagando a los micronianos con la misma moneda por los dos años de derrotas frustrantes. Los soldados de los mecas estaban tan envueltos en la venganza que ninguno de ellos notó la desaparición de varios de los suyos -un grupo de pods torpemente pilotados que curiosamente parecían renuentes a entrar en batalla.

La pierna del capitán Gloval se sacudía incontrolablemente mientras esperaba la respuesta de Lisa.

-Vamos, Lisa, vamos -dijo con la esperanza de acelerar la

emanación de datos.

Ella estaba curvada sobre su consola y sus dedos volaban sobre el teclado.

-No tengo ningún contacto con el Daedalus, señor. ¡Es como si no existiera!

Algo estaba muy mal. La proa geoide era verde oscuro de la nave de guerra zentraedi llenaba el mirador del puente, enorme y amenazadora. A Gloval le daba la sensación de que una ballena hubiera confundido al brazo derecho de su nave con un anzuelo gigantesco. Pero la colisión calculada no había salido como se había planeado. Sea cual fuere el armamento que soltaron los Destroids, no había sido suficiente para afectar al crucero. De hecho, la nave todavía se estaba adelantando rápidamente, arrastrando consigo a la fortaleza frente a ella. Y el puente había perdido contacto no sólo con el escuadrón Destroid sino también con toda la guarnición del superportaaviones.

-¡Echen hacia atrás a la fortaleza! -gritó de repente Gloval-. ¡Toda la potencia en reversa y reorganicen la energía del escudo!

Mientras Sammie y Kim retransmitían continuas ordenes a Ingeniería y Astrogación, la fortaleza comenzó a vibrar con un zumbido grave estable. Los motores estaban encendidos y engranados; después el fuego explosivo reprimido del corazón reflex hizo erupción desde los puertos de los propulsores pectorales, alejando a la fortaleza de su agresor y liberando al brazo Daedalus del prendimiento de la nave capitana.

Gloval exhaló un suspiro de alivio.

La fortaleza respondió con un resonar de bocinas y sirenas de alerta sin precedentes.

Claudia estaba en el enlace de comunicación; bajó el auricular y giró para enfrentar a la silla de mando con una mirada de absoluto terror convulsionando su rostro.

-¡Han entrado Battlepods enemigos en la nave a través del brazo ariete!

-¿El enemigo está a bordo? -los ojos de Gloval se abrieron de par en par.

Solamente una vez había sucedido esto, cuando un piloto zentraedi persistente le había dado caza al Veritech de Max Sterling

y había batallado brevemente con él en las calles cercanas al Hospital General de Macross.

-El Daedalus se está incendiando -continuó Claudia-. ¡Los pods están atacando Macross!

-¡Rápido! ¡Conéctanos con la red de defensa civil!

El capitán y su personal llevaron su atención al sistema de parlantes, confiando contra toda esperanza.

-Diez pods enemigos en la calle Lilac -dijo una voz horrorizada-. Estamos tratando de resis... ¡Ahhh!

-Soy del control del área B... parece que no podemos contenerlos, necesitamos ayuda...

...retirándonos de la entrada de la Décima Avenida. Estamos sacando nuestras...

-¡Apágalo! -gritó Gloval desde la silla. Dejó caer la cabeza y habló débilmente-. Que Dios nos ayude a todos.

Destroids, Spartans y Gladiators estaban esperando a los Battlepods cuando estos llegaron a las inmediaciones de Ciudad Macross. A aquellos residentes cansados de la batalla que todavía tenían que llegar a los refugios, el ataque les recordó a uno similar que sucedió dos años antes. Pero esta vez conocían a su enemigo. Esta vez sabían lo mucho que tenían que temer.

Los pods avanzaban por la calle decididos a nada menos que destruir todo, soltando fuego azul por sus armas superiores e inferiores y desparramando peatones aterrorizados debajo de sus pies apezuañados. Las explosiones lanzaron fragmentos de vidrio y acero hacia el aire artificial y abrieron agujeros en las calles, exponiendo cables de alta tensión y rompiendo conductos de agua. Llovían chispas eléctricas y los carteles de las tiendas colgaban peligrosamente de los techos fracturados. Las fachadas de los edificios caían y ardían, elevando nubes de polvo y humo espeso.

Un pod salió desde atrás de los restos de una tienda de ropas con sus dos cañones relampagueando para enfrentarse con un Gladiator ubicado al final de la cuadra. Una y otra vez intercambiaron disparos de fuego cegador hasta que tanto el pod como el meca explotaron, mientras que en otro lugar caían cohetes y las llamas se expandían. Un enorme cañón automático multicaño pasó por Bulevar Macross lanzando buscadores de calor tierra-aire contra los

mecas aéreos. La fachada llena de estrellas del cielo EVE estaba descubierta, revelando con todos los detalles los desnudos terrores de la guerra.

Pero no todos los pods estaban destruyendo. De hecho, algunos estaban saqueando las tiendas para llevarse recuerdos, hurgaban en cualquier cosa que pareciera intacta con los ganchos de amarre de los mecas y los guantes de pinzas. Dos de los pilotos captaron un sonido externo que era similar al "canto" de Minmei y ambos partieron en dirección al Tazón de Estrellas de Macross.

Allí adentro, Minmei todavía estaba en el escenario, atada a su audiencia por medio de una improvisada canción de letanía.

-To be in love... -cantaba ella sin acompañamiento.

-Stagefright, go away, this is my big day... -cantaban ellos.

Ella se aferraba firmemente al micrófono con ambas manos, aunque estaba segura de que se había cortado la energía. Pero su rostro no mostraba ningún temor. Kyle estaba rígido a su lado con los puños apretados, incitándola a que continuara. Según lo que ella podía ver, más allá del borde del anfiteatro la ciudad estaba envuelta en llamas apocalípticas; el espeso humo negro se elevaba hacia el techo de la bodega y una tenue lluvia parecía estar cayendo desde el sistema de recuperación de agua del techo. La energía eléctrica parecía haber mermado en la mayor parte del estadio. Los reflectores estaban apagados. La banda había huido. Y entre la audiencia, los que no estaban cantando estaban llorando. Parecía el fin del mundo.

Entonces, de repente, dos Battlepods aparecieron sobre los palcos superiores del anfiteatro apuntando sus cañones hacia el escenario y ella dejó caer el micrófono.

Kyle dio un paso adelante y lo levantó otra vez hacia su boca.

-Tienes que seguir cantando, Minmei. ¡Da todo lo que tienes!

Él la rodeó con su brazo y ella encontró el coraje para retomar donde se había detenido. La audiencia la siguió; ella creía que la habrían seguido a cualquier parte.

-Ahora no te preocupes -le estaba diciendo Kyle al oído-. Ellos no van a lastimarnos.

Y por un instante pareció que realmente sería así -como si los pods fueran parte de la audiencia-, hasta que un disparo de energía

azul brilló arriba y golpeó los límites superiores de la cúpula del escenario. Ninguno de los pods lo había lanzado; en realidad era una bala perdida que vino desde afuera del anfiteatro, pero no había gran diferencia. La multitud entró en pánico. Y lo peor fue que el tiro había desprendido uno de los grandes reflectores del techo. Por un segundo pareció que no iba a caer. Entonces algo chasqueó y cedió, y este se desplomó.

Kyle lo vio en el último segundo y se movió para cubrir a Minmei. Tuvo éxito a la perfección y recibió toda la fuerza del impacto en la espalda. El reflector los tiró a los dos violentamente al piso.

Afuera de la fortaleza las cosas no iban mucho mejor. La SDF-1 había logrado poner algo de distancia entre ella y las naves de guerra zentraedi, pero continuaban las furiosas batallas espaciales. Rick estaba trabado en el equivalente vacío de un movimiento de tijera con el Officer's Pod que lo había estado persiguiendo desde el comienzo. Cada vez que trataba de frenar o de eludir, el pod se pegaba a su cola soltando disparos de cañón. Y aquí estaba Lisa en la pantalla de comunicaciones de la derecha tratando de llamar su atención. Afortunadamente Max había estado controlando la red de comunicación aérea y se acercó para darle algo de alivio a Rick. Sterling se acercó por debajo del Officer's Pod y lo ahuyentó con Stilettos; Rick se alejó de la cercana arena de batalla y siguió hablando con el puente de la fortaleza por medio de la red.

-¿Dentro de la nave? -repitió con descreimiento.

-Están destruyendo todo, Rick -reafirmó Lisa-. ¡Regresa a la base de inmediato!

¡Minmei! -gritó internamente Rick.

-Lisa, ¿han atacado el anfiteatro? ¡Tienes que decírmelo!

-No tengo un informe de estatus, Rick. Sólo vuelve aquí enseguida.

Max apareció en la pantalla izquierda cuando ella se desconectó.

-Estoy con usted, comandante -dijo Sterling-. Lo seguiré a casa.

Que era más fácil decirlo que hacerlo.

Los dos Veritechs primero tenían que navegar una red de disparos pulsados trazada por el Officer's Pod y sus tres naves escoltas, y después dirigirse a través del continuo bombardeo que recibía la fortaleza por parte de las naves de guerra enemigas. Rick se contactó con el puente y le pidió a Lisa que se encargara de que uno de los atracaderos ventrales de la SDF-1 estuviera abierto para que ellos entraran. Ir a través del Daedalus o del Prometheus no sólo habría sido una ruta más larga hacia Macross, sino también una más peligrosa. De hecho, nadie había pilotado jamás un VT a través de los brazos de la fortaleza.

Rick ensayó sus movimientos mientras se acercaba a la esclusa de aire. Visualizó un mapa de las calles de la ciudad y comenzó a trazar un curso, casi como si estuviera permitiendo que el meca se familiarizara con el plan.

El Skull Uno y el Skull Dos arremetieron hacia la fortaleza sin darse cuenta de que cuatro Battlepods los habían seguido hacia el interior, con el Officer's Pod de Khyron a la cabeza.

Miriya estaba tan sorprendida como cualquiera de ver mecas zentraedis en las calles de Ciudad Macross y quizás era la única persona con vida en esas calles en este momento. La mayoría de los micronianos habían llegado a los refugios mucho tiempo atrás, pero muchos permanecieron en el anfiteatro para presenciar el funcionamiento de cierta clase de sistema de armamento psicológico. Por alguna razón desconocida, los Battlepods habían elegido concentrar su poderío allí, y como consecuencia, los micronianos habían sufrido muchas pérdidas personales. Además, los pods habían devastado la mayor parte de la ciudad circundante. Los incendios seguían ardiendo, se podían escuchar explosiones por todos los barrios y desde el techo de la enorme bodega caía una continua lluvia de rescoldos, hollín y escombros.

Miriya había sido uno de aquellos que permanecieron al descubierto en el anfiteatro. Había seguido al guerrero microniano

pelilargo desde el momento en que la población había acudido en masa a honrarlo a la transmisión trans-vid de sus grabaciones de batalla. Era probable que la hembra guerrera que se veía en esas trans-vids fuera la misma que había atraído semejante seguimiento fanático hasta el anfiteatro. Los ruidos vocales que ella emitía eran desagradables; habían hecho que Miriya se sintiera debilitada e incómoda, ¡igual a como se había sentido cuando reconoció que la hembra guerrera era de alguna forma la consorte del macho pelilargo!

Hasta hacía unos momentos Miriya había estado convencida de que el guerrero macho era el que la había derrotado en batalla, pero algo ocurrió que alteró su forma de pensar. Vio que un aparato de iluminación lo había aplastado, y cuando ella bajó por el pasillo hacia el escenario divisó un caza microniano de franjas azules que se movía rápidamente por arriba. Segura de que había reconocido al meca, salió hacia las calles devastadas para observar al piloto de esa nave entrar en acción contra los aliados de ella.

Mientras ella observaba fascinada desde su escondite el caza reconfiguró a modo bípedo. El piloto estaba a punto de poner en acción su Gatling. Rodeado por pods, se retorció y bajó a uno del aire; después giró y eliminó a un segundo que había aterrizado detrás de él. Utilizó el impulso que ganó al evitar ágilmente la ráfaga del propulsor de pie del pod que explotó para apuntar sobre un tercero bien ubicado. Pero otro pod pensó erróneamente que la altura sería ventajosa y despegó, haciendo brillar los propulsores de los pies y disparando las armas superiores. Pero el microniano movió a su meca en un encogimiento y giro bellamente ejecutado, y se levantó disparando cuando el pod se asentó junto a él. Otra vez el tonto piloto zentraedi trató de saltar y disparar, pero el as azul ya había decretado su destino: levantó la boca de su cañón mientras los relámpagos golpeaban a su alrededor, disparó y agujereó al pod con un tiro que pasó justo por el ventanuco frontal. Cuando el meca voló en pedazos en medio del aire, el microniano partió en busca de mayores desafíos.

Miriya estaba deprimida por el pobre desempeño de los pilotos zentraedis -¡no era de sorprenderse que las tropas de Breetai estuvieran perdiendo!-, pero estaba alborozada por haber

descubierto al fin al objeto de su larga búsqueda. Ahora simplemente tenía que hallarlo y enfrentarlo.

En otro lugar de Macross, Rick también asentó al Skull Uno en modo Guardián y reconfiguró a Battloid, abriéndose camino a los tiros hacia el área del Tazón de Estrellas donde la pelea era más densa. Se lanzó por las calles que conocía tan bien y se acercó al anfiteatro. Acababa de bolear literalmente a dos Battlepods estacionarios cuando Max lo contactó por la red táctica.

-¿Qué tan mal está el lugar donde te encuentras? -quiso saber Sterling.

Rick hizo un paneo con sus cámaras externas por el paisaje citadino en llamas para evaluar la escena: ningún frente de edificio quedaba ileso -¡daba la sensación de que algunos de ellos los hubieran saqueado! Las calles estaban desgarradas por las explosiones y los pies en forma de pezuña de quién sabe cuantos mecas enemigos. El "cielo" de EVE había recibido una paliza -de hecho, la mayor parte había caído-, y pocos de los fuegos mortales estaban bajo control.

-Es peor de lo que pensé, Max -continuó Rick en la red.

-¿Referido a algún civil?

-Ninguno que yo pueda ver -contestó Rick, pidiendo un acercamiento de los detectores-. Parece que la mayoría de ellos logró entrar en los refugios.

La estática chasqueó a través de los parlantes del Skull Uno.

-Lo mismo aquí. ¿Cuál es tu próximo movimiento?

-Yo voy a inspeccionar el Tazón de Estrellas. Veré que todo el mundo haya salido bien de allí.

-Minmei...

-Correcto, Max.

-Está bien, Líder Skull, voy a desconectarme. Me encontraré con usted en el Tazón de Estrellas. Cambio y fuera.

Rick respiró profundamente y se relajó hasta el estado alfa. Golpeó duro los pedales y comenzó a pensar al meca para que

trotara. Unas enormes explosiones hicieron erupción detrás de él cuando se puso en movimiento con el Gatling en la mano derecha del Battloid, mientras que la izquierda enguantada en metal sostenía el caño para agregar estabilidad.

Giró en una esquina a buena velocidad y corrió directamente hacia el fuego pesado. Varios pods habían tomado los techos y le lanzaban rayos azules a todo lo que se movía. Más allá, un pod asentado sobre el suelo recibió un golpe en la espalda y cayó cuando Rick se acercó. Los disparos desde los techos impactaban a su alrededor, por lo que se vio forzado a hacer saltar hacia el costado de la calle al Skull Uno; cuando realizó una rodada doble abrió el brazo derecho para hacer contrapeso. La boca de su Gatling se levantó antes de que completara el movimiento, justo a tiempo para chamuscar la pierna derecha de un pod que había saltado desde el piso superior. El meca enemigo rodó sobre su espalda soltando fuego de lo que quedaba de su pierna y explotó.

Mientras tanto, Rick se volvió a poner de pie y reasumió su paso. Pero a menos de cincuenta metros un pod salió de las sombras de la entrada de un edificio de departamentos y casi tuvo éxito en estacarlo. Rick lo vio en el último minuto y lanzó al Battloid como un gran saltador sobre los relámpagos cegadores de los disparos del cañón. Abrió fuego con el Gatling mientras giraba en una rodada frontal y atrapó al pod entre las piernas, levantándolo de la calle con las balas transuránicas antes de que explotara en pedazos como una bola de fuego naranja y violeta.

El Skull Uno cayó fuerte contra su espalda con el arma humeante todavía aferrada firmemente en su mano derecha.

Dentro de la cabina Rick sacudió su cabeza para despejarla y terminó mirando fijamente hacia un gran agujero en la bodega y hacia dos pods más en los techos que lo apedreaban con disparos. Pensó a su meca en una rodada y girando hacia la derecha, lo que al final lo llevó a una posición de rodillas con la boca levantada y armada. Apretó el dedo del gatillo del HOTAS, levantando la mano izquierda del meca para que sostuviera la sección delantera del Gatling. La calle tembló cuando los misiles de cabeza explosiva se clavaron dentro del área que lo rodeaba.

Rick disparó a diestra y siniestra a los pods sin aparente efecto,

haciendo que el arma chisporroteara y se sobrecalentara en el puño del Battloid. Después esta falló por completo. Pero tras un momento de quietud los pods cayeron de cabeza desde sus puestos sobre la cornisa del edificio. Cayeron fulminados a ambos lados del Skull Uno acarreado fuego.

-¡Minmei! -gritó Rick mientras pensaba a su Battloid de pie y seguía su arremetida hacia el anfiteatro.

Capítulo 11

No puedo imaginarme lo que él estaba pensando cuando me tomó así, sosteniéndome los brazos e imponiéndose sobre mí. ¿Por qué todos ellos tienen que enamorarse de mí? ¿Por qué todos necesitan poseerme y controlarme? ...En todo lo que podía pensar era lo que había sucedido el jueves, cuando Kyle me salvó de caer en uno de los canalones de la transformación modular, y yo levanté la vista y vi el rostro de Rick en lugar del de él.

Del diario de Lynn Minmei.

A kiss is just a kiss (Un beso es sólo un beso)

Letra de una canción de mediados del siglo XX.

Khyron y seis de sus mejores pavoneaban sus pods por la calle Main eliminando a lo que quedaba de los Battloids y Gladiators de la patrulla de defensa civil. El Traicionero no podía haber estado más feliz. El centro poblacional de la fortaleza estaba en llamas, los mecas zentraedis sobrepasaban a los pocos focos de resistencia que quedaban y pronto iban a asegurar el corazón de la nave. Era sólo una cuestión de tiempo antes de que se movieran contra los centros de mando de la nave.

-¡La victoria será mía! -gritó dentro de su Officer's Pod.

Pero estaba por ocurrir algo que a Khyron le quitaría esta falsa apoteosis, algo que le daría un nuevo significado a su apodo...

-¡Destruyan todo lo que esté a la vista! -le ordenó a sus tropas-. ¡Esta vez podemos hacer cualquier cosa que queramos!

Dos Battloids aparecieron de repente en la distancia; habían tomado posiciones a cada lado de la calle a unas cuantas cuadras más allá y se asomaban por detrás de los edificios dirigiendo disparos pulsados de cañón contra el metódico avance de Khyron. Pero el comandante zentraedi ni siquiera detuvo su paso; los eliminó a ambos de forma despreocupada disparando con sus manos-armas.

Estaba comenzando a aumentar algo la velocidad cuando tres Battlepods se cruzaron en su camino desde una calle lateral perpendicular con un obvio propósito en mente. Khyron le hizo señas a sus propias tropas para que se detuvieran y abrió su enlace de comunicación con estos pods distraídos.

-Esperen un momento -dijo con la voz llena de sospecha y dando un paso adelante-. En nombre de Dolza, ¿a dónde van ustedes tres? ¡Contésteme de inmediato!

Los tres pods se detuvieron y giraron hacia él. Los saludos vocales y los sonidos de sorpresa llegaron por la red.

-¡Respondan! -repitió Khyron.

-Tenemos esperanza de encontrar a Minmei, comandante -dijo uno de ellos después de un momento.

-¿Minmei? -dijo Khyron con perplejidad-. Nunca escuché de un Minmei. ¿Cuáles son sus capacidades de balística?

-Ella no es un misil, señor -dijo otro-. ¡Ella es una hembra microniana!

De repente los tres se rieron con deleite. Varios de los otros pods habían salido de sus escondites a los costados de la calle para observar la conversación.

-¡La criatura más increíble del universo!

-Tenemos que conocerla en persona: escucharla cantar...

-¡Silencio! -los interrumpió Khyron.

Los pods se cuadraron de inmediato pero la risa acallada continuó. Khyron entrecerró los ojos.

Así que los rumores que informó Grel eran ciertos -dijo para sí mismo-. Deserción: es inaudito.

La voz de Khyron dejó caer una amenaza cuando volvió a hablar.

-Presumo que ustedes planean decirme de qué se están riendo.

-Lo siento, milord -respondió uno de ellos tratando de sofocar su risa, aparentemente sin darse cuenta de que Khyron estaba moviendo una de sus manos-armas para apuntar sobre él-. Es sólo que estoy tan cautivado por la alegría ante la posibilidad de encontrar a Minmei...

Khyron disparó una vez; su bala entró a la cámara del piloto a través del ventanuco central y explotó.

-¡Se volvió loco! -Khyron escuchó que decían en el enlace de comunicación mientras los pods corrían para ponerse al cubierto-. ¡Corran, corran!

-¡Deténganse! -les ordenó. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que hasta los miembros de su propia unidad superior lo estaban abandonando-. ¡Todos ustedes, vuelvan!

Khyron puso a su pod en modo Persecución machacando con los pies apezuñados sobre las calles de la ciudad.

Ninguno de ellos vivirá para ver el final de este día -se prometió a sí mismo. Ya tenía a uno de los desertores centrado en la retícula de su cañón superior.

-¡Vuelva aquí, soldado, y enfrénteme como un zentraedi! ¡No puede huir de mí por siempre!

-Lo siento, milord -fue la humilde respuesta en la red-, pero yo... yo no puedo explicar la alegría que siento de estar entre los micronianos.

-¿Qué? -gritó Khyron-. ¡Nunca había escuchado algo tan loco en mi vida! Estas completamente loco, ¿me escuchas? ¡¿Me estás diciendo que preferirías estar con ellos?!

Khyron escuchó una exclamación de temor pero ninguna explicación. Sacudió la cabeza deliberadamente y pronunció la sentencia mientras continuaba la persecución.

-Entonces bien, mi pequeño amigo, me temo que debo ocuparme de ti de la misma forma en que lo hice con tu compañero.

La mano-arma derecha del Officer's Pod disparó una sola vez. El pod recibió el golpe en el trasero, se elevó como propulsado por fuego y explotó dejando despejada la calle.

Khyron disparó una y otra vez mientras perseguía a los Battlepods a través de las calles en ruinas de la ciudad nocturna.

Minmei reunió su fuerza, tironeó una vez y se las arregló para arrastrarse y salir de abajo del peso muerto de Kyle. Se sentía golpeada y lastimada, y su túnica roja estaba en un estado lamentable. El enorme reflector cilíndrico que había golpeado a su primo estaba a varios metros de distancia tumbado sobre su costado en medio de fragmentos de yeso, trozos de plástico y otros pedazos de escombros caídos. El anfiteatro parecía estar desierto, pero a la distancia parecía haber fuego y humo espeso, sonidos de sirenas y explosiones.

Comenzó a acomodarse otra vez los cabellos rebeldes en su arreglo en forma de rodete mientras se preguntaba cuanto tiempo había estado inconsciente. Kyle gimió y ella se acercó para ayudarlo a ponerse de pie y llevarlo hacia los bastidores donde ambos se sentaron. Él respiraba fuerte y tenía un corte en su frente. Minmei tomó un pañuelo de su bolsillo y lo aplicó sobre la sangre.

-Lo haré mejor -dijo cuando Kyle volvió en sí, y comenzó a hacer morisquetas para beneficio de él. Se puso bizca, sacó la lengua, estiró sus mejillas, hizo sonidos extraños y en un minuto lo hizo reír.

-Ya. Todo mejor -anunció con un tono maternal acariciando el rostro de él con el pañuelo.

De haber estado menos preocupada por lo que en realidad era una herida insignificante, tal vez habría notado la mirada que comenzó a surgir en sus oscuros ojos y habría podido evitar la penosa escena que siguió.

Kyle estaba tan acostumbrado a cuidar de sí mismo que las atenciones de Minmei lo abrumaron. En su estado todavía débil encontró que sus sentimientos por ella eran confusos, pero innegablemente intensos. Ella era mucho más fuerte de lo que él había pensado posible, tan talentosa, una presencia tan sorprendente en el mundo desequilibrado que habían habitado juntos...

Por eso expresó estos pensamientos y sentimientos de la única forma que conocía: se acercó a ella y la besó de lleno en la boca.

Estaban arrodillados frente a frente en el escenario; estaba

oscuro y él tal vez no vio que los ojos de ella se abrían con confusión y temor -o tal vez simplemente no le importó. Quizá malinterpretó de alguna forma los intentos de ella por alejarlo. Pero es más probable que él sujetara sus brazos con la esperanza de que su amor por ella pudiera silenciar sus temores de la misma forma en que su boca sofocaba sus protestas. Necesitaba hacer que ella entendiera cómo se sentía. Una vez que ella lograra entender sus necesidades seguramente se entregaría libremente a él...

Pero al final Minmei lo empujó y le dijo en términos nada inseguros que nunca volviera a hacer eso.

Kyle no entendía.

Y tampoco Rick, que había llegado al anfiteatro a tiempo para presenciar el beso, pero que dio vuelta al Battloid demasiado pronto como para ver el rechazo.

Habían conectado los gráficos computarizados del comando de defensa civil al puente de la fortaleza. Una vista de pájaro esquemática de las calles de la ciudad que mostraba el despliegue de la DC y las tropas enemigas llenaba la pantalla del tablero de captación. Gloval y su tripulación habían evitado ver la grabación del devastador ataque, pero no requería mucha imaginación visualizar los horrores que estaban azotando el lugar. Estos eran lugares y calles conocidos de su mundo, así como lo eran el puente y la base. Todas las heridas infligidas allí afectaban a toda la fortaleza. Lo que le sucedía a uno les sucedía a todos.

Gloval no era un hombre realmente religioso a pesar de lo que sus expresiones verbales pudieran sugerir. Pero más de una vez durante los pasados dos años de guerra casi había encontrado alguna clase de inteligencia divina, mediadora y benevolente, funcionando en el cosmos. Y la mayoría de las veces fueron los repentinos e inexplicables cambios de idea de los zentraedis los que habían dado lugar a aquellas revelaciones teológicas. En este momento el capitán estaba en medio de una de ellas. Parado inmóvil detrás de la silla de Vanessa y mirando sin comprender los

nuevos movimientos de las tropas de la pantalla.

-Las acciones del enemigo se han vuelto completamente caóticas -dijo Vanessa confirmando lo obvio.

-Lo veo... -Gloval asintió con la cabeza lentamente-. Lo veo... no lo creo, pero lo veo.

En un principio parecía que el comando zentraedi sólo estaba relajando su marcha metódica y permitiendo a sus fuerzas que se dispersaran -que saquearan, desvalijaran o efectuaran cualquier cosa que hicieran estos gigantes en las ciudades micronianas. Pero en un examen más cercano el tablero reveló que ciertos pods estaban persiguiendo... sometiendo a otros. Un pod en particular - un Officer's Pod de acuerdo con su señal esquemática- los estaba destruyendo. Gloval dejó que su mente vagara rápidamente por las posibilidades: estaba la teoría de Lisa sobre las dos facciones, un cisma en el alto mando zentraedi; la posibilidad de que algunos de los pilotos VT hubieran requisado varios pods. Y después estaba... Dios. Cuando giró para enfrentar a Lisa y Claudia, Gloval decidió que tal vez cualquiera, o todas ellas, al final representaban a Dios.

-Alerten a todos los grupos auxiliares para que se reúnan y se aseguren en los sectores siete, nueve, diez y once. Tenemos que encajonar a los pods cerca del anfiteatro de Macross -Gloval observó el tablero brevemente y agregó- Vean si pueden comunicarse con el Escuadrón Skull y averiguar su posición.

Lisa se puso a trabajar llevando a cabo las órdenes del capitán. Las escuadras Brown, Índigo y Green estaban tomando posiciones cerca del anfiteatro cuando ella finalmente logró contactar al Líder Skull. Había pasado mucho tiempo desde que Rick se comunicó por radio y ella estaba aliviada y enfurecida de igual forma cuando él se conectó.

-Ahhh, lo siento, comandante -él sonaba distraído y distante.

-No has estado reportándote, Rick. ¿Dónde estás? ¿Qué está pasando?

-Ellos están aquí -contestó con tristeza, dando vuelta la cara de la cámara de la cabina-. Kyle y Minmei. Envía un grupo de rescate al anfiteatro.

-¿El anfiteatro? -dijo con alarma-. ¡Rick, tienes que sacarlos de allí!

Rick no dijo nada.

-¿Los han herido, Rick? Contéstame. ¿Le ha sucedido algo a Kyle?

Lisa vio que el se estiraba hacia el interruptor de corte y un segundo después las señales de la pantalla del monitor en el puente se convirtieron en diagonales de estática.

El Skull Uno le dio la espalda al beso de los amantes; acongojado, el Battloid se alejó de los palcos del anfiteatro con la cabeza baja y los brazos colgando a los costados, interrelacionándose y reflejando las emociones de su piloto.

Rick se sentía tan devastado como la propia ciudad, furioso consigo mismo por espiar y al mismo desconsolado por el resultado. Había sido mucho peor que ese tierno beso cinematográfico que lo había irritado tanto.

¿Cómo pudo hacer eso? ¿Cómo pudo haberle sido tan descaradamente infiel?

No había ni rastro de ironía en su voz interior. Quería sentirse traicionado con desesperación y planeaba darle un buen uso a la ira que brotaba de la herida.

Max Sterling lo estaba esperando en el portón de salida.

-¿La encontraste? -le preguntó Max por la red.

-¿Encontrar a quién? -le espetó Rick como respuesta.

-A Minmei, colega. ¿Ya está en el refugio?

Rick casi levantó la boca de su cañón contra su amigo.

-Ella es sólo una persona a bordo de esta nave, Max, ¿entiendes eso? Mi trabajo es defender la SDF-1, nada más.

-Seguro -dijo Max alejando un poco su Battloid-. Entonces estarás feliz de enterarte de que tienes un montón de trabajo que hacer. DC ha arreado al enemigo directamente sobre nuestra falda.

Rick zapateó sobre los pedales dentro del módulo de la cabina y preparó el cañón Gatling.

-Entonces vayamos a atraparlos -le dijo a Max.

Había ocho Battlepods esperándolo en las calles destruidas y en los techos en llamas. Los recibió con un asentimiento, levantó el cañón, rugió un desgarrador grito de guerra y se lanzó en medio de ellos exhibiendo de forma prominente la calavera y las tibias cruzadas.

Los pods descargaron disparos hacia la calle y descendieron sobre él como rabiosas aves de presa. Corriendo precipitadamente hacia una lluvia horizontal de muerte azul, Rick mantuvo el Gatling al nivel de la cintura y descargó ráfagas cauterizantes contra las naves enemigas. Recibió disparos que su mente se negó a sentir y eliminó un pod galopante tras otro. Las explosiones reencendieron la noche artificial.

Se lanzó hacia la derecha cuando un pod se hizo al aire y lo bajó de un tiro, ahora con las dos manos en el cañón y pregonando su grito de guerra todo el tiempo. Se retorció hacia la izquierda, arrancó las piernas de un segundo y le disparó al ventanuco de un tercero. Su sed de sangre estaba lejos de disminuir, ni siquiera cuando el Gatling se vació: se acercó para usar el cañón como garrote. Cuando perdió eso, siguió peleando mano a mano.

Del otro lado del pueblo seis pods se hacían los muertos.

La compuerta de doble gozne de uno de ellos se abrió y tres pequeños rostros se asomaron. Todavía se podían escuchar las explosiones a la distancia, pero por lo que parecía, la pelea era esporádica y estaba mermando.

Gracias a Khyron los micronianos habían podido arrebatar la victoria de las mismas fauces de la derrota; sus tropas estaban finiquitando lo que el oportuno escape de la fortaleza del Traicionero había dejado inconcluso. Pero los zentraedis micronizados que estaban dentro de estas esferas intactas no tenían nada de que quejarse de él. Muy por el contrario: en realidad, ¡gracias Khyron!

Rico, Bron y Konda bajaron a la calle con cuerdas que lanzaron desde la cabina. De haber estado al tanto de la costumbre microniana, de seguro se habrían arrodillado y ofrendado un beso. Otros zentraedis comenzaron a seguir su ejemplo y pronto todo el culto estuvo reunido.

Estos seis pods se las habían arreglado para mantenerse juntos desde el asalto; se habían abierto de la fuerza de ataque principal

justo antes de que la destrucción del centro poblacional comenzara. Por eso habían pasado por la batalla relativamente ilesos, pero la mayor parte de sus compañeros desertores no habían sido tan afortunados. Muchos pods, algunos de los cuales contenían zentraedis micronizados, habían sido bastante desafortunados como para cruzarse en el camino del comandante Khyron. El diabólico lord del Batallón Botoru había impuesto el castigo en el acto. No había forma de adivinar cuántos soldados había ejecutado; pero cuando el rumor se esparció entre de las filas, muchos abandonaron sus esperanzas de reasentamiento entre los micronianos y escaparon hacia el espacio.

Hubo murmullos de desilusión y arrepentimiento cuando los afortunados comenzaron a mirar alrededor de su paraíso. Uno de ellos había encontrado en la vereda una muñeca Minmei de treinta centímetros de alto que tenía su túnica roja bordada desteñida y rasgada. La sostuvo tristemente con ambas manos.

-¿Qué le pasa? -preguntó uno de sus compañeros-. ¿Por qué no está cantando?

-Parece que la hemos dañado.

-Esa muñeca no es la única cosa que hemos dañado -dijo Karita señalando en general hacia sus alrededores.

-¿Quieres decir que se supone que no debe lucir así?

Bron se interpuso y tomó la muñeca.

-Karita tiene razón. Este centro poblacional una vez fue hermoso y pacífico.

-Los micronianos saben como reparar las cosas -agregó Konda.

-¿Entonces ellos reconstruirán todo esto? -preguntó con esperanza Karita.

-Ellos conocen los secretos de la Protocultura -Rico asintió con la cabeza.

Esto provocó sofocones de sorpresa por todo alrededor, hasta de los zentraedis micronizados que no tenían conocimiento de la palabra, pero que sabían lo suficiente como para reconocerla como un arcaísmo de la elite de mando.

-¿Pero qué hacemos ahora, Rico? Si los micronianos nos descubren nos ejecutarán por nuestras acciones contra la fortaleza.

-Sí, ¿ahora qué? -dijeron los otros.

Rico pensó por un momento.

-Hay un microniano que estaba tratando de convencer a todos de que había que detener la guerra... el que les señalé durante las trans-vids de la batalla que vimos. Él hablaba de la paz todo el tiempo.

-¿Qué es "paz"? -preguntó uno de los clones, pero los otros lo callaron.

-Continúa, Rico.

-Bueno, creo que nosotros deberíamos entregarnos al alto mando microniano. Les diremos que hemos venido en nombre de la paz.

Capítulo 12

Recuerdo que mis padres me contaban sobre un popular centro de entretenimiento que existió antes de la Guerra [Gloval] El lugar se llamaba EPCOT y estaba ubicado en el sudeste panamericano, en lo que en aquel momento llamaban estado de Florida. Allí podías caminar o pasear a través de cualquier cantidad de pabellones, cada uno representando la arquitectura y la cultura de su nación de origen. Pop estaba fascinado por la exposición mexicana. Aparentemente, una vez que estabas dentro del edificio sentías como si en verdad estuvieras en el antiguo México -asumiendo, claro, que estuvieras de acuerdo en entregarte a las ilusiones de los inventores. Un mercado, una pirámide antigua, hasta un volcán en erupción -todo bajo un domo crepuscular lleno de aromas fragantes. Pop estaba tan encariñado con ese pabellón que volvía una y otra vez. Y un día, para su gran decepción posterior, le permitieron entrar antes de que esas ilusiones estuvieran a en marcha. Porque sin ese cielo brillante ni esa brisa suave y fresca se dio cuenta en donde estaba: dentro de un ambiente creado por humanos. Y de esta manera se sintieron los civiles de la fortaleza dimensional cuando dejaron los refugios después del ataque zentraedi. Era demasiado claro que estaban dentro de una nave espacial extraterrestre; Macross había cambiado para siempre.

*Recopilación de los registros del almirante Rick
Hunter.*

El alcalde Tommy Luan fue uno de los primeros en dejar los refugios. De inmediato comenzó una gira de inspección por Macross que para el final del día no había dejado a la proverbial piedra sin voltear. Pero cada paso que dio resultó ser un tormento.

Los incendios se habían extinguido y el espeso humo manaba a través de las enormes esclusas exteriores, pero el aire todavía apestaba a metales y plásticos fundidos. Los miradores y las ventanas de la bodega (las llamadas luceras) estaban cubiertos con el mismo tizne resinoso que parecía haberse asentado sobre todas las superficies horizontales de la ciudad. Las calles estaban bacheadas, agujereadas y destruidas, llenas de agua que brotaba de los conductos del subsuelo y del techo. Los líquidos cloacales reciclables del devastado sistema de mazmorras se habían acumulado aquí y allá, o habían volado por el aire para adherirse a señales de tránsito y edificios. Parecía que no había un trozo de vidrio entero en ningún lugar; los fragmentos se esparcían por las veredas, los vestíbulos, los interiores de oficinas y hogares. Uno podía tropezarse con piezas de restos mecánicos en los lugares más insólitos: la parte de un auto aquí, la pierna de un Destroid por allá, el dedo de un Battloid incrustado en una pared... Quizás lo peor de todo eran esos agujeros en el cielo.

Los residentes ordenaban el desastre como zombis tratando de localizar fragmentos de sus vidas pasadas, mirando aturdidos las paredes que ya no abrazaban un hogar, caminando penosamente de un lado al otro gritando los nombres de los desplazados, los desaparecidos y los muertos -de los que por milagro hubo pocos.

La mayor parte de las víctimas se habían registrado en el área que rodeaba al anfiteatro, el cual sin duda había visto lo peor de la batalla. El Tazón de Estrellas no iba a albergar un concierto por mucho tiempo y los edificios adyacentes quedaron irreparables. Aquí había claras evidencias de la batalla: las silenciosas corazas de pods y Gladiators todavía estaban entrelazadas en posturas de monumento de guerra, misiles sin detonar sobresalían de los frentes de las tiendas, los cráteres eran realmente inconmensurables.

Pero el anfiteatro de Macross no fue el único punto que se había golpeado. El Hotel Centinela había colapsado como un suflé y la pasadera cercana estaba en ruinas. Numerosos pilones de la línea de

monorraíles habían caído; los carteles de calles y tiendas estaban en el suelo. Gran parte del parque central de Macross se había quemado -el único "fuego viviente" que presenciaria la SDF-1. La energía eléctrica estaba cortada en muchas secciones.

Macross era una zona de desastre.

Pero Tommy Luan ya se estaba arremangando las mangas de su camisa y poniendo las cosas en orden.

-Por otro lado, hay muchas cosas por las que estar agradecidos - le dijo a la población desde un podio improvisado sobre el bulvar, no lejos del Teatro Fortaleza.

Habían vencido a los extraterrestres. Es cierto, ellos habían arrasado con gran parte de la ciudad, pero no habían penetrado ninguna de las áreas de mando de la nave -ni en Astrogación, ni en Ingeniería, ni siquiera en la base de las Fuerzas de Defensa Robotech. Claro que tenían una enorme cantidad de trabajo por delante, pero ya habían reconstruido una vez y podrían hacerlo de nuevo. Luan los exhortó a que recordaran un tiempo anterior al accidente de la transposición y se acordaran de sus experiencias durante la Guerra Civil Global, cuando de una forma u otra casi ninguna ciudad del planeta escapó de la devastación.

-Los robotécnicos vendrán en nuestra ayuda y nos proveerán el conocimiento otra vez, y Macross colaborará con esos técnicos suministrándoles la fuerza y el espíritu que se requieren para implementar sus diseños. Roma no se construyó en un día -les recordó-. ¡Ciudad Macross sí!

Fue un discurso conmovedor y la ciudad aplaudió a su vocero y alcalde tanto por su determinación como por su optimismo. Había pocos entre la población residente que dudaran que se pudiera llevar a cabo la renovación, pero a algunos se les había presentado una alternativa a la reconstrucción: sostenían públicamente que había que abrir las esclusas de aire. Dejar que el espacio succionara los escombros y los recuerdos, y después simplemente comenzar desde cero otra vez.

Para un pequeño y selecto grupo de víctimas, el desastre en realidad le había facilitado la procuración de suministros muy necesarios -un tipo diferente de uniforme, para empezar.

-¡Ropas! -repitió Bron-. ¿Cuántas veces tengo que decírselo? Algunos de los micronianos son soldados y algunos son civiles. Los soldados usan uniformes; los civiles usan ropas. Ahora repítanlo... ropas.

-Ropas -dijeron los miembros del club con expresiones contritas en sus rostros.

-No lo sé... -dijo Rico con duda. Se dio vuelta hacia Konda y Bron para buscar apoyo-. ¿Podemos librarnos de esto?

Los cultores de Minmei habían abandonado sus Battlepods y habían atravesado a pie el pueblo -una tropa de exploradores de aspecto curioso con vestidos de trapo. Habían decidido que Rico, Bron y Konda se entregarían al alto mando de la SDF-1 y le explicarían las razones de su desertión de las fuerzas zentraedis. Como los otros tenían poco dominio del lenguaje microniano, Rico pensó que era mejor que se escondieran por un tiempo. En realidad estaba más preocupado por su excesivo entusiasmo que ellos demostraban por tomar parte en la forma de vida microniana, aunque no se los dijo. Él había proclamado todo el tiempo que había experimentado ampliamente los ofrecimientos del centro poblacional, y ahora sus seguidores estaban comenzando a presionarlo por respuestas que simplemente no tenía.

-¿Cuándo conoceremos a Minmei?

-¿Podemos comenzar a besarla de inmediato?

-¿Cuánto tiempo se supone que debemos mantener nuestros labios presionados?

Rico sentía que necesitaba salir corriendo hacia algún lugar y esconderse, pero probablemente saldría mejor para todos si por el contrario los escondía a ellos.

Iba a ser fácil encontrar un escondite, pero en algún momento los soldados micronizados iban a necesitar comida. Lo que significaba que uno de ellos tendría que salir a las calles sin escolta. Lo que a su vez significaba que las ropas eran esenciales. Rico tembló cuando recordó cómo se habían reído los micronianos de Bron cuando se mostró con vestiduras femeninas. Rico volvió a

temblar al pensar en Karita o alguno de los otros mostrándose en la sociedad microniana. Pero había que hacer algo... ¡y rápido!

Konda, que era el que tenía el mejor sentido de orientación entre ellos, los guió a través del laberinto de calles en ruinas y por último los llevó hasta una tienda relativamente sana que recordaba de la visita de reconocimiento. Los micronianos estaban comenzando a emerger de sus refugios de batalla cuando ellos entraron en la bien abastecida tienda. Rico liberó al grupo y lo lamentó casi de inmediato. Karita y el resto se dispersaron y comenzaron a amontonar toda clase de objetos dentro de sus túnicas de trapo -juguetes, máquinas pequeñas, cepillos para el pelo, discos de entretenimiento, aparatos para el tiempo, ornamentos para los lóbulos... cualquier cosa a la que pudieran echarle las manos. A Rico, Konda y Bron les tomó más de una hora reunirlos; a Karita y a un segundo cultor hubo que contenerlos a la fuerza para que no presionaran sus labios con cada hembra fabricada que encontraban.

-¡Ropas! -gritó Bron con furia cuando todos estuvieron reagrupados-. Estamos aquí por las ropas y nada más. ¿Entendieron eso?

Llenos de vergüenza prometieron que se comportarían y seguirían a Konda hasta una escalera (la que bajo circunstancias normales habría sido mecánica) y hasta el área de la tienda designada exclusivamente para vestiduras.

-¡Ahora elijan lo que quieran y apresúrense! -aulló Rico mientras ellos salían corriendo y sus ojos se iluminaban por el despliegue.

Konda fue el primero que los vio volver de su incursión: Rico y Bron vieron su aspecto boquiabierto y siguieron su mirada. Todos ellos habían elegido vestimentas femeninas -túnicas largas a rayas finas de corte bajo por adelante y atrás; polleras acampanadas y tableadas; vestidos de cintura alta y sin mangas; conjuntos de suéter y pollera; blusas con volados; lencería, calcetería y zapatos de tacos altos.

Tomó otra hora lograr que todos se vistieran apropiadamente, pero para el momento en que dejaron la tienda no había razones para dudar que podían pasar por micronianos. Es decir, sacando a los tres líderes. Su siguiente movimiento sería conseguir que los identificaran como zentraedis, por lo que pensaron que los

uniformes de trapo originales podían ayudar.

Las veredas y las calles ahora estaban llenas de micronianos, la mayoría de los cuales estaban ocupados limpiando la basura o buscando entre los escombros. Habían abierto cubículos de comida y bebida para los necesitados. Los soldados armados y los mecas de batalla patrullaban mientras los enormes vehículos Robotech sacaban a la rastra los restos de los pods y de las unidades multicaño de Defensa Civil. El centro poblacional ya se estaba movilizand; la gente se separó en equipos y grupos de relevo para ocuparse de los daños. A menos de cincuenta pasos de la tienda, a Rico y a los otros los asignaron a uno de estos grupos de trabajo.

Al principio parecía que participar en el destacamento iba a producir un desastre, pero las preocupaciones de Rico pronto quedaron olvidadas. Para los zentraedis "reparar" no era sólo una noción extraña, sino un proceso mágico. A Karita y a los otros les habían dado utensilios para excavar llamados palas y piquetas, y después de unos momentos de familiarización quedaron completamente absorbidos en sus tareas. Se movieron y palearon alegremente hombro a hombro con los micronianos, ¡y hasta se unieron a ellos en el canto!

-Es demasiado perfecto -se dijo Rico. Los iban a alimentar, a atender y a cuidar. Eso, mientras que ninguno de ellos tuviera que hablar...

Con Konda y Bron a la saga, Rico se las arregló para escabullirse de la zona. Los tres antiguos oficiales tenían cosas mucho más importantes de las que ocuparse que despejar escombros de las veredas. Era tiempo de entregarse.

Esperando nada menos que aceptación total y completa cooperación, Rico y su séquito se acercaron descaradamente a uno de los puestos de patrulla de las cercanías y confesaron ser agentes zentraedis. Pero algo salió mal; a Rico no lo estaban tomando al pie de la letra. En realidad el soldado se estaba riendo de ellos. Por eso se puso más insistente.

-Le digo que somos zentraedis. Entramos a la fortaleza en uno de nuestros mecas de batalla...

-Eres un poco bajo para ser un zentraedi, ¿no es cierto, amigo? -interrumpió el soldado.

-Pasamos por un convertidor de reducción -intentó explicar Bron-. Estamos micronizados.

El soldado intercambió guiños con uno de sus compañeros.

-¿Micronizados, eh? Bueno, ¿por qué no lo dijeron en primer lugar? -puso su mano sobre el hombro de Rico y lo giró suavemente hacia la izquierda-. Ustedes buscan aquel lugar, del otro lado. Vean, allí donde dice "asistencia médica".

- "Asistencia médica". Está bien, gracias. Vamos -dijo Rico, girando hacia Bron y Konda.

-Perturbación de batalla -le dijo el teniente al cabo cuando los tres hombres vestidos con trapos se alejaron-. Según parece es alguna clase de complejo de mártir.

En el puesto de primeros auxilios casi repitieron palabra por palabra la misma actuación, pero al final una hembra que vestía un uniforme blanco con una cruz roja como emblema los escoltó hasta la oficina de un hombre que se presentó como el Dr. Zeitgeist.

La habitación era grande y espaciosa, y estaba recubierta del suelo hasta el techo de arcaicos exhibidores de documentos. El "doctor" era un microniano corpulento con abundante cabello facial pero escaso sobre su cráneo. Hablaba con un acento que hacía que sus palabras y frases fueran aun más difíciles de comprender. Pero Rico procedió intrépidamente a narrar los detalles de su desertión de los zentraedis.

-Yaaa veeeeooooo -dijo Zeitgeist cuando Rico concluyó y se recostó en su silla giratoria. Observó por un momento a los tres hombres vestidos con trapos sentados en el diván y después comenzó a rever lo que le habían contado.

-Así que ustedes tres piensan que son soldados zentraedis -en realidad, lo que dijo se acercaba más a: "azí que uztedez trez piensan que zon zoldadoz zentraediz"- . Primero los mandaron aquí como espías, pero llegaron a amar tanto nuestra sociedad... "microniana" que decidieron desertar de sus fuerzas armadas y vivir con nosotros.

-Sí, es correcto -dijeron los tres al unísono.

-Yaaa veeeeooooo -dijo Zeitgeist.

Este era el caso más ricamente detallado de comportamiento de clase siete inducido por la culpa que había tenido el placer de

encontrar en mucho tiempo. Esto sin duda estaba un paso más arriba de las fobias espaciales, las enfermedades de la gravedad nula y las ansiedades de separación que había estado atendiendo en los dos últimos años. Y era el más completo y el más lleno de simbolismo -partiendo de las túnicas de flagelantes hasta la charla de espionaje y "micronización", esa maravillosa palabra que realmente capturaba la sensación humana de desplazamiento que uno sentía dentro de la fortaleza dimensional extraterrestre. Vaya, casi podía ver el artículo periodístico escribiéndose solo: "Micronización: la fobia de la contención".

-¿Y uztedez eztimarían zu altura real -continuó el doctor- en apromximadamente quinze metroz 'micronianoz'?

Rico les mostró un rostro serio a Bron y a Konda.

-Él no nos cree.

-Nosotros podemos probarlo -Bron le dijo a Zeitgeist poniéndose de pie-. Llévenos ante uno de sus comandantes. Nosotros le diremos cosas sobre nuestro meca de batalla que lo convencerán.

En el curso de las siguientes horas el buen doctor vio que sus esperanzas sobre un artículo periodístico se escabullían, pero comenzó a pensar en abrir una clínica de asesoramiento para los extraterrestres desafectados. Mientras tanto, a los tres zentraedis los pincharon, punzaron, registraron, examinaron, analizaron, entrevistaron, probaron, midieron, diagnosticaron, evaluaron, tasaron y calcularon. Los llevaron de oficina en oficina, de la ciudad a la celda y de las barracas a la base. Vieron más uniformes diferentes de los que habrían creído que existían en el cuarto cuadrante del universo conocido. Y finalmente los llevaron ante el comandante en jefe de la fortaleza, el capitán Henry Gloval.

Gloval apenas había ojeado la pila de informes de treinta centímetros de alto que estaba sobre el escritorio de la sala de reseña -evaluaciones psiquiátricas, informes de pruebas de inteligencia, exámenes militares y médicos, transcripciones de entrevistas-, pero había visto lo suficiente para convencerlo de que la pretensión de los extraterrestres era cierta. Sólo lo que ellos sabían sobre el funcionamiento de los Battlepods habría sido evidencia suficiente. Y su existencia en tamaño "micronizado" confirmaba por completo los informes postmisión de Lisa que

hablaban sobre una clase de aparato de conversión a bordo de la nave capitana enemiga. El tema de los clones tendría que esperar los resultados de las pruebas médicas. Era sorprendente e inquietante que estos tres hombres hubieran estado anteriormente dentro de la fortaleza. No era de sorprenderse que el Dr. Lang se estuviera muriendo por ponerles las manos encima. Pero primero le tocaba a Gloval y al alto mando decidir qué hacer exactamente con ellos. De hecho, ¿qué querían? ¿Y cuántos otros como ellos había a bordo de la SDF-1 en este momento?

Estas eran preguntas que esperaba tener contestadas antes de que se reuniera la sesión especial con los coroneles Maistroff y Caruthers.

Admitieron a Lisa Hayes y a Max Sterling en la sala, y poco después escoltaron a los tres extraterrestres hacia el interior.

La primera impresión de Lisa borró todas las dudas que podría haber tenido; en realidad había algo casi familiar en estos tres. Rico le puso un rápido fin a su confusión.

-Nosotros estuvimos presentes en su interrogación -explicó-. ¿Recuerda cuando usted besó a uno de los miembros masculinos de su grupo?

Aunque ese fragmento había estado incluido en su informe, ella se sonrojó al escucharlo -de un zentraedi, nada menos. Rico siguió dando detalles de ese encuentro con Dolza que eran más completos que los recuerdos colectivos de Rick, Lisa y Ben. Después siguió hablando de Breetai y Exedore, y de alguien llamado Khyron, quien había sido responsable de dar vuelta los tantos durante el ataque a Ciudad Macross. El extraterrestre también mencionó la Protocultura y los temores zentraedis referidos al arma secreta microniana. Ellos querían quedarse a bordo de la fortaleza -eso estaba claro-, ¡y más que nada querían ver a Minmei!

Para esta altura Gloval parecía alguien al borde de la sobrecarga sensorial. Sus ojos estaban abiertos de par en par y su bigote se estaba crispando.

-Por ahora es suficiente -dijo levantando las manos-. Continuaremos con esta sesión con la presencia de los coroneles Maistroff y Caruthers. Y Lisa... quiero que solicites que el teniente Hunter se reúna con nosotros inmediatamente.

Capítulo 13

Cuando me senté a hacer un serio estudio equitativo de los apuntes de los cuadernos de bitácora de los dos comandantes [Gloval y Breetai], comenzó a emerger un curioso patrón que yo creo que muchos de los analistas e historiadores [de las Guerras Robotech] han pasado por alto... Y para el momento en que llegamos hasta esos apuntes, escritos justo antes de la involucración directa de Dolza en la guerra, este patrón paralelo se hizo autoevidente, especialmente en lo concerniente a la importancia de Lynn Minmei, la creciente desafección entre las filas y la postura sediciosa que adoptaron tanto Gloval como Breetai hacia sus respectivos altos mandos (la UEDC y Dolza). Es casi como si dos años de guerra espacial hubieran creado lo que dos siglos antes llamaban un folie (locura). Un deux (dios).

Rawlins, El triunvirato zentraedi: Dolza, Breetai, Khyron.

-Se requiere de inmediato la presencia del teniente Hunter en la cámara de sesiones especiales del cuartel general.

Ninguna explicación, ninguna orden posterior -se dijo Rick-. ¿Qué habré hecho ahora?

No había habido descanso después de la batalla; la fortaleza todavía estaba en alerta roja y todos los hombres y mujeres disponibles en las Fuerza de Defensa estaban de servicio. La mayor parte del personal de Técnica, Ingeniería y Construcción estaba asignada a Macross, donde los civiles habían organizado los detalles

del trabajo y la limpieza ya estaba en marcha. Los escuadrones VT Índigo y Brown patrullaban las calles de la ciudad en modo Battloid, recelosos de que algún zentraedi pudiera haber sobrevivido. Rastrillaron la SDF-1 desde la proa hasta la popa en busca de unidades de infiltración pero, salvo por el brazo Daedalus y la ciudad en sí, no había signos de penetración enemiga. Aunque los conteos de víctimas todavía no estaban completos, había pocas dudas de que las pérdidas sufridas llegarían a las centenas, y eso sin incluir el conteo del cuerpo civil. Tomaría días remover los escombros que rodeaban solamente al anfiteatro -de los cuales Rick y Max habían sido responsables en su mayor parte después de que las escuadras de DC crearan la exitosa estampida de una horda de Battlepods directamente hacia sus regazos.

Con su sed de sangre saciada, Rick se sentía como un tubo incandescente sobreestimulado; el sueño, aunque sus superiores se lo concedieran, probablemente lo eludiría durante semanas. Y cuando ese punto de extenuación finalmente llegara, iba a ser una maldita corrida cuesta abajo hacia el infierno... Le habían ordenado que quedara en el Prometheus, donde estaba supervisando los retiros de los mecas, cuando le llegó la solicitud de Lisa Hayes.

Ahora estaba parado fuera de la cámara de sesiones especiales; devolvió el saludo de un centinela, tiró del dobladillo de su chaqueta, trató en vano de soltarse un poco y golpeó con decisión en la puerta.

Conocía la enorme habitación de otras dos ocasiones -cuando lo premiaron con la Medalla Titanium al Valor y durante su informe después del cautiverio en la nave capitana zentraedi. El comando debía estar sentado detrás de un escritorio continuo de tres lados, fabricado en forma de U, sobre el cual estaba el emblema Robotech con forma de alas centrado en relieve en el escudo plateado de las Fuerzas de Defensa. Obligatoriamente tenía que haber dos centinelas armados a cada lado de la puerta, un transcriptor de sesión y, por supuesto, un banquillo frente al escritorio, el cual esperaba que no estuviera reservado para él.

-Teniente Hunter reportándose como se le ordenó -saludó Rick.

-Descanse, señor Hunter. Eso fue un requerimiento, no una orden.

Rick no tenía intención de relajarse; rápidamente pasó la vista por la habitación. Gloval estaba sentado tranquilamente debajo del escudo con los codos sobre el escritorio; a su derecha estaban Max Sterling y Lisa. A la izquierda del capitán, tan tiesos como siempre, estaban los coroneles Maistroff y Caruthers, fornidos comandantes veteranos los dos, clones de labios apretados vestidos con diferentes colores de uniformes.

Había tres hombres en el banquillo.

Cuando Rick se acercó pudo ver que estaban vestidos con túnicas oscuras similares toscamente tejidas. Sus tonos de piel y colores de cabello extrañamente inusuales variaban ampliamente. Y aún había algo familiar en ellos, algo que golpeó a Rick en la boca del estomago cuando los tres se dieron vuelta para mirarlo, algo que sus pensamientos y su voz se negaban a dejar en claro pero que su rostro delató.

-Sí -dijo el capitán Gloval-. Estos... hombres son extraterrestres.

Rick sacudió la cabeza. ¿Gloval había perdido la cabeza? ¡Los zentraedis eran guerreros gigantes, asesinos! Sus enormes cadáveres y miembros estaban esparcidos por toda ciudad Macross para que todos los vieran. ¡Rick los había visto! Pero aunque su mente gritaba todo esto en su oído interior, una comprensión irrefutable estaba abriéndose paso hacia la superficie.

-¿P-pero cómo? -tartamudeó Rick.

-Aparentemente las que vimos eran cámaras de reducción, teniente Hunter -dijo Lisa al darse cuenta de su confusión y su angustia.

-Es agradable verlo de nuevo, teniente -dijo el zentraedi de rostro gris.

-Sí, no hace mucho tiempo usted estuvo en una situación similar -agregó el grandote.

¿Una situación similar? -se preguntó Rick. Después a la comprensión se le unió el reconocimiento: ¡estos tres habían estado presentes durante la interrogación!

-¿Pero que están haciendo aquí, comandante? -Rick sostuvo sus manos hacia fuera en un gesto de incertidumbre-. ¿Fueron capturados o, eh...

-Han venido en paz, Hunter.

-Voluntariamente y bajo un gran riesgo personal -dijo Lisa-. Están pidiendo nuestra protección.

Rick estaba aturdido.

-¿Protección? ¿Se supone que debemos decir, 'todo está perdonado, adelante', o qué? -giró hacia Gloval-. ¿Ha visto a Macross, capitán?

-Tranquílcese, teniente.

-¿Qué quieren de mí... mi aprobación tácita?

-Usted está aquí por la misma razón por la que le pedí a la comandante Hayes y al teniente Sterling que se reunieran con nosotros: porque usted tuvo contacto previo con los extraterrestres.

Rick se dio vuelta hacia los extraterrestres. Estaban apretados sobre el sillón del banquillo, expectantes, con miradas casi jubilosas en sus rostros.

-¿Por qué? ¿Cuáles son sus razones para desertar, para querer unírseles? Ustedes no saben nada sobre nosotros.

-Nosotros queremos vivir la vida microniana -dijo Bron.

-Hay felicidad a bordo de esta nave -dijo Konda.

-Minmei está aquí -dijo Rico.

Rick se quedó sin palabras. ¿El extraterrestre realmente dijo 'Minmei', o se lo había imaginado? De repente sintió náuseas. Su voz sonó débil y ahogada cuando preguntó como sabían de los estilos micronianos y de... Minmei. Y su respuesta fue más sorprendente de lo que había temido.

-Nosotros ya hemos vivido entre ustedes como espías.

Para beneficio de Rick, el capitán Gloval recapituló sobre lo que se habían enterado en sesiones de informe previas con los extraterrestres: sobre cómo los habían insertado en la SDF-1 al mismo tiempo en que Lisa y el Escuadrón Vermilion de Rick habían realizado su gran escape; cómo los tres agentes habían caminado sin que los notaran durante semanas por Ciudad Macross; cómo habían hecho su propio gran escape desde la isla Bird; cómo las historias de sus hazañas y su desafección con la guerra se habían diseminado por la flota zentraedi; cómo ahora había más de una docena de otros como ellos a bordo de la fortaleza; y sobre cómo Minmei estaba en el centro de todo eso.

-...Y la cosa más hermosa de todas era el canto de Minmei y el

hecho de que los machos y las hembras, eh, permanecieran juntos.

-Incluso algunas personas protestaban contra la guerra -agregó Rico.

¡Kyle! -dijo Rick para sí mismo.

-Una vez que nos acostumbramos -estaba diciendo Konda-, comenzó a gustarnos vivir aquí.

-No podemos volver -les recordó Bron.

-Y cuál sería el sentido, ya que se sabe que ustedes controlan la Protocultura.

Todas las cabezas giraron hacia Konda, el de cabello violeta.

-¿Qué es exactamente esta 'Protocultura'? -preguntó Caruthers, hablando por primera vez desde la entrada de Rick.

-Ustedes saben exactamente lo que es -dijo Bron llanamente.

-No está bien burlarse de nosotros.

Rico parecía ser sincero sobre eso, pero Gloval quería evitar el tema de la Protocultura durante esta primera sesión. Se aclaró la garganta y le preguntó a Rick cómo se sentiría sobre otorgarle a los extraterrestres el asilo político.

Desde algún tiempo Rick había sentido que eso se venía y lentamente había estado formulando sus pensamientos.

-Yo estaría a favor de eso -le dijo al panel-. Sólo como primer paso hacia una posible tregua o la paz.

No había necesidad de mencionar las ventajas militares obvias que se iban a ganar una vez que se interrogara por completo a los extraterrestres.

-No puedo creer lo que estoy escuchando -dijo Caruthers-. Apenas un momento atrás usted nos recordaba las atrocidades que estas... criaturas perpetraron en Macross y ahora está ansioso por concederles el asilo.

-En serio, capitán -agregó Maistroff, tomando la posta-. ¿No cree que deberíamos consultar con alguien que tenga un conocimiento más claro de todo este tema? Yo, en particular, no estoy convencido de sus declaraciones. Esto es un ardid.

-Hmm -Gloval meditó-. ¿Quiere agregar algo, Hunter?

Rick enfrentó a los coroneles.

-Los extraterrestres son criados para la guerra y la conquista. Es la única vida que han conocido. Pero el contacto con nuestras

costumbres borró quién sabe cuántas generaciones de condicionamiento agresivo casi de la noche a la mañana. El canto, el matrimonio, el amor. Hasta un beso puede llamarles la atención... la comandante Hayes y yo indicamos todo eso en nuestro informe. Hay que hacer algún intento para la paz.

-¡Por el amor de Dios, hombre! -dijo Caruthers golpeando el escritorio con su puño-. ¡Usted está hablando de vivir con extraterrestres!

Maistroff imitó el gesto.

-Ellos pueden parecerse a nosotros, teniente Hunter, pero que no lo engañen: yo estoy seguro de que esto es alguna clase de trampa zentraedi.

-Usted no estuvo dentro de ese crucero zentraedi, coronel. Le digo que estos tres tuvieron su primer paladeo de libertad a bordo de la SDF-1, y la noticia ya comenzó a esparcirse. Al otorgarles el asilo estamos demostrando que la nuestra es una vida mejor. Podemos crear un motín en esa flota.

-Si tres desean desertar -dijo Lisa-, trescientos lo harán, y después tres mil.

-Entonces hay una linda lógica emocional -Caruthers se rió brevemente.

-Nosotros debemos hacerles entender que existen alternativas a la guerra -continuó Lisa-. Si podemos lograr que conozcan otra forma de vida, una que no sea cuestión de ganar o morir, tal vez podamos cambiar el enfoque de sus vidas y vivir con ellos en paz.

-Muy elocuente -dijo Maistroff con una voz que escurría sarcasmo y aplaudiendo-. Un discurso verdaderamente excelente, comandante Hayes. Pero estamos tratando con extraterrestres. Usted no puede esperar que ellos se adapten a nuestra forma de vida.

Tiosos en el sillón, los tres zentraedis giraban sus cabezas de hablante a hablante tratando de seguir la conversación. Los ceños fruncidos de preocupación habían reemplazado a sus expresiones de confianza iniciales. Rico estuvo a punto de decir algo, pero justo en ese momento alguien golpeó la puerta y entró a la sala de sesiones especiales sin anunciarse. Era uno de los robotécnicos de Lang, de levita blanca y ojos vidriosos.

-¿Qué significa esto? -demandó Caruthers-. ¿Cómo se atreve a irrumpir así?

El hombre traía un archivo que entregó directamente a Gloval, despreocupado por la reprimenda de Caruthers. El capitán devolvió un saludo y apuntó un gesto trivial hacia el coronel.

-Yo le pedí a Lang que hiciera que me mandaran esto tan pronto como fuera posible.

Gloval comenzó a pasar la vista por el archivo emitiendo sonidos de interés y sorpresa.

Max, Lisa y Rick intercambiaron miradas.

-¿Qué tiene allí? -murmuró Sterling.

-Los perfiles médicos que hizo Lang sobre los extraterrestres - contestó Lisa.

Los coroneles casi se salían de sus sillas para espiar el archivo.

-Bueno, ¿qué es eso, capitán? -preguntó al fin Maistroff.

Gloval le pasó el archivo.

-Hice que el laboratorio analizara la estructura celular de los extraterrestres. Puede que usted encuentre esto fascinante. De hecho, estoy seguro de que así será.

Salvo por el ruido de las páginas al dar vuelta, la sala quedó en silencio mientras Maistroff y Caruthers leían. Por último, el archivo comenzó a temblar en las manos del coronel.

-¡Es increíble! ¡Vaya, sus tipos de sangre y sus estructuras genéticas son prácticamente idénticos a los nuestros! ¡En efecto somos los mismos seres!

Eso pareció desconcertar a los tres zentraedis tanto como a cualquier otro dentro de la sala.

-Yo esperaba algo como esto -comentó Lisa.

-Usted podría tener razón, comandante -dijo Max-. Después de todo podríamos tener una raza atávica en común.

-Entonces bien, a mí me parece que ya no podemos tratar a esta, ah, gente como extraterrestres. Creo que sería mejor proceder con este caso como lo haríamos con cualquier otra petición de asilo político.

-Espere un minuto, Gloval -protestó Maistroff-. Primero que todo, no creo que los resultados de una prueba de laboratorio debieran influir en las decisiones de este concejo. En lo que a mí

concierno, la evidencia de Lang no es concluyente. Dios sabe que el hombre tiene suficientes razones para querer mantener a estos tres a bordo. Pero eso es un tema aparte. ¿Y qué si tenemos antecedentes genéticos similares? Estos hombres (y uso el término intencionalmente), son los enemigos de esta nave y de todo lo que esté dentro de ella. Yo voto por su encarcelamiento hasta el momento en que se pueda averiguar el verdadero propósito de su estadía aquí.

Gloval escuchó cuidadosamente asintiendo con la cabeza y después contestó.

-Y como capitán de esta embarcación, yo digo que le otorgamos a estos caballeros el asilo político.

Los tres zentraedis se pusieron de pie abrazándose uno a otro antes de que la última palabra saliera de la boca del capitán. Rick, Lisa y Max se arriesgaron a mostrar sonrisas cuidadosas. Pero Maistroff estaba enfurecido frente a su silla y golpeaba el escritorio con su puño.

-¡No podemos tomar una decisión tan importante como esta sin consultar primero con el Concejo de Defensa de la Tierra Unida!

-Sería mejor que lo escuche, capitán -estaba diciendo Caruthers.

-Yo acepto la responsabilidad -les contestó Gloval con firmeza.

Maistroff se tragó lo que estaba a punto de decir con el rostro enrojecido. Le indicó a Caruthers que debían salir, pero se dio vuelta en la puerta e hizo una promesa.

-Usted no ha escuchado la última palabra en esto, Gloval.

-Capitán -dijo Lisa después de un momento.

Gloval le dio el permiso de hablar.

-Vamos a tener problemas con ellos. No van a dejar las cosas así. Ellos van a hacer contacto con el cuartel general de la Tierra y conseguirán que revoquen su orden.

Gloval les mostró un rostro fatigado a todos ellos.

-Estamos forzados a tomar medidas extraordinarias. Si el Concejo desea continuar negando los hechos, que así sea. Pero yo tomaré las decisiones a bordo de esta nave. Dejemos que se condenen si eso es lo que desean, pero ellos ya no se van a sentar a dictaminar nuestro destino.

Capítulo 14

-Rick, estoy perdiendo la cabeza -solía decirme [Max Sterling]-. He estado buscando por toda la ciudad desde que la vi en el estreno y nadie parece conocerla o saber dónde vive. Quiero decir, ¿cómo puede ser? ¡Yo pensé que todo el mundo conocía a todo el mundo en Macross! Te juro que estoy enamorado de ella; ¡si alguna vez la vuelvo a ver, le voy a pedir que se case conmigo! -Sterling -recuerdo haberle dicho-, ¿vas a casarte con una chica de cabello verde? Ese fue un comentario bastante estúpido dado al hecho de que Max había usado un tinte azul en su cabello desde el día que lo conocí, ¡pero una completa payasada considerando quién resultó ser Miriya!

*Recopilación de los registros del almirante Rick
Hunter.*

El as Quadrono, Miriya Parino, hizo un gesto de sorpresa cuando el grupo de trabajo microniano la cruzó en Bulevar Macross. No fue la gran sonrisa en el rostro del capataz lo que llamó su atención -a esta altura ya estaba acostumbrada a esas miradas calculadoras-, sino los rostros igualmente tontos de un grupo de rezagados que parecía haberse unido a esta cuadrilla en particular. Este descuidado subgrupo de machos silbadores -debieron haber sido diez de ellos- llevaban sus palas y sus toscos implementos para cavar como si fueran reliquias sacras, y las sonrisas de oreja a oreja que lucían (que de todos modos no estaban dirigidas a Miriya) parecían emanar de una nueva sensación de maravilla y exuberancia. Esto en sí no era poco común entre los micronianos, incluso en medio de

toda la actual devastación, pero había algo sobre su actitud y su entusiasmo que llevó a Miriya a creer que las cosas no eran completamente como parecían.

Comenzó a seguirlos por el curso que serpenteaba a través de las devastadas calles de la ciudad, a través de tablas que cubrían cráteres creados por la batalla, a través de armazones quemados de casas y edificios, rodeando pilas cuidadosamente organizadas y seleccionadas de escombros y restos amontonados de mecas arruinados, y por último, hasta el anfiteatro terriblemente dañado, donde los trabajadores comenzaron un asalto contra los cascotes. Ayudados por enormes androides y procesadores Robotech, los hombres y las mujeres se arrojaron a la tarea con un despliegue de disciplina y compromiso sin igual. Los rezagados no fueron una excepción a eso. Pero cuando Miriya se aproximó para mirar más de cerca reconoció a uno de ellos: ¡era Karita -el oficial zentraedi asignado a las cámaras de conversión a bordo de la nave capitana del comandante Breetai! Ni siquiera esos pantalones micronianos finamente cosidos y ese suéter cárdigan podía disfrazarlo.

Cuando Miriya comenzó a mirar en derredor reconoció a varios otros de la nave capitana de Breetai y de inmediato se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Ella tenía que felicitar al comandante por ese brillante plan. Obviamente el ataque zentraedi contra el centro poblacional estaba relacionado con una acción de distracción. El propósito real de la incursión era asegurarse de que un contingente considerable de agentes micronizados quedara insertado dentro de la fortaleza dimensional. Su misión era infiltrarse en los grupos de trabajo y conseguir de primera mano el entendimiento del proceso Protocultural que le permitía a los micronianos efectuar reparaciones a sus aparatos Robotecnológicos dañados -información que los Amos Robotech le habían ocultado a los zentraedis desde hacía mucho tiempo, pero que Zor había querido que poseyeran.

Miriya estaba contenta; iba a poder regresar a su propia misión sin tener que preocuparse por el progreso de la guerra. Breetai estaba haciendo su parte; Miriya, la de ella.

Dejó el anfiteatro abriéndose camino a los empujones entre la multitud de micronianos ocupados, interponiéndose deliberadamente entre las parejas de machos y hembras cada vez

que tenía la oportunidad.

Miriya se dirigió a uno de los centros de entrenamiento de pilotos de guerra -o al menos eso era lo que ella pensaba que era. GALERÍA DE VIDEOJUEGOS, decía sobre la entrada. Lo que sea que eso significara. Adentro había dos pisos de aparatos electrónicos de entrenamiento de guerra para jóvenes micronianos. No era de sorprenderse que los llamados pilotos VT fueran tan habilidosos al manejar sus mecas; los entrenaban desde la infancia para volar y pelear. Incluso varios de los aparatos de entrenamiento estaban diseñados para perpetuar las arcaicas técnicas del combate mano a mano. Miriya había quedado fascinada por uno de esos en particular, un aparato llamado "Pelea de Cuchillos". Era posible que cuando a Miriya le llegara el momento de enfrentarse con su archienemigo microniano no hubiera mecas de combate disponibles. Por eso planeó prepararse para todas las eventualidades.

-¿Qué estás mirando, Rick?

-A esa chica -comenzó a decir.

-En mi opinión, ella fue bastante ruda al lanzarse entre nosotros de esa manera cuando fácilmente hubiera podido dar un paso al costado.

-Sí, pero ese cabello verde...

-¿Encuentras eso atractivo?

-No... no, por supuesto que no, Lisa. Es sólo que Max ha estado buscando por todos lados a una chica de cabello verde, y esa podría ser ella.

-Dile a Max que es ruda.

-Sí, seguro, ¿pero viste a dónde fue?

-En realidad yo no estaba mirando, Rick.

-Debió haber entrado en alguna de esas tiendas, tal vez en la galería.

-¿Quieres detenerte a buscarla o qué?

-¿Ah? No, de ninguna forma. Sólo le haré saber a Max que la vi.

-Claro que sí.

Ellos estaban haciendo un paseo a pie por la devastación; no tenían ningún lugar en particular a donde ir. La gente se movilizaba para lograr que las cosas se hicieran, se ocupaba de los negocios y arreglaba esto y aquello.

-El trabajo público -había dicho uno de los más cínicos amigos VT de Rick-, mantiene sus mentes lejos de la guerra.

-¿Es así en todas partes? -preguntó Lisa, queriendo cambiar de tema.

Rick asintió.

-Casi todos los sectores de la ciudad quedaron dañados en el ataque.

-Me pregunto cuáles serán las cifras de víctimas.

-No lo sé -dijo Rick. Y no quería saber.

Finalmente sus vagabundeos los llevaron hasta el Dragón Blanco.

Deja que Rick te guíe y parece que siempre terminarás aquí -dijo Lisa para sí misma.

El edificio en sí parecía estar intacto, pero una camioneta de distribuciones volcada todavía ardía en la calle. Había enormes brechas en el nivel superior de esta sección -agujeros dentados y fisuras en forma de relámpagos. El tío Max y su esposa Lena, la pareja más extraña de Macross, acababan de salir por la puerta hexagonal. Rick les gritó y comenzó a correr.

-¡Rick! -dijo Max-. ¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¿Estás bien?

-Estoy bien, ¿pero qué hay de ustedes? ¿Adónde van ustedes dos?

-Estamos terriblemente preocupados por Kyle y Minmei -dijo tía Lena-. Escuchamos que el Tazón de Estrellas quedó prácticamente destruido y no puedo quedarme a esperar aquí más tiempo, rezando para que vuelvan.

Max tomó la mano de su esposa y le dio un apretón reconfortante.

-Ellos están en el hospital -les dijo Rick-. Pero no tienen que preocuparse; los dos están bien.

-¡Oh, gracias a Dios! -dijo Lena.

-Kyle está herido y Minmei sólo fue con él para tenerlo, ah, cuidarlo, ver que esté bien.

-¿Crees que nos permitirán verlos, Rick?

-En este momento todo es un caos allá -dijo Lisa-. Pero los dejarán pasar, estoy segura de eso.

Rick sugirió que lo intentaran y espontáneamente se ofreció para cuidar el restaurante durante su ausencia. Lisa estuvo de acuerdo y la familia sustituta de Rick se apresuró a irse.

Adentro encontraron el trabajo adecuado para ellos. Grandes cantidades de placas de yeso dañadas por el agua habían caído desde el techo; el agua goteaba de una cañería rota. Las mesas y las sillas estaban dadas vuelta; los cuadros se habían caído de las paredes; los restos de platos y vasos que se salieron de sus estanterías estaban esparcidos por el piso. En todas las superficies horizontales, desde la repisa más pequeña hasta la única mesa que todavía permanecía en pie, había una arenosa capa negra de ceniza resinosa. Todo el lugar iba a necesitar un par de capas de pintura, pero hasta que ese momento llegara, ellos por lo menos podían ocuparse de la limpieza general, el barrido y la trapeada.

Rick optó por el destacamento de la escoba y la pala, mientras que Lisa atacó las mesas y las sillas con un fluido detergente. Rick notó que ella tarareaba mientras trabajaba. Cada vez que ella salía de atrás de esa máscara de comandante a él le surgía una sonrisa en el rostro. Aquí estaba ella siendo hogareña... ¡Aquí estaba ella siendo hogareña! Y se sentía bien de verdad sumirse en esa monotonía y ver resultados inmediatos para variar. Había un principio y un final para esta tarea.

Dos horas más tarde habían despejado el desastre y habían levantado las mesas y las sillas.

-¿Sabes qué vendría bien en este momento, Rick? Una taza de té recién preparado. Yo haré los honores.

-Con todo gusto -dijo Rick y se encaminó a enderezar un último cuadro. Era una foto enmarcada de Minmei que tomaron más de un año atrás, poco después del concurso Señorita Macross. Estiró la mano y la volvió a poner vertical; el cruel recuerdo de ese beso en el escenario se repitió mientras lo hacía, un círculo continuo que el tiempo y el interminable volver a verlo todavía tenían que borrar.

Ya se terminó -estaba diciendo para sí mismo cuando Lisa salió de la cocina con dos tazas-. La perdí por el escenario, por la pantalla, por Kyle, ¡y ahora por el enemigo!

-No te quemes -lo previno Lisa.

Se sentaron en una de las mesas que daban a la calle. Los grupos de trabajo se habían movido hacia la zona para remover los escombros y comenzar las búsquedas piso por piso de cada edificio. Lisa observó a un grupo de hombres de aspecto extraño ocupado en despejar los cascotes mientras ella sorbía su té. Ellos parecían completamente entusiastas, y eso la puso a pensar.

-Sabes, Rick, estas actividades simples no significan nada para nosotros, pero para los zentraedis nuestro aburrido mundo diario debe parecer maravilloso en comparación. No me sorprende en absoluto que Rico y los otros dos decidieran desertar. A veces pienso que a mí me gustaría desertar. Simplemente olvidarme de la milicia y volver a lo básico -se rió de sí misma-. Volver. Escúchame. Nunca estuve allí.

-¿Estas pensando en los zentraedis o en Kyle? -preguntó Rick con arrogancia.

Ella sonrió con ironía.

-Ese es un sueño imposible, y lo sé. Yo soy la Señorita Milicia y él odia la milicia. Gran forma de comenzar una relación, ¿no? Pero es cierto que he tenido algunas dudas desde que lo conocí. Él es un fantasma que volvió para rondarme. Todo en él: sus miradas, sus discursos antibélicos. Yo sigo viendo a Karl. Y eso no ayuda en nada cuando tengo que escuchar a Maistroff y a Caruthers diciendo las mismas... tú sabes de qué estoy hablando...

-Demasiado para jugar según las reglas, ¿eh?

-¿Quién sabe? Y en cuanto a Lynn Kyle, él no sabe que yo existo. Tengo dos puntos en mi contra: este uniforme y Minmei -ella vio que la cara de Rick se alargaba y se disculpó-. Si no quieres hablar de eso...

-No hay nada de qué hablar -Rick dio vuelta la cara-. Estoy más furioso conmigo mismo que con ella. Quiero decir, ¿cómo pude haber estado tan seguro de que teníamos algo juntos cuando por lo que a ella concierne sólo somos amigos? Algún día tendrás que emborracharme y te contaré todo sobre nuestras dos maravillosas

semanas juntos en un sótano de esta nave.

-Soy buena escuchando, Rick. No voy a juzgarte ni nada.

Él sacudió la cabeza.

-Tal vez otro día. Estoy harto de que todo esto me envuelva. Dejemos que se quede con su primo. Dejemos que se case con él, por lo que me importa. Sólo quiero dejar todo esto atrás para variar. Es realmente extraño, y en resumen, eso es todo. De estar en la Tierra por lo menos podría mudarme a otra ciudad o a otro país. Pero estamos atascados en la nave por lo que queda del camino. Como una gran familia feliz de vagabundos espaciales.

Tenía lágrimas en los ojos cuando volvió a mirar a Lisa, pero su voz era de autoburla.

-Probablemente al principio fue así, unos cuantos miles de homínidos corriendo alrededor del Serengeti y cada uno de ellos enamorado de la persona equivocada.

Lisa se rió y cubrió su boca con la mano.

-Creo que te estás rindiendo muy pronto, Rick. Tal vez sólo tome tiempo. ¿Alguna vez le dijiste lo que sientes?

-Mis acciones hablan por mí -Rick se encogió de hombros.

-No lo suficiente. A veces no es suficiente. Tienes que decirle. Si no lo haces, ella andará a ciegas y Kyle te la quitará. Claro que tendrás que lograr guardarte tus penas y tu autocompasión...

Lisa recordó que Claudia le dijo algo parecido.

-¿Eso es lo que estoy haciendo? ¿Es así como lo ves? -sus ojos acuosos estaban fijos en los de ella, buscando.

Ella exhaló lentamente.

Y afuera sonó una alarma de advertencia.

-¡Otro ataque! -dijo Lisa levantándose de la mesa de un salto-. ¡Será mejor que vuelvas a la base! ¡Yo cerraré aquí y te encontraré en la línea de monorraíles!

-No te tardes -le dijo desde la puerta-. ¡Sammie no puede hacerse cargo de tu puesto!

-¡Ten cuidado! -le gritó, pero él ya se había ido.

-Meca de ataque enemigo -dijo Claudia Grant-. Curso de dirección cero-cero-nueve, Tercer Cuadrante. A mí me parece el mismo grupo, capitán.

Gloval estuvo de acuerdo con su evaluación después de estudiar las lecturas. La misma docena de pods y cazas zentraedis había aparecido en el tablero de captación después del ataque sobre Macross. Vagaban erráticamente de cuadrante en cuadrante, persiguiendo a la fortaleza la mitad del tiempo y alejándose de ella la otra mitad. Había razones para creer que estas eran las mismas naves que habían escapado de la fortaleza después de que las fuerzas de DC tomaran la ventaja.

Tal vez -especuló Gloval- están bajo el mando de este oficial zentraedi aparentemente loco llamado Khyron, al que los tres desertores mencionaron una y otra vez, a veces refiriéndose a él como el "Traicionero". Bien, Rico le acreditó más matanzas de Battlepods que el total combinado de los mecas de las Fuerzas de Defensa.

-El Escuadrón Skull está listo, capitán -Gloval escuchó que decía Sammie desde la estación de Lisa. Notó que su pie estaba golpeando con nerviosismo.

-Kirkland -continuó ella-, prepárese para proveer cobertura. Llegarán por su flanco derecho.

-Flanco izquierdo -la corrigió Claudia-. Sus catapultas salen del Prometheus.

-Ah, borre eso, Kirkland. Busque a Delta sobre su flanco izquierdo. Índigo, su señal es "abortar". Regrese a la base de inmediato. Ah, ah... ¡maldición! ¿Dónde está la comandante Hayes? Me estoy volviendo loca...

-Justo detrás de ti, Sammie -dijo Lisa sin aliento. Giró para saludar rápidamente al capitán-. Lamento la demora, señor.

-Es toda tuya -dijo Sammie dando un paso al costado.

-Estimado de cinco minutos para contacto -dijo Vanessa.

Gloval le echó una mirada al tablero. Las naves de guerra zentraedi todavía se mantenían en las coordenadas que tomaron después del ataque. ¿Qué podía tener en mente este pequeño contingente de pods?

-Parece un curso kamikaze -dijo Claudia-. Ya deberían saber bien

que no pueden.

Lisa giró hacia ella.

-A juzgar por lo que los desertores dijeron, no dudo que intentarán cualquier cosa de ahora en más.

Se conectó con el Líder Skull por la red

-Los bandidos estarán sobre ustedes en tres minutos, teniente.

-Entendido -le contestó-. Los veo en el espectro amplio.

-Trate de decirles que se vayan a casa, teniente Hunter.

La risa de Rick llegó a través del parlante, seguida por un fuerte y aparentemente sincero: "¡Váyanse a casa!".

Todavía renuente a descartar milagros, Lisa revisó las pantallas.

-Eh, lo siento, Líder Skull. Buen intento, pero no funcionó.

-Copio eso, comandante. Creo que tendremos que hablarles en el único lenguaje que entienden.

La pantalla de Lisa comenzó a encenderse; los mecas enemigos habían abierto fuego. El Escuadrón Skull y los otros se estaban enfrentando con ellos. Las marcas del radar comenzaron a desaparecer del tablero, tanto las pintas de los VTs como las de los enemigos.

-Nunca digas morir, Rick -dijo suavemente en su micrófono.

Capítulo 15

...Pero si tal certamen existiera, yo emitiría mi voto para Khyron sin dudar -el principal hombre en medio de la historia. Recelado por Dolza, destituido por Breetai, temido por su propia tropa y ahora marcado por los "micronianos", Khyron había pasado a lo que se podría llamar trans-paranoia (o mejor aun, metanoia). Con toda claridad, él era todas aquellas cosas que los seres de personalidad paranoide normal creen que son: perse-guidos, grandiosos y esencialmente axiales en el gran esquema de las cosas.

Rawlins, El triunvirato zentraedi: Dolza, Breetai, Khyron.

La nave capitana zentraedi se había sellado; un parche indetectable de armadura verde cubrió el daño que el brazo embestidor de la fortaleza le causó a su nariz roma -un diseño distintivo que los Amos Robotech habían ideado para las naves de la flota.

Si las brechas en el mando y en la disciplina se sellaran así de fácil -pensó Breetai.

En este momento se encontraba caminando por la cabina de observación bajo la mirada analítica de su deforme consejero, como siempre.

Aunque limitado en el alcance emocional, el comandante zentraedi había atravesado toda la gama disponible de respuestas desde el comienzo del plan de asalto a la SDF-1 de Exedore, hasta la noticia de Khyron sobre una desertión en masa entre las filas. Al principio las cosas habían lucido bien: habían forzado a los micronianos a lanzar su renombrada Maniobra Daedalus, habían

destruido a sus Destroids y habían insertado con éxito a los escuadrones Regault de Battlepods dentro de la fortaleza. Hubo indicios de que se estaba llevando a cabo una enorme batalla en el centro poblacional dentro de la nave Robotech; los micronianos habían retirado a la mayoría de sus cazas para que se ocuparan de la amenaza, y las transmisiones subsiguientes de la red táctica sugerían que los zentraedis habían marcado una victoria decisiva. Para gran sorpresa de Breetai y de Exedore, los grupos Botoru de Khyron también se habían infiltrado en la defensa enemiga. Breetai confiaba en una segura rendición microniana. Pronto tendría la matriz de Protocultura de Zor y con ella vendría una gloria mayor que la que había conocido hasta ahora.

Pero después recibieron la noticia de Khyron sobre las deserciones.

Breetai se negaba a creerla.

-Esta debe ser la fuerza tremenda de la que los Amos Robotech han estado hablando -dijo Exedore-. Las leyendas fueron muy específicas: se debe evitar el contacto continuo con los micronianos a toda costa. Se dice que tienen posesión de un arma secreta que eventualmente podría destruirnos, dejando este cuadrante completamente abierto para un ataque de los invids. Por mucho tiempo he temido este día, milord.

Breetai no esperaba menos; su consejero le había estado citando las leyendas desde aquel primer día en que la flota había salido del hiperespacio cerca del mundo de los micronianos.

-Entonces piensas que debí haber prestado atención a esas antiguas advertencias, ¿no es cierto?

-Quizá, milord.

-¿Y que hay sobre el comandante en jefe Dolza, Exedore? ¿Qué hubiéramos hecho con él?

-Lo que queda por preguntar no es qué habríamos hecho, comandante -contestó Exedore-, sino qué es lo que haremos con él.

La deserción había dado vuelta la batalla. Aunque Breetai todavía tenía que formularse un cuadro claro de los eventos, el comandante Khyron informó que se había visto forzado a tomar medidas punitivas contra algunas de las tropas zentraedis. Los soldados habían abandonado sus mecas y expresaron el deseo de

vivir entre los micronianos. Les habían lanzado alguna clase de asalto psicológico -Khyron dijo que los desertores se referían a eso como un "Minmei". Obviamente esa era la forma perfeccionada del arma con la que los mi-cronianos habían estado experimentando durante por lo menos un año según su propio conteo. Breetai recordaba aquellos días: las transmisiones de baja frecuencia que provenían de la fortaleza que tanto habían con-fundido a los tres oficiales Cyclops de Exedore; y más tarde, los perturbadores efectos que produjeron el ma-cho y la hembra cautivos. Después siguió el extraño comportamiento de los espías repatriados, las trans-vids de la batalla microniana y la demostración del rayo mortal.

¡Ellos poseían los secretos de la Protocultura!

Desde que lo echaron de la fortaleza dimensional, Khyron había perseguido a un grupo de potenciales desertores, despachándolos uno a uno. Ya los había reagrupado y los estaba guiando hacia la SDF-1 en una ca-rrera suicida. Breetai, sin embargo, estaba cambiando de opinión: era demasiado tarde para deshacer cualquiera de sus errores pasados, pero todavía podía sacar provecho de este último vuelco. La comandante Azonia le había informado que la Líder Quadrono Miriya todavía estaba dentro de la fortaleza. Ella indudablemente se iba a asegurar de que los desertores no vivieran lo suficiente como para hacerle ningún daño a los zentraedis. En cuanto a estos pocos rezagados...

-Dile a Khyron que suspenda su ataque -Breetai le dijo a su consejero-. Sacaremos a todas nuestras tropas de la influencia microniana de inmediato.

Exedore hizo una leve reverencia.

-¿Y después, milord?

-Interroga a los desertores. Debes ver si puedes determinar la naturaleza de este poder que han ejercido los micronianos. Todavía podríamos encontrar una forma de resistir a su control.

-Así se hará.

Khyron había centrado a uno de los Battlepods en su pantalla de

referencia. Sólo requeriría un golpe en la parte superior derecha de la esfera para poner las cosas en orden otra vez.

No debo dejarlos alejarse demasiado del corral -dijo para sí mismo-. Todos los simpatizantes de los micronianos deben permanecer juntos.

Había elevado una de las manos-armas del meca y la estaba apuntando hacia el pod cuando Exedore se comunicó con él por el enlace de comunicación y le retransmitió las órdenes de Breetai.

-¡¿Aislar a los desertores y encerrarlos?! -gritó Khyron en su comunicador-. ¿Exedore, estás loco? ¿Qué será lo siguiente si dejamos que ellos se salgan con la suya?

-Tiene sus órdenes, comandante.

Khyron azotó su puño sobre la consola de control del Officer's Pod.

-¡Considerando la situación deberíamos rendirnos a los micronianos!

-Dé la orden a sus tropas, comandante. El comandante Breetai me ordenó emplear el nebulizador si usted se niega a cumplir.

-¿Y qué hay de los desertores a bordo de esa nave? -demandó Khyron-. ¿Te das cuenta del daño que pueden causar?

-Miriya se encargará de ellos, comandante.

Khyron estaba sorprendido.

-¿Miriya? ¡¿Miriya está micronizada a bordo?! ¿Por qué no me informaron de esto?

-Esa es la prerrogativa del comandante Breetai -dijo Exedore llanamente.

-¡Bah!

Khyron apagó el enlace de comunicación.

Así que así es como va a ser -dijo para sí mismo.

Se estaban dibujando nuevas líneas. Y tarde o temprano él y Breetai se iban a encontrar en bandos opuestos. Una sonrisa siniestra comenzó a surgir. Dejaría que Breetai tuviera a sus desertores, a los infectados. La enfermedad se iba a propagar a través de su flota como una epidemia, y Dolza se enteraría de eso. Con Azonia y Breetai fuera del camino, pondrían a Khyron al mando. Entonces comenzaría la verdadera depuración; y no sólo contra los micronianos, ¡sino contra todos aquellos que desafiaron a

la imperativa zentraedi!

Los mechas humanos y zentraedis se encontraron de frente, entrecruzándose silenciosamente en el espacio a velocidad de escaramuza. Los Veritechs contuvieron los disparos hasta el último momento posible y después soltaron una tormenta de misiles y balas Gatling contra los Battlepods y las naves trimotor. Las explosiones esféricas arrojaron luces fugaces contra la noche. Debajo de ellos estaba la cara oscura de la Tierra, tranquila y despreocupada.

Los retropropulsores del Skull Uno brillaron brevemente para mermar la velocidad de su caza mientras los propulsores ventrales le proveían ascensión, volteando a la nave de manera que la Tierra quedara sobre Rick por un momento. La mayor parte de los pods también habían regresado, pero todavía tenían que devolver los disparos. Los VTs de los escuadrones Vermilion y Blue los estaban eliminando del espacio como a patos echados. Y donde Lisa había estado esperando un ataque kamikaze, sólo hubo una retirada a gran escala. Rick se metió dentro de la distancia de ataque de dos avestruces disparando con las armas del fuselaje frontal, pero el enemigo se negó a enfrentarlo; simplemente rodaron y le mostraron el brillo rojizo de los propulsores de sus pies.

-¿Hay cierta renuencia aquí afuera o me estoy imaginando cosas? -dijo Líder Vermilion por la red táctica.

-Copio eso, Líder V -agregó alguien.

-¿Líder Skull, perseguimos?

-Ah, afirmativo, Líder V -dijo Rick-. Vamos a ver qué están haciendo.

Los Veritechs se reagruparon y salieron tras los Battlepods en fuga. Rick fue el primero en divisar al Officer's Pod: Parecía estar apuntándole a uno de los suyos, arreando al meca para que volviera a la formación junto con los demás. Rick encendió sus toberas y se dirigió hacia él.

No podía mantener al oficial enemigo en la retícula pero veía

bien a la nave en sus telescopios frontales. ¡Tenía que ser el mismo! Rick se convenció: no había marcas reveladoras de ninguna clase - casi estaba tan dañado, quemado y arañado como el resto de ellos-, pero ese piloto parecía tener su propia firma. Y según lo que habían divulgado los desertores, el nombre que iba unido a esa nave sería el de "Khyron" -alguien a quien ellos parecían temer por sobre todas las cosas.

Rick notó que dos VTs del Blue se estaban acercando hacia el Officer's Pod. Pero Khyron estaba alerta ante su plan y fue tras ellos con un frenético disparar de mano-armas. Ambos Veritechs recibieron golpes y se desintegraron dentro de las explosiones resultantes.

Mientras tanto Rick se aseguró de tener la fija sobre el pod. Distraída por los dos cazas, su presa le había dado la espalda con las armas hacia delante. Pero cuando el Skull Uno aceleró para disparar, el pod giró y lo vio. De todas formas Rick lanzó tres misiles, pero el bombardeo pulsado detonó el primero y tanto el segundo como el tercero cometieron fratricidio.

De repente se dieron vuelta los tantos. El pod tenía una buena oportunidad de perseguir a Rick y se deslizó fácilmente dentro de ese cono letal para disparar, pero en el ínterin, los custodiados por Khyron se escaparon de su control. Por eso, en vez de saltar sobre Rick, el pod dio la vuelta y volvió a espolear a su rebaño diseminado.

-Parece que se están yendo para siempre, teniente -dijo el Líder Vermilion.

Rick soltó un suspiro de alivio antes de conectarse a la red.

-Hagan que sus grupos retrocedan hacia la fortaleza.

Después se contactó con Max por la pantalla de comunicaciones.

-Los detectores muestran naves de guerra a lo largo de nuestro curso, Skull Uno.

-Está bien, Max. Parece que después de todo decidieron irse a casa. Hagamos lo mismo.

Uno a uno los Veritechs encendieron los retropropulsores y comenzaron a volver por donde vinieron. La SDF-1, ahora configurada en modo Crucero, los estaba esperando en el espacio sobre el lado soleado de la Tierra.

Más tarde, Lisa se encontró con el capitán Gloval en el camarote de él. Desde el primer momento en que Maistroff y Caruthers salieron de la sesión sobre el asilo, ella había estado buscando alguna forma de contrarrestar sus influencias con el Concejo de Defensa de la Tierra Unida. Si los líderes de la Consejo de Defensa de la Tierra Unida anulaban la decisión de Gloval, no había forma de decir qué sucedería con los desertores. Considerando lo poco que sabían todos los de a bordo de la SDF-1, Rico y sus compañeros podían poseer algunos medios de esparcir la noticia, buena o mala, en la flota zentraedi. Ellos habían declarado que había otros diez soldados micronizados escondidos. Y esos diez tal vez estaban preparados para comenzar actos de sabotaje si se les negaba el asilo. Las cosas no habían salido bastante bien con su padre la última vez que se encontraron, pero ahora segura-mente tendría que ser más abierto a la luz de estos nuevos eventos y de esta nueva evidencia física sobre un posible eslabón entre humanos y zentraedis. Todo esto se lo dijo a Gloval.

-Usted sabe que tengo razón, señor. Nosotros cambiamos todo este conflicto cuando les concedimos asilo a esos desertores. Estamos defendiendo su deseo de adoptar nuestros valores. Si yo no voy a la Tierra y consigo algo de apoyo, es muy probable que nos ordenen mandarlos de vuelta.

Gloval le daba la espalda mientras escuchaba. Pero ahora se separó de la vista del campo de estrellas que se veía desde el mirador de babor y la enfrentó. Era escéptico.

-Nuestros tratos con el Concejo demostraron ser menos que satisfactorios hasta ahora. ¿Qué te hace pensar que tú podrás convencerlos ahora?

-No estoy prometiendo nada, capitán. Pero nosotros tenemos la nueva evidencia de nuestro lado. Si sólo pudiera lograr que mi padre nos apoye.

-Ese es un "si" muy amplio, Lisa.

-El resultado de las pruebas de laboratorio del Dr. Lang serían suficientes para reabrir el diálogo con el Concejo si nada más funciona. La raza zentraedi y la raza humana son esencialmente las

mismas. Ellos pueden ser nuestros hermanos y hermanas perdidos hace mucho tiempo. Si eso no es lo suficientemente persuasivo, no sé qué lo sea.

-Estás determinada a hacer este trabajo.

-Sí, señor. Sé lo que usted dijo después de la sesión -que ya no va a permitir que el Concejo rija sobre esta nave-, pero odiaría ver que las cosas se dirigen en esa dirección. No importa qué tan curtidos estén los civiles, Macross nunca será la misma después de ese ataque. Hay que desembarcarlos y reubicarlos en la Tierra. ¿Qué más podemos hacer? ¿Buscar por la galaxia algún planeta hospitalario? Si todavía tuviéramos nuestros generadores de transposición eso podría ser posible, pero dadas las velocidades que podemos alcanzar... Yo no tengo que decirle esto, capitán.

Gloval movió su mano ligeramente.

-Tienes razón en decirlo. Necesito escucharlo de vez en cuando.

Lisa se inclinó sobre la esquina de su escritorio.

-Hemos tenido suerte. ¿Pero cuánto tiempo puede durar esto? Aunque los zentraedis nunca logren una victoria decisiva, van a lograr reducirnos a la nada. Nuestras provisiones no son ilimitadas. Y Dios sabe que nuestra Fuerza de Defensa no es ilimitada. Y sin importar cuáles sean las proclamas del Concejo (sin importar con qué nos amenacen), esta nave no es prescindible. Nosotros somos lo único que se interpone entre la armada zentraedi y la Tierra -Lisa señaló el mirador hacia las estrellas-. ¡Ellos tienen más de un millón de naves de guerra allá afuera! Nosotros nos olvidamos de eso porque hemos sido afortunados y ellos han sido tontos. Pero hasta la mejor racha ganadora tiene una extraña forma de invertirse. Tenemos que aceptar al Concejo y a los zentraedis. Yo creo que la aparición de los desertores es el primer paso en ese proceso, y ellos lo dieron. No-sotros tal vez ya hicimos nuestra parte al ofrecerles asilo, pero estoy convencida de que tenemos que ir más allá. Tengo que llegar hasta mi padre antes de que lo hagan Maistroff y Caruthers.

Gloval le dio un tirón a su bigote.

-Eso podría ser riesgoso, Lisa.

-¿Cómo, señor?

-Porque tu padre te quiere fuera de esta nave. Y si te perdemos

ahora...

Ella le sonrió.

-Usted tiene a Sammie, capitán. Ella se hará cargo de eso.

-Algún día Sammie será una apropiada primer oficial -soltó Gloval-, pero carece de tu conocimiento global de esta fortaleza. Eres necesaria aquí, Lisa.

-Gracias, señor -contestó bajando la vista-. Pero hay que detener esta guerra. Déjeme intentar este acercamiento, capitán. Le prometo que no dejaré que mi padre evite mi regreso.

-Está bien -Gloval exhaló fuertemente y asintió-, tienes mi permiso. Pero piénsalo cuidadosamente antes de decidir desobedecer cualquier orden del Concejo. Recuerda quién y qué eres, Lisa.

Ella se irguió bruscamente y lo saludó.

-Comenzaré a trabajar en un informe para la junta esta noche y tendré un boceto para usted en la mañana.

Gloval se puso de pie y le extendió la mano.

-Partirás tan pronto como sea posible.

Lisa ya estaba formulando su informe cuando dejó el camarote del capitán, experimentando con el lenguaje y la edición, eligiendo las frases y acercamientos que podrían funcionar mejor con su padre. Estaba tan envuelta en este proceso que hizo la mitad del camino hacia el puente antes de darse cuenta de que se suponía que tenía que dirigirse hacia su camarote. Dio la vuelta y se preocupó por otro tema diferente: era posible que ella no volviera a asentar un pie en el puente nunca más. El capitán Gloval tenía razón; su padre la quería fuera de la SDF-1 y esta vez intentaría hacer efectivas sus demandas -especialmente después de escuchar las noticias que ella llevaba. Ya lo podía escuchar: ¡¿Qué?! ¡¿Extraterrestres a bordo de la fortaleza?! ¡¿Y... y Gloval les otorgó el asilo político?! ¡¿Y... y tú esperas que yo te permita volver a esa nave de tontos?!

Esto hizo que ella comenzara a pensar en una línea de "últimos pensamientos": esta podría ser la última vez que caminara por este pasillo, la última vez que durmiera en su camarote, la última vez que viera a sus compañeros de tripulación -Claudia, Sammie, Kim, Vanessa... y Rick. ¿Qué diría Rick si supiera que ella iba a partir?

Si Lisa hubiera caminado directamente al ascensor habría tenido la oportunidad de preguntárselo en persona, porque el teniente había salido de allí un momento antes de que ella llegara. Y eso hubiera sido doblemente interesante considerando que él se había estado preguntando cómo reaccionaría ella cuando él la invitara a cenar.

Pero en ese entonces el destino operaba de la misma forma en que lo hace hoy en día, y el giro erróneo en el pasillo que dio el piloto automático de ella había borrado toda posibilidad de encuentro. La cena tendría que esperar -por mucho tiempo si se permite decir la verdad a esta altura de la narración. Y tampoco a bordo de la SDF-1. Los eventos estaban a punto de tomar un giro que todos habían temido pero que nadie se había atrevido a anticipar. La guerra estaba a punto de recrudecer. La muerte estaba a punto de tomar ventaja. Rick y Lisa se volverían a encontrar, pero contra un paisaje que eclipsaría cualquier alegría que comúnmente podría traer tal reunión.